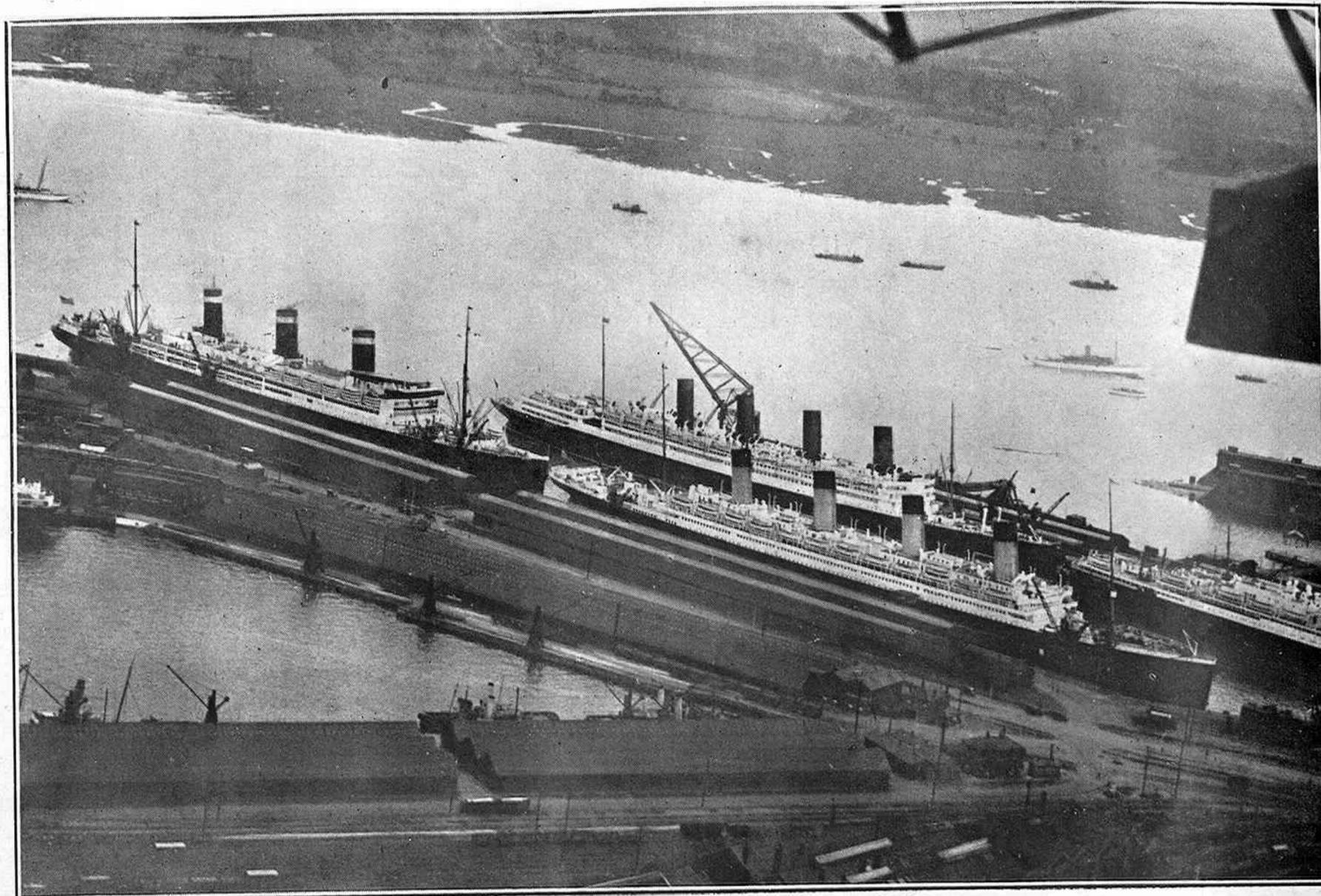




LA FIESTA DE LA FLOR EN SANTANDER

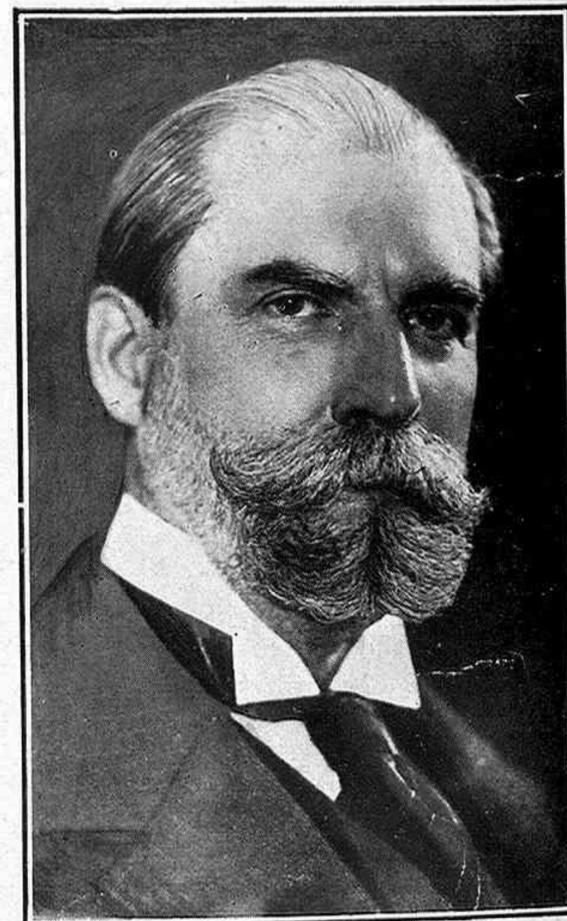
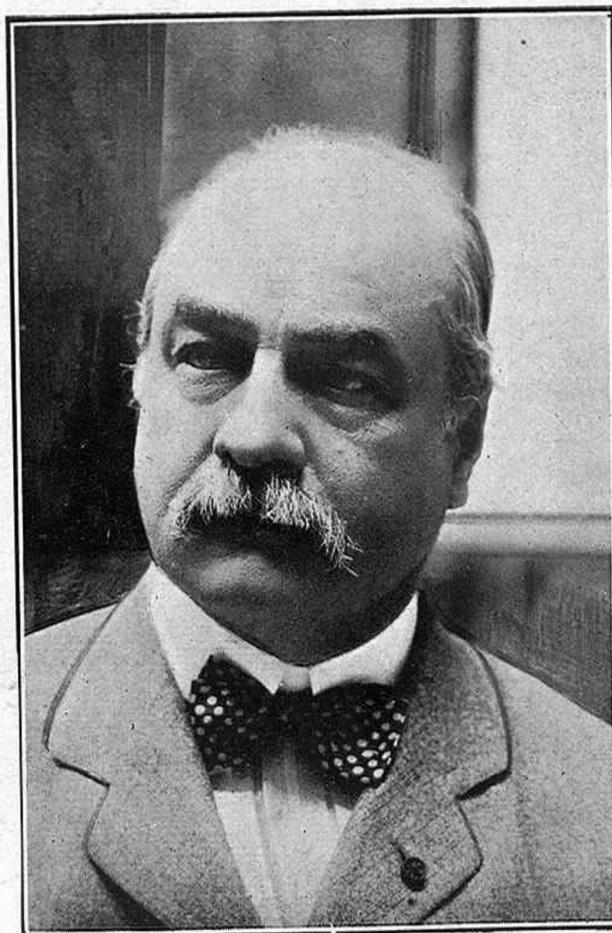
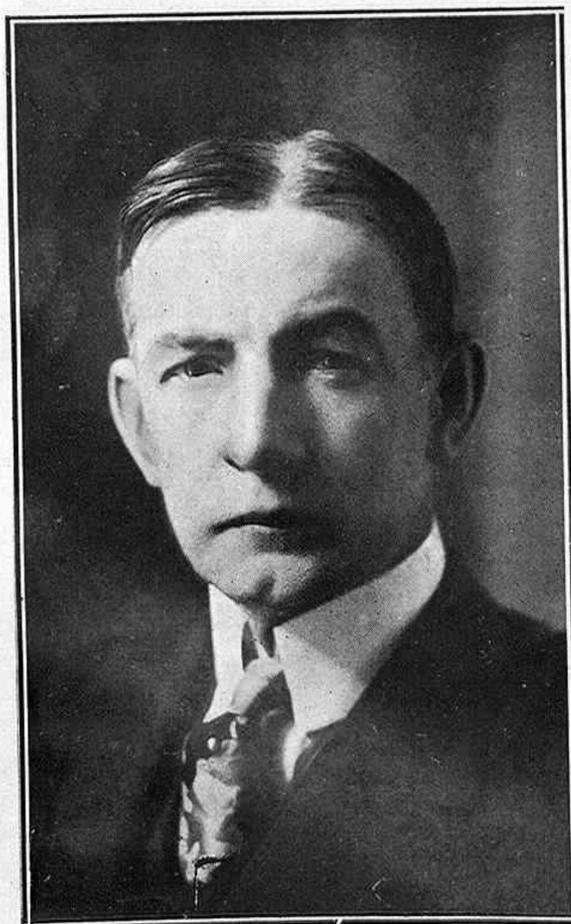
En Santander se celebró hace muy pocos días la tradicional Fiesta de la Flor con una animación extraordinaria y con excelente resultado económico. En nuestra fotografía aparece el Príncipe de Asturias «asaltado» en su coche por varias bellas postulantes montañesas

(Fot. Del Río)



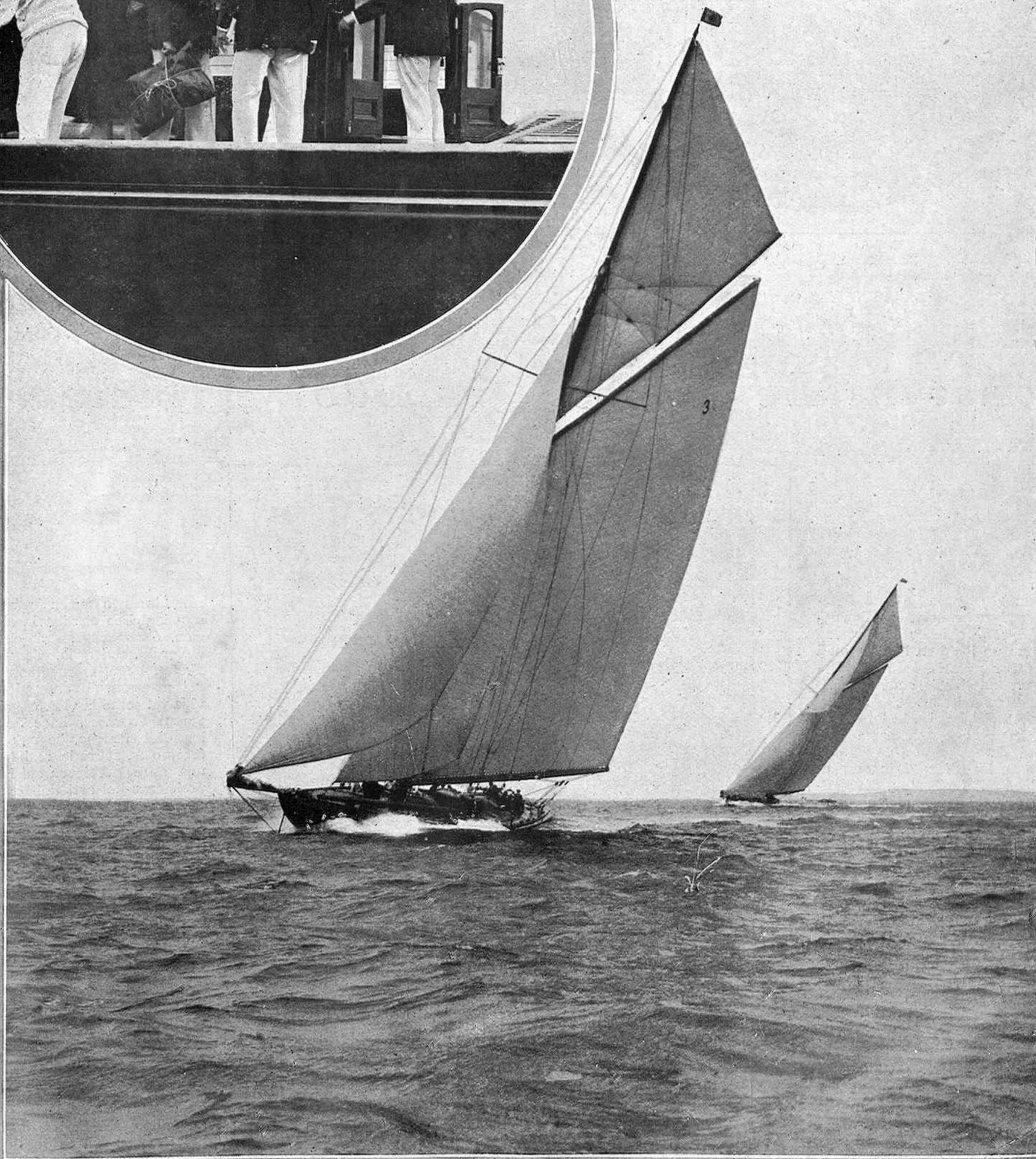
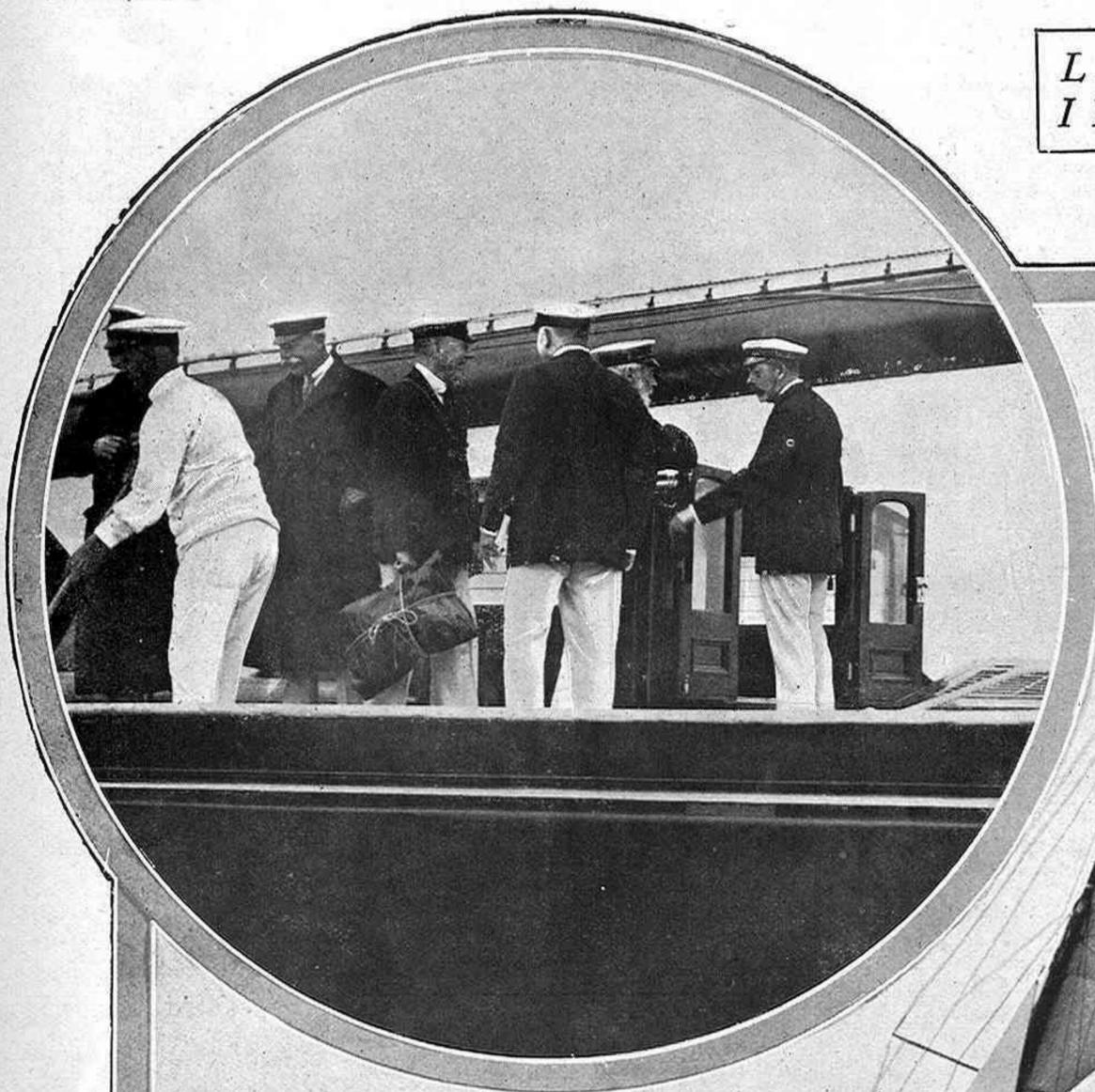
Un record marítimo de velocidad á través del Atlántico. Los candidatos á la Presidencia de los Estados Unidos

El «Leviathan», el «Aquitania» y el «Olimpia», los tres barcos gigantes que han atravesado el Atlántico, desde Nueva York á Southampton. Salieron al mismo tiempo de aquella ciudad, y fué el «Leviathan» el que llegó primero á la costa inglesa, siendo por tanto el vencedor en este record de velocidad



De izquierda á derecha: el general Dawes, el doctor Murray Buttlet, presidente de la Universidad de Columbia, y Mr. Carlos Evans Hugues, tres candidatos á la presidencia de los Estados Unidos. Muy en breve se celebrarán en Norteamérica estas elecciones presidenciales para elegir el sustituto de mister Coolidge. El mundo entero aguarda con justificada expectación esta hora de la vida política americana, que puede ser también de una gran trascendencia para la vida política universal

LAS FAMOSAS REGATAS
INGLESAS DE COWES



Arriba, en el óvalo: el Rey de Inglaterra, Jorge V, con su séquito, á bordo de su yate «Britannia», con el que tomó parte en las recientes regatas de Cowes.—En la otra fotografía, el yate «Shamrock», que, tripulado por sir Thomas Liptom's y lord Waring's, ganó las regatas de este año en Cowes, venciendo al yate real, que se clasificó en segundo lugar

(Foto Agencia Gráfica)

EL ARTE EN PARÍS



Ilustración para «Mr. Hyde», de Stevenson

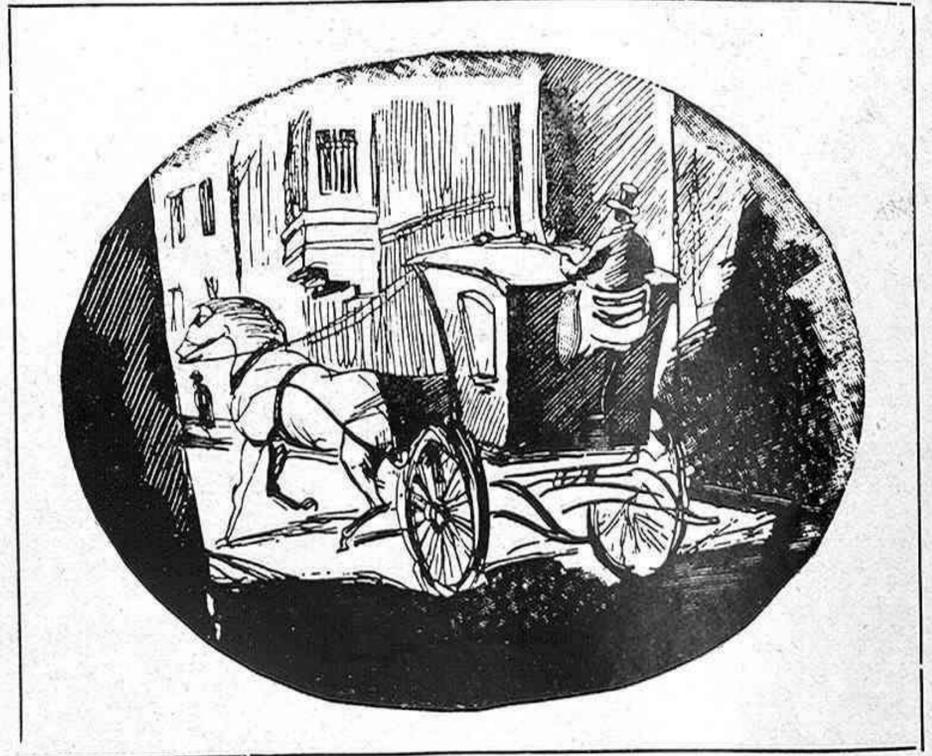


Ilustración para el «Doctor Jekyll», de Stevenson

Constant Le Breton, grabador é ilustrador

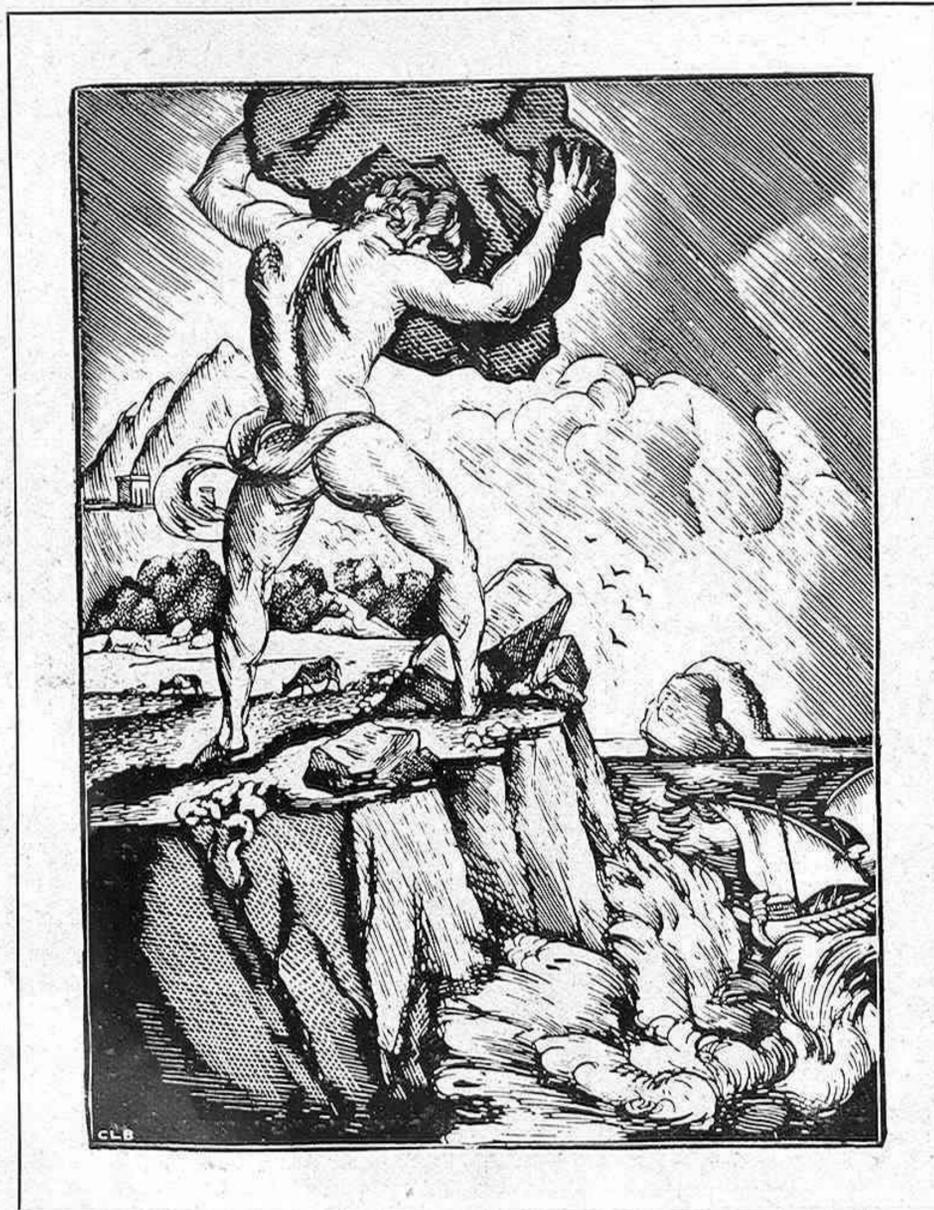
QUIZÁ no pasen de una decena, en Francia, los ilustradores á quienes hoy pueda confiarse un libro en la seguridad de obtener para la obra del literato un excelente complemento con la obra del artista.

Y para el mismo cálculo, en España, habría que reducir tal cifra á la mitad.

Uno de los «diez» franceses es este Constant Le Breton, dibujante vigoroso y personalísimo, que ha conseguido devolver al grabado en madera la vida real de la expresión, de la emoción y del verismo artísticos, salvándole así del amaneramiento y de la falsa ingenuidad con que le afligen, desde hace algún tiempo, los explotadores de fórmulas que no son sino habilidades para ocultar la impotencia.

Del modo contrario, con un trabajo amoroso y fecundo—labor de dibujante y de grabador que se esfuerza por obtener de la xilografía cuanto ella puede dar sin perder su naturaleza—, Constant Le Breton ha llegado, en sus ilustraciones, á una interpretación del alma del libro, tan completa y real como pueda ser la interpretación perfecta de un carácter teatral, hecha por un actor.

En la inmensa mayoría de los libros modernos, ilustrados por xilógrafos, los grabados pretenden



«Polifemo», grabados en madera, de Constant Le Breton

resumir tanto que en fuerza de ser esquemáticos pierden la significación, ó no aciertan á obtenerla.

Por lo contrario, Constant Le Breton huye, en sus ilustraciones, del resumen. Enamorado de la vida tal como la vida es, sin afeites ni disfraces, hace de ella la base del ensueño, de manera que éste no es, sobre la realidad, sino una aureola. Tienen así las composiciones del artista la existencia duradera y amplia de la obra bella para todos los espíritus, y para todos comprensible, como es la naturaleza misma... Y este es su gran mérito, sobre todo si se tiene en cuenta que Le Breton, apenas mayor de treinta años, se ha formado entre generaciones de artistas obsesionados por fórmulas y tendencias nuevas que falsean el arte, que tienen existencia efímera, pero que ofrecen al *arrivisme* una extraordinaria facilidad.

•••••

En la modestia de su origen y en las dificultades de sus comienzos halló quizá Le Breton los elementos más sólidos de su personalidad, elementos que habían de prestarle apoyo, más tarde, impidiendo que su carácter rodara y fuere limado por la trivialidad, en la corriente.



Ilustración para «Fioretti», en las ediciones de «La Torre de marfil»

sa inactividad de las trincheras... Allí conoció a Jouve, que más tarde había de presentarle a Schmieid, y de estas amistades se originó su inclinación hacia el grabado en madera... Vuelta la paz y normalizado el trabajo, Le Breton puso todo su empeño en dominar la xilografía... Cuando lo consiguió, mostró sus pruebas a los editores y comenzó a recibir encargos... Ilustró «Una vieja historia», de Claude Farrère; los «Pequeños poemas en prosa», de Baudelaire, y «Las hijas del fuego» y las «Historias burlescas», de Gérard de Nerval... Estas obras, publicadas por diferentes casas editoriales en 1922, merecieron atención y elogio unánimes, y valieron a Le Breton el premio Blumenthal para grabado que le procuró, con



«Una buena moza», grabado en madera, por Constant Le Breton

Hijo de un patrón de barcaza del Loira, vivió, hasta muy entrada la mocedad, a bordo de la embarcación familiar que iba de puerto a puerto, cruzando sobre el espejo del maravilloso río los ubérrimos llanos y los bosques magníficos de Francia... La contemplación de la Naturaleza fué la escuela primera de Le Breton... Sobre la cubierta de su barcaza, vigilando la marcha lenta, y manteniendo con el cuerpo la enorme barra del timón, el muchacho dibujaba infatigablemente... Los padres sonrieron primero, y se alarmaron después, de ese afán que se les antojaba una manía... Poco a poco, el patrón y su mujer comprendieron que aquel hijo no había de seguir la tradición de la familia, ni había de vivir del tráfico del río. Pero en la barcaza no había dinero ahorrado... Si el muchacho quería trocar por el de artista su oficio de gabarrero, tenía que pedirle al arte, desde el principio, el pan de cada día... Por ello, al abandonar la «péniche» paterna, Constant Le Breton buscó empleo en el taller de un pintor decorador de Nantes, y allí pasó los años de aprendizaje, trabajando durante el día por cuenta del patrón, y asistiendo de noche a las clases de la Escuela de Bellas Artes... Más tarde, Le Breton se trasladó al Mans, donde había encontrado mejor destino al servicio de un anticuario... Allí restauró cuadros, copió a los maestros, estudió sobre todo a Lancret y a Boucher... Preparado ya para la lucha, el artista llegó a París y consiguió triunfar en las pruebas de admisión de la Escuela de Artes Decorativas... Trabajó, sin tregua, para el presente y para el porvenir... Y cuando surgió la gran tormenta de la guerra, Le Breton, destinado a Oriente, dibujó más que nunca en la forzo-

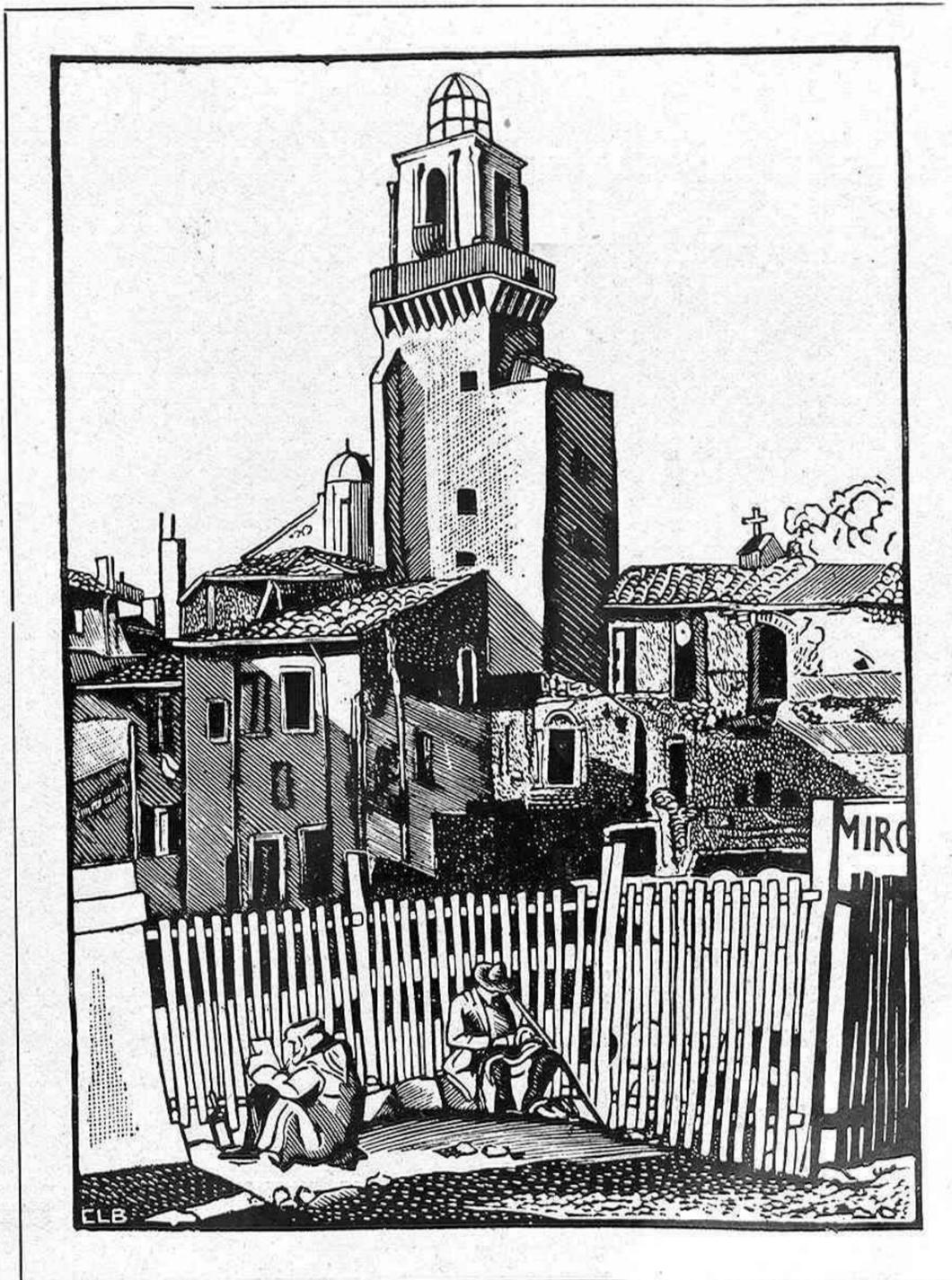
unos cuantos miles de francos, la posibilidad de consagrarse a su trabajo sin el agobio de tener que ganar el pan del día. Entonces, con una serie de estudios de rostros y paisajes, Le Breton comenzó a dar la medida

de su extraordinaria capacidad, obteniendo del grabado en madera tales matices y contrastes que la luz, en él, parece tener color... En las obras de este admirable artista, todo es perspectiva, claridad, relieve; y sobre los valores técnicos, excepcionales, destacan siempre los valores ideales y sentimentales: aureola de la realidad captada y embellecida.

Posteriormente a las «Vistas de Marsella» y a las «Estampas de París» que consagraron su fama, Constant Le Breton ha producido, con las ilustraciones de «La Casa de las Granadas», de Oscar Wilde; de «Los Amantes de Venecia», de Maurras; de la «Leyenda Dorada», de Mallarmé; de los «Diálogos filosóficos», de Renán; de las «Historias Maravillosas», de Pierre Mille, y del «Doctor Jekyll», de Stevenson, otras tantas obras maestras, a las que pronto habrá de sumar los «Cuentos» de Hoffmann, una nueva edición de «La Brière» de Chateaubriant, y otra de la obra de Shakespeare, en cuya ilustración trabaja el artista, en la actualidad.

Inasequible al snobismo, Le Breton continúa, ganada la cumbre del éxito más lisonjero, fiel a sus primeras inspiraciones de niño, cuando trataba de evocar en sus dibujos los paisajes del Loira y tenía por única maestra la naturaleza... De tal modo, se dice en los círculos artísticos de París que este ilustre grabador será, más tarde, un gran pintor... Lo es ya, y todo el colorido de sus composiciones lo halla en los infinitos recursos que sabe obtener de la madera, con un fecundo esfuerzo de amor...

ANTONIO
G. DE LINARES



«Un rincón de Marsella», perteneciente a la serie de paisajes y rostros, grabados en madera por Le Breton

París, 1927.



TEATRO DE EXPORTACIÓN / LOS TRUCOS PARISINOS

YA toman los franceses algo de nuestro teatro: la hora de comenzar las representaciones. No es mucho; pero algo es algo, y por algo se empieza.

Un teatro de París empieza ahora sus funciones nocturnas cuando los otros están á punto de terminarlas: á las diez de la noche; hace de esa novedad su título, y la anuncia aconsejando á sus presuntos espectadores que cenén sin prisa. Ahora sólo falta que la innovación cunda, y podremos envanecernos de que una vez más nuestro teatro influya en el teatro francés siquiera ahora no sea porque los dramaturgos galos nos tomen los temas dramáticos ó las obras completamente hechas. Esto será un poco deprimente para nuestro orgullo literario nacional; pero, á lo menos, tendrá la ventaja de que no se repita el caso de aquel literato madrileño que tradujo del francés una obra de Bretón de los Herberos! Ahora, el que traduzca puede hacerlo con plena seguridad de que la obra elegida no hace, al venir á España, un viaje de vuelta.

Es posible que la innovación del teatro á las diez no cuaje entre verdaderos franceses, de los que viven en francés y, por tanto, no pueden traspasar para divertirse porque necesitan madrugar para ganarse la vida; pero ya se sabe que en París hay de todo menos franceses, y para los extranjeros sin más ocupación que divertirse ese teatro que da tiempo para consagrar á uno de los pecados capitales, sin perjuicio de los otros, el tiempo debido, ese teatro que empieza tarde sea cosa buena... á condición de que termine temprano, porque si es bueno *diner* con calma, no es peor *souper* tranquilamente, sobre todo si el *souper* tiene apellido, aunque no sea ya el de «Tango» borrado por el *chárleston* y otros excesos.

Para esas gentes, realmente el teatro en París no ha empezado nunca á las siete y media ó las ocho, horas clásicas de la Comédie ó de la Opera; los montadores de revistas y los *régisseur* de *Music-Halls* cuidaron siempre de que las *estrellas* luciesen á última hora, y las *estrellas* antes y los *trucos* sensacionales ahora, eran, ó poco menos, todo el teatro francés para los turistas, que si no creen, como el famoso escritor, que París es una ciudad limitada por la Opera y la Magdalen, no la añaden,

como estas adyacentes, sino los sitios de recreo comprendidos entre la *Place Pigalle* y la *Place Blanche*.

De ese París, que tiene alguna sucursal como el *Empire*, donde ahora explota su última *réclame* del embargo y el collar de dos millones de francos Raquel Meller, nos traen ahora los *trucos* para las revistas madrileñas los empresarios fastuosos de nuestra villa y corte. Sucesores directos, *sans le savoir*, de aquel famoso Rizzelli, empresario del Circo de Colón, que producía la estupefacción de los madrileños y lograba fama de rumboso comprando de segunda mano vestuarios y atrezos de pantomimas como *El Rey indio*, desechos de tienda y cerrado en los circos londinenses de tercera ó cuarta fila, nos asombran con sus fastuosidades de menor cuantía y se arruinan lindamente porque Madrid no tiene aún la población flotante cosmopolita que en París sostiene esos espectáculos y que en todo caso, de existir, buscaría en los nuestros el único color que en su abigarrada policromía no suelen tener: el color local.

En realidad, no debemos quejarnos de que eso sea ahora todo lo que importemos del teatro

francés actual. París, donde ahora mismo siguen representando la eterna *Fille de Mme. Angot* (en Cluny), *La Porteuse de Paris*, de Montegmi, y *La vuelta al mundo en ochenta días*, coeva de *Adriana Angot*, en el Chatelet, no tiene ahora un teatro verdaderamente de exportación, y el que nuestros traductores suelen tomar como tal, el de *Varietés*, el del *Palais Royal* y otros semejantes, está bien donde está, ya que no había de enseñarnos nada, ni siquiera el descoco, más viejo aún que *La Panadera*, de Montepín.

Afortunadamente para ellos, nuestros traductores saben ya inglés, y más aún que la «pérfida Albión», que también tiene su «teatro del boulevard», América del Norte, con su humorismo cándido, les brinda «espléndido botín». Es la ventaja del poliglotismo, sin más riesgo que el de tropezar en inglés con alguna obra vertida—sin confesarlo—del español, en cuyo caso podría repetirse el estupencho caso, ya referido al principio de esta crónica, de la comedia de Bretón vuelta á sus lares, caso que no sirvió para escarmiento de pícaros.

Cuando Mario (hijo) descubrió á los ignaros, traduciendo *Militares y paisanos*, que había un teatro cómico alemán, mina al parecer inexplorada, se formaron en Madrid varias sociedades anónimas para explotarla: una de ellas dió con una comedia muy linda, y luego dió con la comedia en Lara, donde, ¡oh, fatalidad!, la habían representado ya como original de... Fulano y Mengano durante 60 noches consecutivas.

—Pero ni Fulano ni Mengano saben alemán—decían los traductores de última hora; y, efectivamente, aquellos precursores habían traducido la obra del catalán..., y el pseudo autor catalán, á su vez, como pseudoautor tudesco, de una comedia de Meilhac, todo lo más francesa posible.

Esto, afortunadamente para los importadores de comedias, no ocurrirá mientras lo que importemos sean trucos.

Todo lo más, tendrán la desventura de no poder satisfacer á los empresarios, si les dicen mirando á las figurantas:

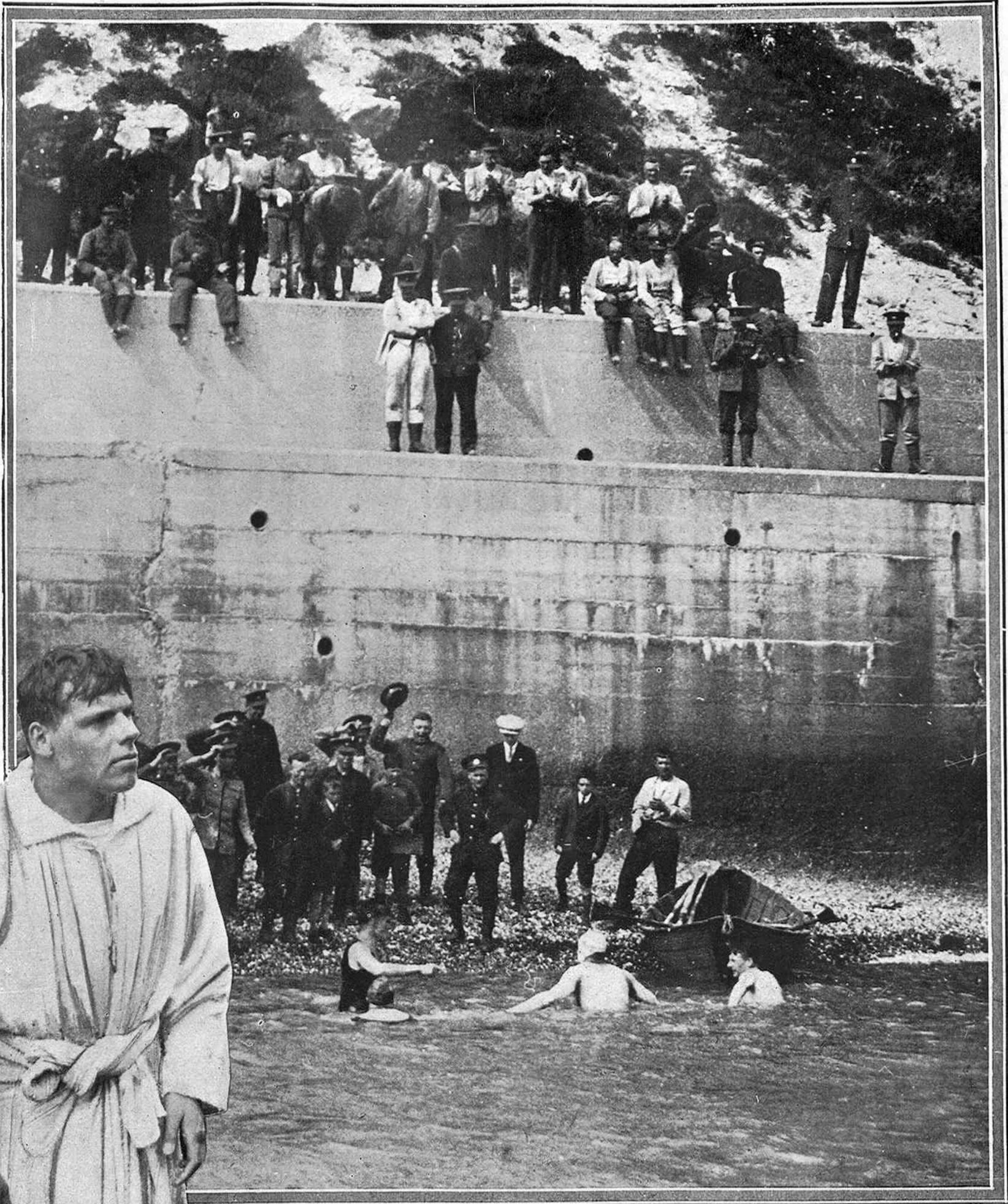
—¡Si me pudiese usted traducir el dorso de la segunda de la derecha!

ALEJANDRO MIQUIS



MARCOS REDONDO

Ilustre cantante que ha debutado en el teatro Pardiñas con gran éxito
(Fot. Saus)



Temme, el modesto empleado ayer desconocido, y que por su hazaña ha gozado un día de la popularidad

El primer radador que ha atravesado esta temporada el Canal de la Mancha, á su llegada á la costa inglesa después de catorce horas de esfuerzo

LOS DEPORTES

CRÓNICA DE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

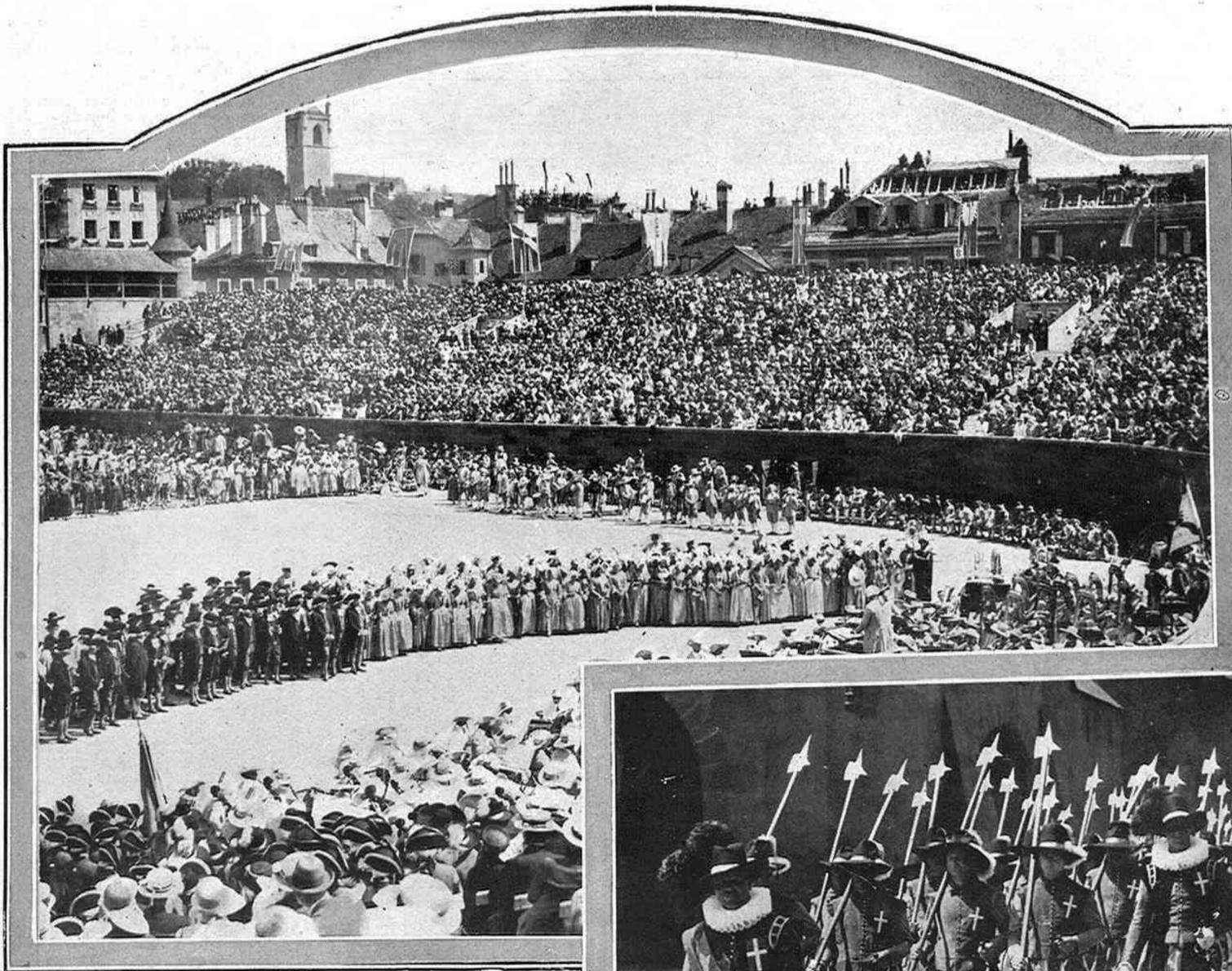
EL POBRE CANAL

COMO todos los años, desde que la nadadora olímpica puso de moda la travesía, el Canal de la Mancha se ha rendido al esfuerzo de otro buen nadador. Se trata esta vez de un modesto empleado que no hizo figurar su nombre entre los proyectistas numerosos que aguardan el momento propicio que no llega. El ciudadano trabajador aprovechó esas horas gratas de la liberal semana inglesa, y sin pomposos reclamos se lanzó al agua. Este hombre es uno de los últimos deportistas románticos que quedan en el globo.

LOS LÍOS DEL FÚTBOL

Va á empezar la temporada con los campeonatos regionales, para dar margen al afán industrial de los grandes clubs que necesitarán luego todas las fechas desde Enero, y siguen á la greña liguistas y antiliguistas. Por las trazas, el asunto presenta feo cariz, y el arreglo no se vislumbra; y, sin embargo, es lo más probable que á la hora en punto de empezar acudan á repartirse el botín *los poderosos*, como solución «armónica» que ahogue rebeldías y aspiraciones justificadísimas de triunfos.

LA FIESTA
DE LOS
VIÑADORES
EN VEVEY
(SUIZA)



Magnífico aspecto que presentaba la plaza de Masché, en Vevey, durante la gran fiesta de los viñadores, que se celebra en aquella ciudad cinco veces cada siglo



Una evocación de los soldados del siglo XVII

HE aquí, en pleno siglo XX, en plena época de rascacielos, de uniformidad, de indumentarias grises, una bellísima fiesta de tradición, que acaba de celebrarse en la ciudad de Vevey (Suiza), entre el clamor delirante de la multitud. Esta fiesta es la de los viñadores, la de los hombres que cuidan y guardan las viñas. Este es el pretexto. En realidad, la gran fiesta es una bella y jubilosa exaltación del trabajo y de la alegría.

La Hermandad suiza de viñadores data del siglo XVI. Se llamaba entonces Abadía de la Agricultura de Vevey. Tenía á la vez dos patronos: Juan Urbano y Baco. Recompensaba solemnemente á los viñadores que más se destacaran en el cuidado de sus viñas; poco á poco esta solemnidad se fué transformando, hasta llegar á la magnífica serie de cortejos y danzas de hoy. Ya hubo



Una bella evocación de Grecia

fiestas en 1651; pero los verdaderos cortejos comenzaron en 1730. En ellos se representaban la gloria de Baco, los trabajos de la viña, los símbolos de la tierra. Luego se añadieron a estas representaciones las de la diosa Ceres y la del dios Sileno.

En 1797 se añade el símbolo de las cuatro estaciones. Las fiestas se celebran cada vez con más esplendor durante todo el siglo XIX. Las hay cada veinte ó veinticinco años: en 1865, en 1889, en 1905... La última ha sido esta de 1927, que nuestra información recoge.

•••••

El presidente de la Hermandad de los Viñadores, coloca simbólicamente sobre la cabeza de éstos, entre los aplausos de la multitud, la corona como recompensa



Pastores y pastoras que tomaron parte en el festival de los viñadores



El dios Sileno. Uno de los acompañantes lleva, como se ve, unas anacrónicas y pintorescas gafas de carey

sa á los que más se han distinguido en el cuidado de las viñas. La fiesta se celebra en la plaza de Masché, convertida en amplio anfiteatro, capaz para más de quince mil espectadores. Esta plaza está situada entre el lago Lemán y la ciudad, y en ella se hace la reconstrucción de un viejo castillo. El admirable paisaje suizo sirve de inmejorable fondo á estas fiestas de luz, de música y de color.

Canciones, bailes, desfiles, músicas, alegorías... Todo esto entra en el soberano cortejo, entre la admiración de miles de personas.

Es esta fiesta una doble evocación: en ella está el recuerdo de las horas helénicas y el recuerdo de la Suiza del siglo XVIII.

En la sucesión de brillantísimos cua-

dros, algunos se destacan vigorosamente sobre los demás. Por ejemplo, la ofrenda á la diosa Ceres ó la bacanal final de faunos y ninfas. Sin embargo, la emoción de esta fiesta es su magnífico conjunto, su amplia belleza total. Y su símbolo también. Porque esta fiesta de los viñadores es, á un mismo tiempo, canto al trabajo, afirmación de alegría y latido del corazón de un pueblo.



Los pastorcitos

Al revisar las obras de Maurice Denis, nos sorprende de la enorme serie de influencias que ha sufrido desde su juventud: Gauguin, los primitivos italianos, Ingres, Puvis de Chavannes, las estampas de Epinal, en fin, han ido marcándole su huella, una huella insignificante á veces, y á veces muy profunda. Esta intervención de tantos talentos diferentes, cuando no antagónicos, resulta lógica si se piensa que Denis ha atravesado una de las épocas más agitadas de la pintura en Francia, visitando el entresuelo de la casa Goupil y la tienda de aquel simpático Tanguy, donde se atesoraban lienzos de los que reía la gente entonces; ha asistido á dos revoluciones escolásticas, la del impresionismo y la actual, que no sabrían dejar impasible á un espíritu como el suyo. Porque se trata de un artista sensitivo é inquieto que, amén de cuadros, ha hecho frescos, ilustraciones, vidrieras y esculturas. En realidad, está más cerca del Renacimiento que de nuestros días, aunque nuestros días le encadenen de distintos modos.



«La Poesía», detalle de la decoración «Tierra latina»

Y he aquí que, á pesar de los pesares, Maurice Denis se muestra original, relativamente original, ahora. Después de aquel *Homenaje á Cézanne*, que parece una tela documentaria de Fantin-Latour; después de jugar al Fray Angélico y de interpretar á los poetas simbolistas con arreglo á la manera exangüe que culminó en 1900, empieza á encontrarse á sí mismo. Descu-

Sus colores puros, sus paisajes claros, sus figuras tranquilas nos infunden una calma sencilla que está acorde con la conducta franciscana y ofrecen mucho de filosófico á lo Spinoza; también ofrecen no poco de modernos, sin perjuicio de su abolengo renacentista antes apuntado, ya que renuevan hasta cierto punto un concepto estético.

brimos, al cabo, conforme lo descubre él por su cuenta, que es un gran decorador y, sobre todo, un pintor religioso. Religioso á cada instante, pues sus decoraciones profanas ó pagaras delatan no menos seruido litúrgico que sus creaciones ortodoxas.

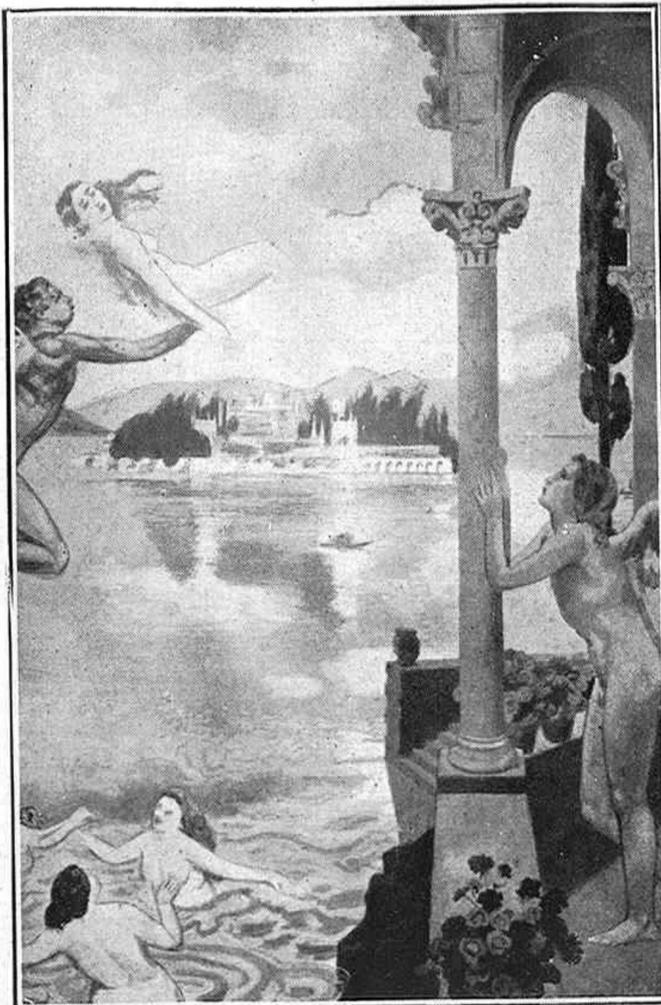
Le define un misticismo alegre, optimista, risueño, sin cesar de ser consciente. A la postre, no recuerda, con mentidas ingenuidades, la candidez de sus maestros remotos, ni nunca tuvo concomitancia alguna con la ferocidad austera de un Rouault, por ejemplo. En él la religiosidad no se torna tragedia, sino arrobo, luz y gracia.



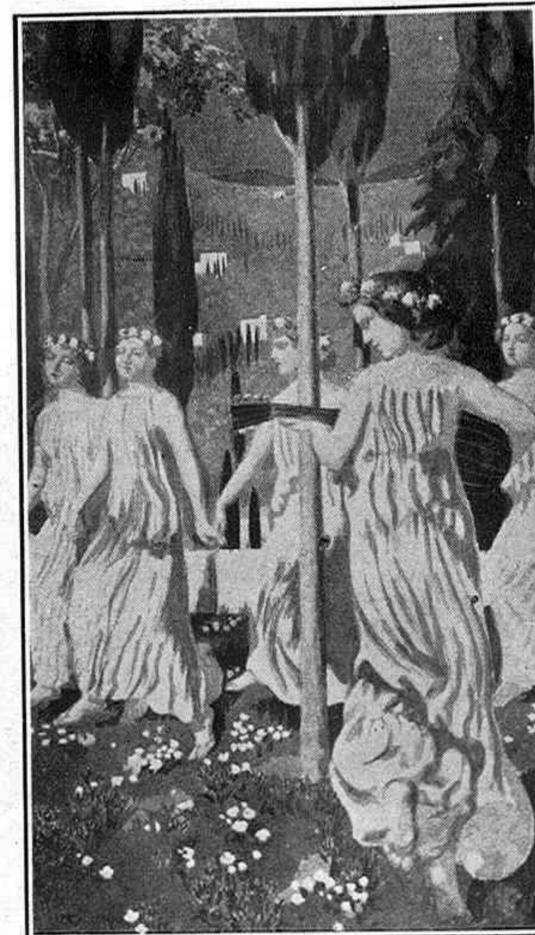
«Misterio católico», cuadro de Maurice Denis



«El cuarteto», detalle de una decoración para cuarto de música



«El rapto de Psiquis», detalle de una decoración



«Danza sagrada», detalle de una decoración para cuarto de música

El arte cristiano de hoy se columpiaba entre dos polos: á un lado había escenas tenebrosas y dramáticas, con santos y con santas de un *cabotinisme* lúgubre; á otro lado quedaban las buendioserías exportadas al mundo entero por el barrio parisiense de San Sulpicio, meramente comerciales. Y Denis vivifica ambas manifestaciones simplificando lo teatral, intelectualizando lo estúpido. No es perfecto, sin duda, aún; pero es sano y es docto. Por lo pronto, ¿qué más podríamos pedirle? Tiempo adelante nos dará más y más.

Basta de momento lo que nos da al presente: su optimismo místico, tan sedante y tan blando que trae una sonrisa al Gólgota, tras de pasar por la Hélade serena y por la Toscana dulce; su optimismo luminoso de bienaventuranza y de ciencia cordial. Lo creemos la mejor cualidad suya, y según le admiramos, se nos contagia con respecto al porvenir de la pintura religiosa, cuya salvación acaso se halle en las manos expertas de este pintor letrado y emotivo.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA



«La Playa», cuadro de Maurice Denis

O B S E S I Ó N

(C U E N T O)



ERA una tarde estival, una de esas tardes gris azuladas en que el sol desliza su espectro muriente sobre el follaje lacio de la arboleda vespertina. Un rumor de suspiros se perdía por el parque solitario; espaciábanse las palabras con un clamor estremecido, y los castaños de Indias prendían sus candelabros de mustias flores al último chispazo de la hoguera crepuscular. Giraban las fragancias nocturnas, ahuyentando el oro del día; un revuelo de almas, profundo, sinuoso, cargó de angustia los presagios del momento.

Aquella tarde, ante los ojos tristes de Claudio, surgieron las cinco hermanas. Llegaron por la arboleda penumbrosa pausadamente, sin ruido, desgarrando á su paso las fibras del íntimo sentir. Andaban al compás de un ritmo interno, desflorando la tierra con su pie breve, presuroso, temiendo quizá pisar algún corazón desfallecido. Eran las cinco muy rubias, muy blancas; vestían de luto, un luto sereno de túnicas sedosas, envolventes, con blandos pliegues de estatua funeral. Tenían todas el mismo cuello grácil, de marfil viejo; los mismos labios finos, incitantes; el mismo sonreír pleno de áspera voluptuosidad. Sus brazos desnudos caían á lo largo del cuerpo con un ademán de mórbido cansancio. Cada una sostenía en su mano izquierda un saco de labor antiguo hecho de raso negro, un raso romántico, hallado tal vez en el cofre nupcial de la dulce bisabuela. Se fueron acercando, rompiendo una muralla de invisibles madejas. La euritmia suspirante de su caminar ungió el ocaso de gracia matutina. Era como un devenir celeste en la cansina monotonía de paseo público.

Apartaron cinco sillas de hierro, sentándose reunidas á la sombra de una acacia. De pronto inclinaron la cabeza en un gesto de protección hacia el estanque. La glauca superficie del agua prisionera se rizó bruscamente; un pececillo rojo hendió fugaz el cristal verdeante, y el cisne negro partió una rosa, mordisqueando con saña los tiernos pétalos.

Un incipiente malestar invadía el alma de Claudio, malestar nunca sentido en aquella sencilla plazuela, vibrante de gritos infantiles, donde solía emperezarse al salir de la oficina. Era el rincón más ingenuo del jardín; unas flores niñas, algunos geranios perfumaban el lago con su aroma vigoroso, sin perfidias ni sensuales dobleces. Los viejos asmáticos refugiaban allí sus toses violentas y el derrumbado vaivén de su andar renqueante.

Claudio era un empleado municipal, un sumiso escribiente, probo con la probidez de la inercia, laborioso con la laboriosidad del adocenamiento. Nunca soñó que fuera posible torcer el rumbo de su destino, ni intentó tampoco averiguar si cerca de él latían almas distintas á la suya.

Día tras día, despertaba á las ocho; sentado hasta las dos en el departamento de su negociado, copiaba cartas é informaba expedientes, fumando una respetable cantidad de cigarrillos baratos. Comía siempre en el mismo café del centro, volviendo á su casa de huéspedes para dormir la siesta, una siesta viciosa de dos horas por lo menos, despertando de ella, encenagado en un torpe sopor, como si el sueño fuera para él una especie de borrachera económica. Al caer la

tarde se dirigía al jardín, deambulando por la humilde plazuela hasta bien entrada la noche.

Su vida así dispuesta, deslizaba como sobre un cauce de algodón en rama, sin deseos ni dolores. Cerró las puertas de su existencia al amor, despreciando á la mujer por sistema, como el que se niega á probar un manjar presintiendo que le disgusta.

Pero aquella tarde las hermanas desconocidas miraron á Claudio, y sintió en su pecho una acerba nostalgia imposible de resistir. Sentado en un banco frente al enigmático grupo, observó, temeroso, su actitud fantasmal. Al cabo del instante, cinco manos pálidas abrieron cinco bolsas negras, reapareciendo nuevamente, con cinco ganchitos rubios y cinco ovillos del mismo color ceniza, que los dedos ágiles comenzaron á manejar con vertiginosa agilidad. Giraban las hebras de gruesa lana de prisa, de prisa; tan sólo un tenue chasquido denunciaba el trabajo del ganchillo voraz.

Claudio, preso de invencible desazón, pugnaba por distinguir el rostro de las obreras; eran parecidísimas, casi idénticas. Se peinaban iguales, con la raya en medio y dos áureas cortinas de pelo enmarcando el óvalo perfecto de la cara. Una de ellas sonreía con mayor severidad; acentuaba la comisura de sus labios un dejo de infinita amargura. Los ojos de las cuatro primeras eran azules, de un azul intensísimo, como de cielo castellano al ósculo abrasador del mediodía. La quinta tenía las pupilas verdes, fosforescentes, destilando fiereza y cruda sensualidad. Era la más frágil, la más inquieta; saltaba su ovillo entre la arena al impulso febril de las manos laboriosas.

Pasaban las horas apenas diferentes, y las cinco doncellas, sin cruzar palabra, seguían trabando los hilos del silencio abrumador.

Era esta la primera vez que Claudio se interesaba por algo ó por alguien; aquellas cinco hermanas demandaban violentamente su atención. Un imán poderoso le mantenía la vista fija sobre el grupo enlutado, que la noche investía de prestigio conmovedor.

La sombra entrante realzaba su fina esbeltez, perfilando en aguafuerte aquellas figuras de legendaria beatitud.

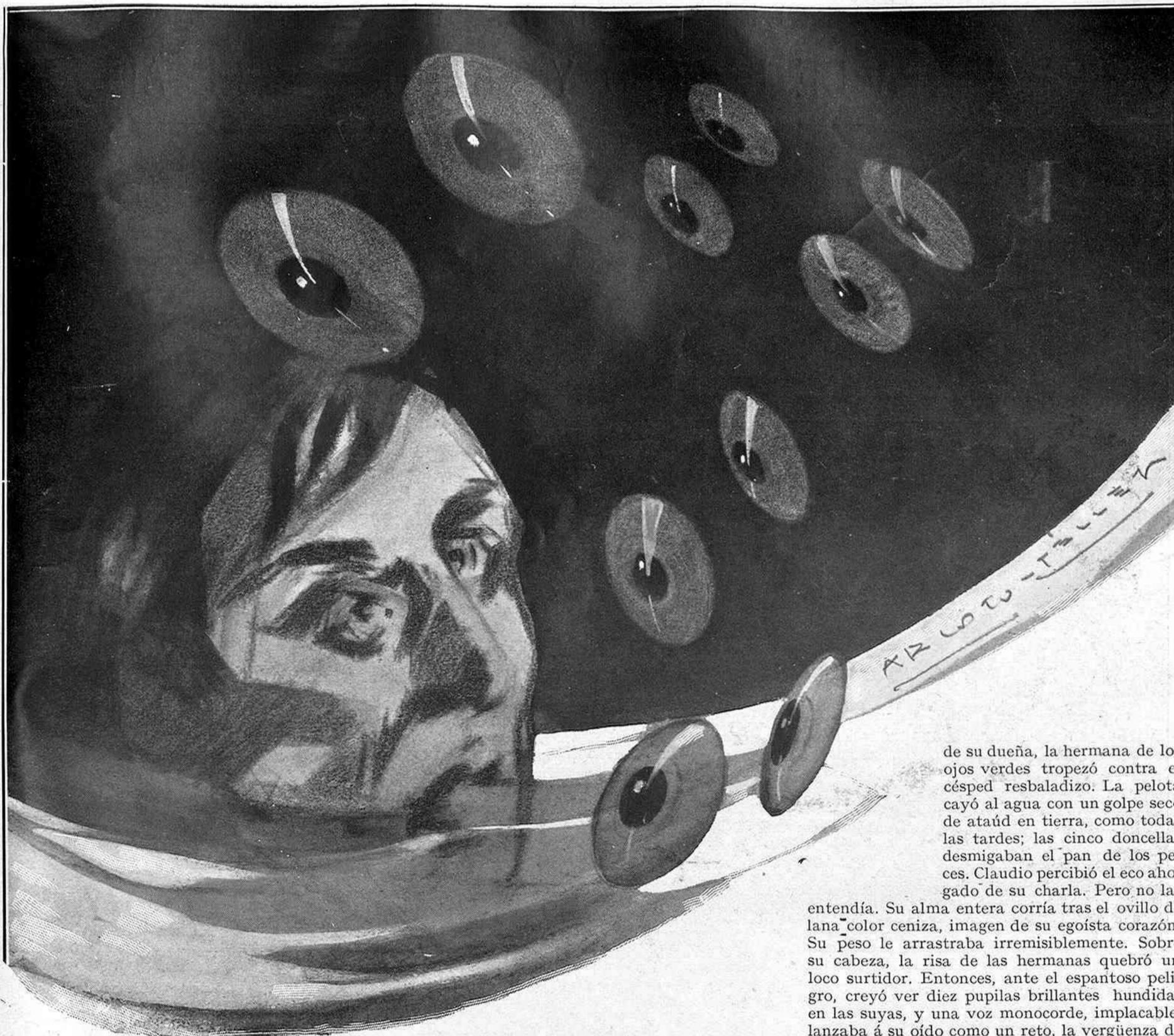
Al fin se levantaron; la más severa hizo un signo imperceptible; luego se aproximaron al estanque. Bajaron á un tiempo la vista desmigando en el agua cinco pedazos de pan. Al caer el de la pequeña, la de los ojos crueles, un pez trazando un rastro sangriento atravesó el enturbiado cristal.

Antes de partir se volvieron juntas; miraron á Claudio con insospechado desdén, y desaparecieron por la avenida penumbrosa, nobles, señeras, cual cinco versos de una estrofa singular.

El siguiente día, á la misma hora, tornaron para turbar definitivamente al pobre empleado. Sin atreverse á dirigirles la palabra, quedaba ante ellas, mudo, inconsciente, sufriendo el influjo del pensar cautivo, oscilante en el remanso de aquella lánguida serenidad. Al contacto meramente visual, con esas almas hechas sin duda de inextricables misterios, comprendió Claudio la necia vacuidad de su vida tediosa, insulsamente clara, donde lo inefable no penetró jamás.

Una tarde, al salir del parque, las siguió. Caminaron largamente por calles estrechas, tortuosas, penetrando al fin en una casa gris, destartada, que cerró sobre ellas su puerta enorme, de maciza estructura.

A sus tenaces preguntas, los vecinos interrogados contestaron que esas señoritas eran huérfanas, vivían solas y cosían para fuera; nadie sabía más. Claudio, rabioso, no dió crédito á tales informaciones, convencido de la irrealidad



que amparaba la aureola de su visión. Esas mujeres tenían algo contra él. A pesar de su blanda melancolía, una sorda enemistad iba lentamente incubando en el halda de las tardes estivales al conjuro de aquellas manos hieráticas, de aquellos gestos cariciosos.

Como si se hubieran citado, Claudio no faltaba ya al tácito encuentro. Sus costumbres burguesas se desmoronaban estupefactas; vivía sólo para aquel momento, agazapado luego sobre su recuerdo con enfermiza delectación. El empleado puntual é irreprochable se convirtió en un sonámbulo, un alucinado, regido en su mecánico vegetal por ocho luces de azul, por dos antorchas verdes.

Los ojos marinos, de luciente esmeralda, eran su constante obsesión. Dos dardos luminosos, taldando siempre su cerebro, dos agudos estiletes, rozando pérfidamente la piel de su corazón. En el vidrio de las ventanas, en el fondo de su vaso, aquellos ojos le acechaban, un hosco reproche en su agresivo mirar. Entonces el remordimiento de su vida inútil surgía amenazador, haciéndole aborrecer la placidez suicida de las horas muertas. Esas cinco mujeres eran como el símbolo de todas las ideas, las bellas iniciativas que no hallaron lugar en la sórdida estrechez de su imaginación; todas las bondades rechazadas por desidia, las inspiraciones que su razón calculadora no supo abrazar.

Una tarde bochornosa, impregnada de mortal pesadumbre, llegó con retraso á la plazuela; el aire caliente había desgajado la acacia mustia, y las hermanas, al tejer su labor, prendían suaves capullos de nácar. Una novedad en su apariencia acrecentó la zozobra del infeliz Claudio. Las cinco muchachas vestían de blanco: unas túnicas de crespón, vaporosas, que hacían más irreal su rubia hermosura. Completando el milagro, Claudio observó que los ovillos, en vez de disminuir, aumentaban, y ese día eran tan pesados, que no acertaban sin gran esfuerzo á devanar la hebra.

Trabajaron un segundo silenciosamente; después unieron sus cabezas en apiñado ramo, y una risa juvenil rasgó la tragedia del ambiente.

Claudio sintió frío. La hermana más severa lo miró entristecida; una lágrima se inició entre sus pestañas larguísimas. En las pupilas de las otras tres leyó el secreto de una pena contenida. La última clavó en él sus ojos malos; florecía en ellos la llama de un odio terrible, sin piedad. Claudio comprendió que se moría.

Luego reanudaron la tarea; pero sus manos blancas, nerviosas, estaban paralizadas; torpemente partiéronse los ganchos entre los dedos finos. Cruzó una racha de viento alborotando revuelos de hojarasca; empujó también uno de los ovillos hacia la silla de Claudio, que se apresuró á recogerlo. Mas al querer ponerlo en manos

de su dueña, la hermana de los ojos verdes tropezó contra el césped resbaladizo. La pelota cayó al agua con un golpe seco de ataúd en tierra, como todas las tardes; las cinco doncellas desmigaban el pan de los peces. Claudio percibió el eco ahogado de su charla. Pero no la

entendía. Su alma entera corría tras el ovillo de lana color ceniza, imagen de su egoísta corazón. Su peso le arrastraba irremisiblemente. Sobre su cabeza, la risa de las hermanas quebró un loco surtidor. Entonces, ante el espantoso peligro, creyó ver diez pupilas brillantes hundidas en las suyas, y una voz monocorde, implacable, lanzaba á su oído como un reto, la vergüenza de su incoloro existir.

—Ya eres nuestro, Claudio; ahora te perdemos para recobrar nuestra libertad; somos la belleza que el destino volcó sobre tu vida, sin que tú la hicieras germinar; somos las buenas ideas que repudiaste, los anhelos que no quisiste escuchar.

Sumergido en el hielo del agua verdosa, el pobre muchacho se debatía vanamente: una fuerza extraña, una atracción insuperable lo hundían en el lago. Preso de agónica desesperanza, retorciéndose en un espasmo desgarrador, cerró los ojos por no ver aquellas pupilas fosforescentes, dos pupilas verdes que en su fascinante palpitación clamaban enfurecidas: «Somos el amor, el amor ofrendado á cada vuelta del camino; la ternura de tantas mujeres, dispuestas á entregarse, que te vieron pasar, indiferente, encerrado en tu mezquina placidez. Somos el amor que despreciaste, y del que ahora mueres; fuimos demasiado hermosas para tu raquíca imaginación. En el éxtasis de mi beso duerme el veneno que castigará tu rebeldía.»

Un ósculo frío selló los labios de Claudio. El agua, al rizarse sobre su cuerpo, se esmaltó de pececillos rojos...

Entre la fronda vespertina marcharon las cinco hermanas. Era su paso rítmico un deshojar de estrellas, el sonreír tremante de un eco sobrenatural.

ERNESTINA DE CHAMPOURCIN

(Dibujos de Aristo-Téllez)

EN EL MONTE DE PIEDAD LA PAPELETA DE EMPEÑO Y LA HUCHA DEL AHORRO



EL BENDITO PIQUER

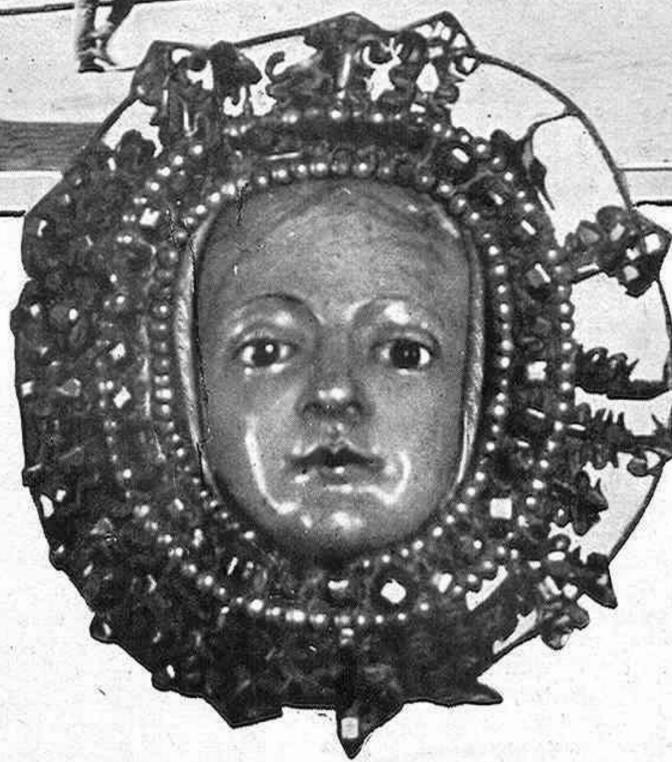
Así hinche la hormiga su granero; así acaba la araña la tela que hace para cazar, añadiendo un hilo á otro; así hinche la abeja su colmena de cera y miel, andando de flor en flor, y así, finalmente, teje la aveca su nido en lo secreto del árbol, juntando una pajita con otra. De suerte que aunque los materiales sean pequeños, la continuación y perseverancia porfiada hace que se dé cabo á la obra.»

Estas palabritas tan enjundiosas de fray Luis de Granada parece que fueron el cimiento y base de la obra de otro frailecito, dulce, tierno, apasionado por el bien y amante de las criaturas de Dios; el capellán de las Descalzas Reales y fundador del Monte de Piedad, D. Francisco Piquer.

Este sacerdote dedicó su vida á la caridad. Allí donde había una lágrima que enjugar, una miseria que aliviar ó una criatura postrada á quien levantar, allí estaban los brazos amorosos de Piquer, su palabra fervorosa y su dinero.

Y como quería que su obra perdurara, tiró la semilla fecunda. Comprendiendo su insignificancia para combatir la indigencia, quiso que todos los corazones pletóricos de caridad acudieran á la tarea. Había que combatir la miseria, esta escuálida nodriza de los pobres, y el curita Piquer se sentía pequeño y débil para la descomunal empresa. Pero, ¿no protege Dios el grano de trigo tirado en los terrones? ¿No multiplica las semillas y llena los campos de frutos para que se alimente el hombre?

El día 3 de Diciembre de 1702, el frailecito Pi-



Arriba: La plaza de las Descalzas, en cuyo centro se erige la estatua del fundador del Monte de Piedad, el bendito sacerdote D. Francisco Piquer.—Abajo: La Virgen del Monte de Piedad de las Animas, bajo cuya advocación está la benemérita institución

quer abrió los cimientos de esa magnífica obra del Monte de Piedad. Ese día fijó en el muro de su habitación una cajita con una ranura, llamó á sus sobrinos, á su ama de gobierno y sus dos criados, y antes de meter en la alcancía un realillo de plata, dijo á sus sirvientes y familiares: «Sean ustedes testigos de que este real de plata que tengo en la mano, y que voy á depositar en la cajita, ha de ser el principio y fundamento de un Monte de Piedad que Dios ha de favorecer

para sufragio de las ánimas y socorro de las criaturas necesitadas.»

Tres años después, el bendito Piquer había colocado 212 cajitas en casas particulares, y recogía 8.218 reales en limosnas. Surgen los obstáculos. Frente á Piquer se levantan los prestamistas y usureros, roña y bazofia de toda república. También la envidia asoma su faz amarilla. Piquer no desmaya. El frailecito sigue su áspero camino. Con el dinero de las limosnas toma ropas y las devuelve sin cobrar interés. Da pan al necesitado; acude al pobre; excita al rico á que dé algo de su hacienda, y el 11 de Mayo de 1710, María Luisa, primera mujer de Felipe V, accede á una petición del fraile, que había solicitado del Consejo de Indias Real licencia para que las autoridades civiles y eclesiásticas de los reinos del Perú y de Nueva España promuevan y den dinero para la creación del Monte.

JUNTO Á LA VENTANILLA. EL ESPECTÁCULO DE LAS POBRES GENTES. EL BUEN CORAZÓN DE UN EMPLEADO. DINERO Y PALABRAS

Hemos entrado en una sucursal del Monte. Junto á la ventanilla aguardan unas mujeres. Una lleva un lillo de ropa; otra tapa con un negro pañito un traje de hombre; la de más allá extiende unas prendas limpias y recién planchadas. Todos los ojos miran al suelo, ó á los rebujos. Alguna, la mejor vestida, tapa su cara con un velo tupidísimo. Nadie habla. Cuando entra

un nuevo empeñante, todas vuelven la cabeza á la pared, ó disimuladamente se llevan la mano á la cara. Y esto mismo hace la que entra. Una pobre mujer de tipo pueblerino tiene en el regazo su llo, y sobre él sus dos manos. De vez en cuando dice: «¡Jesús!», y se queda inmóvil.

En la ventanilla, el empleado rechaza unas prendas que ofrece una pignorante. Suplica la mujer. Regatea. Según parece, lo que lleva al Monte es el trajecito de la «mayorcita», que no podrá ahora salir de casa. Tiene la buena mujer cuatro críos que caben en un sombrero. El empleado ha dicho su última palabra. Ordena que deje libre el sitio para otra. La infeliz acepta la cantidad que ofrece el del Monte. Otra desdichada se acerca tímidamente y habla en voz baja.

A nosotros nos produce malestar la escena. Ya que no le diera á la mujer más dinero, nos hubiera gustado oír palabras dulces y caritativas para la infeliz que deja, con el dolor de su corazón, por tres ó cuatro pesetas, el trajecito de la niña.

—Mire usted—nos dice un empleado—, el primer mes que yo trabajé en la tasación me dejé aquí la mitad del sueldo. No podía oír una miseria, y el espectáculo de las pobres gentes que vienen á dejar sus humildes atavíos me enternecía. Yo ganaba treinta duros. De la primer mesada no pude dar á mi mujer más que quince. El segundo mes, diez. Un día me dijo mi cónyuge que si queríamos pagar la casa teníamos que empeñar algo. Me cerré á toda súplica de los pignorantes. ¡Se oye cada historia! Pero uno es tan pobre como los que empeñan, y si no se cerraran los oídos, no podría dar de comer á los suyos. No hay más remedio que endurecerse.

—¿Los tasadores son responsables si se extralimitan en las tasas?

—Sí, señor. Los que vienen á pignorar quieren que se les dé por las prendas lo que les costó éstas, y el tasador trata de rebajar el precio, porque si se le va la mano tiene que pagar de su sueldo la demasía de la tasa.

—Sin embargo—arguyo—, las buenas palabras y el gesto compasivo no cuestan nada.

—Sí, señor; tiene usted razón. Todos los que trabajamos en el Monte sufrimos mucho con el espectáculo de la ajena miseria, y procuramos ser atentos y solícitos. Es posible que haya alguno duro ó gruñón; pero la mayoría, no. Además, que si la superioridad se entera, castiga al zafio y maleducado.



El magnífico Salón de Consejo del Monte, decorado con cuadros alegóricos de gran valor artístico

LAS OPERACIONES DE EMPEÑO. ALHAJAS Y ROPAS. LOS DESEMPEÑOS GRATUITOS Y LOS DONATIVOS.

De la sucursal damos un brinco á la Central. Preguntamos por el director, señor conde de Sepúlveda. No está. Pero el secretario, D. José Ramírez, se pone á nuestro servicio. Atento y amable nos acompaña en nuestra visita y nos da los datos que pedimos.

—¿Cuántas operaciones de empeño se efectúan al año?

—Entre la Central y las seis sucursales del Monte en Madrid se efectuaron, en 1925, 394.519 empeños, por valor de 19 millones de pesetas. En 1926 hubo 340.264 pignoraciones, es decir, 54.255 menos que en 1925, con una baja de más de millón y medio de pesetas.

—¿Cuántas partidas de ropas fueron empeñadas en 1926?

—Doscientas veintitrés mil ciento ochenta y una, por un valor de cuatro millones setecientos treinta y seis mil pesetas.

—¿Y de joyas?

—De alhajas, ciento diez y siete mil ochenta y tres partidas, por un valor de doce millones ochocientos cuarenta mil seiscientos ochenta y cinco pesetas.

—¿A cuánto ascenderá lo que hay actualmente empeñado en el Monte?

—De ropas y alhajas, unos veinte millones de pesetas.

—¿De cuánto dinero dispone el Monte actualmente para préstamos?

—De setenta y siete millones de pesetas.

—¿Cuál es la tasa mínima de empeño?

—Dos pesetas.

—¿Qué plazo fija el Monte para rescatar las prendas empeñadas?

—Para las ropas, siete meses; para las alhajas, trece.

—Y cuando pasa ese tiempo y no rescatan los objetos pignorados, ¿se sacan á subasta?

—Sí, señor. Y si la cifra que alcanza en la puja la ropa ó la alhaja rebasa la que percibió el prestatario, la diferencia—excepto el seis por ciento de interés anual y el cinco por ciento por derechos de venta—queda á favor del pignorante durante diez años.

—¿Y se enteran éstos?

—Algunos, no. Hay un gran descuido. ¿A cuánto cree usted que ascendió la cifra de lo que quedó á disposición de los empeñantes desde el año 1917 al 1926?

—No sé.

—¿A seiscientos noventa y cuatro mil pesetas!

—¿En qué emplea el Monte ese dinero?

—En desempeños gratuitos y en donativos. Todos los empeños de ropas que alcancen á 100 pesetas y que se han ido renovando durante diez y seis años, se regalan á sus propietarios.

—¿En que mes se empeña más?

—En los meses de Enero y Marzo es cuando hay más pignoraciones de alhajas y ropas.

LOS PROFESIONALES DE LAS SUBASTAS. NO HAY MONOPOLIO. UN ROBO DE 900 PARTIDAS DE ALHAJAS

Una pausa. El señor Ramírez ojea un librito. Yo le espeto:

—Los que más empeñarán serán los proletarios...

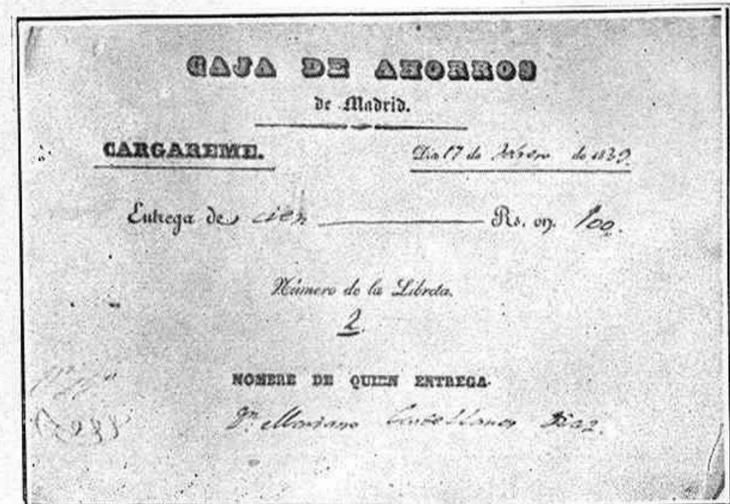
—Ropas, sí, señor. Las clases humildes dan un subido contingente de empeñantes. El paro del marido, la enfermedad del hijo, el apuro del momento... En alhajas son las familias de la clase media ó que han venido á menos.

—¿La suspensión del juego se notó en el Monte?

—Sí, señor; bastante. En aquella época se empeñaba mucho y se desempeñaba mucho también. Había joya que «daba al día varios paseos á nuestra casa», según las alternativas de la



Copia de una papeleta de empeño del año de 1808, época de la invasión francesa



Facsímile de una libreta de ahorros del año 1839. Esta imposición de cien reales es la segunda que se hizo á raíz de la fundación de la Caja



En el testero, la espada y el retrato del Marqués de Pontejos, fundador de la Caja de Ahorros
(Fots. Díaz Casariego)

suerte de su propietario. Pero bien quitado está el juego si eso evita la miseria y la ruina de muchas casas.

—¿Es cierto, Sr. Ramírez, que hay una especie de monopolio ó confabulación entre los que acuden á las subastas del Monte?

—No, señor. No hay monopolio. Es una subasta pública, á la que puede acudir todo el mundo. Con cuatro días de anticipación se imprimen los boletines, y cuatro días antes de la subasta se hace una exposición de los lotes al público. Usted mismo puede venir cuando quiera y pujar. Lo que ocurre es que hay «profesionales» de las subastas, que pujan los lotes para revenderlos. Ellos adquieren las grandes partidas, que no puede comprar la buena mujer que acude á la subasta por un mantel, dos toallas y media docena de pañuelos.

—¿Por qué paga el Monte de Piedad menos por las prendas que las casas de préstamos?

—Verá usted. El Monte, cuando vence el plazo concertado para rescatar la prenda pignorada, devuelve al prestatario el sobrante que resulta de la venta del objeto; el prestamista, no. Este vende el artículo empeñado sin estar obligado á darle ninguna indemnización al que empeñó. Por este motivo, las casas de préstamos pueden dar por las prendas más dinero que nosotros, pues ellos tienen un margen enorme de utilidad al apropiarse los objetos que no desempeñan sus dueños.

—¿Ha acaecido en el Monte algún hecho ó suceso digno de mencionar?

—En el siglo XVIII hubo un robo de 900 partidas de alhajas por valor de 484.470 reales. Para indemnizar al Monte de este desfalco se autorizó una rifa que enjugó esa cantidad.

EL FUNDADOR DE LA CAJA DE AHORROS DEL MONTE. SETENTA Y SIETE MILLONES DE PESETAS. LA «MEDIA DE LANA FRANCESA» Y LA HUCHA ESPAÑOLA

Don José Ramírez acompaña al reportero al salón de Consejo, decorado con pinturas de Rodrigo. En una salita contigua al salón está la pesadísima caja de hierro que guardó las primeras imposiciones de la Caja de Ahorros del Monte. Hay en la pared una espada y el retrato de una cabeza de hombre.

—Ese retrato es de D. Joaquín Vizcaíno, marqués viudo de Pontejos, que fué alcalde de Madrid y fundador de la Caja de Ahorros del Monte—dice el Sr. Ramírez.

—La pintura es magnífica—arguyo, sin quitar los ojos del cuadro.

—Sí, es de gran valor. Fué hecha por el pintor francés Horacio Vernet. La espada es también del marqués de Pontejos, que era oficial de Caballería. Cuando murió el fundador, en 1840, lo enterraron con esta espada, que ha estado bajo tierra cincuenta años.

—¿Y cuándo fundó el marqués la Caja de Ahorros?

—El año 1839. En ese mismo año acudieron á la Caja á imponer sus ahorros 1,081 personas con 314,245,58 pesetas. Día tras día y año tras año, estas cifras fueron aumentando hasta llegar al año 1926, en que los imponentes eran 70.046, y la cantidad impuesta alcanza la suma de 77.131,194,87 pesetas.

—¿Cuál es la cantidad mínima de imposición?

—Una peseta.

—¿Y la máxima?

—Cinco mil.

—¿El estado económico del pueblo es ahora mejor que antes?

—Al parecer, sí, porque se empeña menos y se ahorra más.

—¿Hay afición al ahorro en nuestro país?

—Sí, señor. Las cifras que le he dado á usted lo demuestran. De día en día aumenta en las clases humildes el cariño al ahorro. Vea usted los bancos de nuestro salón de operaciones. Están llenos de personas que vienen á imponer ó á sacar dinero. Los bancos de los imponentes están más nutridos que los otros. No hay una muchacha de servicio que no tenga su libreta de ahorro. Aquí acuden á imponer sus economías la jovencita que ahorra para su ajuar; el proletario previsora que aumenta semana tras semana su «montoncito»; el padre que guarda unas pesetas para que su hijo sea de «cuota»; el que quiere veranear, y el que se prepara para caso de paro ó enfermedad. La «media de lana» francesa es ya corriente en nuestro país, aunque aquí, en vez de «media», es la hucha del Monte.

Y el señor Ramírez nos enseña un artefacto metálico con dos orificios. Es una cajita de hierro empavonada. Por una ranura se meten las monedas, y por la otra los billetes. Estas huchas se las llevan á su casa los imponentes. La llave queda en el Monte.

Cuando el imponente necesita dinero acude con su cajita al Monte, los empleados abren la hucha y le entregan al cliente la cantidad que quiere.

El señor Ramírez me despide afectuoso:

—Ahorre usted, ahorre usted.

—Sí, señor, ¡ya lo creo! Si alguna vez gano mucho dinero me gasto la mitad, y la otra mitad la ahorro. Desde hoy empiezo á hacer economías en lo que yo puedo hacerlas. En cuanto intervenga en una conversación ó diálogo, ahorraré palabras.

R. DE LA P.



«La cena», cuadro de Castro Cires

I

CASTELLANO como Arteta, Anselmo Miguel Nieto y Aurelio García Lesmes (y nacido, como ellos, en Valladolid) es Raimundo Castro Cires, que expuso recientemente en el Museo de Arte Moderno un conjunto de sus obras últimas.

Sin abandonar su castellanía, Castro Cires la satura de aire salobre y cambia las celísticas dilatadas del llano por las brumas guedijosas de Cantabria.

«Las montañas de Castilla» se nombraban otra a las de Santander, donde Castro Cires encuentra su inspiración presente y donde elige los modelos entre la marinería y los pescadores, como ayer los buscaba entre labriegos y trajinantes.

Ha sido, por ende, una evolución que no exigía el descuaje, el desarraigo de la tierra natal, sino sencillamente acatar esa sugestión de aventura y de camino que hay latente en la amplitud infinita de sus campos, en la tersura límpida de su cielo, en el silencio cóncavo de sus horas, tan colmado de ecos hazañosos.

Durante largos años, el artista interpreta fielmente una Castilla cálida, encendida y vivaz, como un vigoroso mentís a la yerta Castilla de los tópicos literaturizantes.

La Castilla de Castro Cires, en el período anterior a este que reveló su exposición del Museo Moderno, está henchida de vitalidad, plena de energías perdurables, no minadas por la desviación del interés nacional y de las rutas universales en los siglos últimos.

Porque los lienzos anteriores de Castro Cires exaltan a Castilla con la noble sobriedad castellana. Tienen, a pesar de las humildes tareas de sus modelos y de la simplicidad agraria de los fondos, sonora rotundez épica. En el labrantín de hogaño se adivina el combatiente místico ó guerrero de antaño, y en la múltiple profusión de las espigas maduras, los bélicos erizamientos de las pretéritas lanzas.

Y, sin embargo, nada menos literario ni aquejado de pegadizos sentimentalismos que la pintura de Castro Cires. Eran retratos aislados ó colectivos de gentes curtidas por la luz urente, vestidas de negro ó de pardo, con sombrerones haldudos y manos encallecidas, paisajes dorados —de todos los matices del oro, desde los más cálidos a los más fríos—, con raros y altos árboles alguna vez, con culebros fluviales de cuando en cuando.

Un dibujo seco, fuerte, profundo, un poco áspero, que diríase cortante —como la reja del arado cuando opri-

me la manera una mano de vigorosa y experta virilidad—, acusa los contornos de las figuras, las destaca y releva sobre el paisaje.

Y un buen día el pintor deja atrás sus lienzos de la época áurea, y va, sin saberlo acaso, á buscar los lienzos de la época argéntea y rosada.

II

Ya se ha dicho: labriegos y tierra encendida de sol, ayer; marineros y mar entoldado de nieblas, hoy. Pero, además,

unas sutilísimas y delicadísimas complacencias de claras gamas, donde carnes y sonrisas de mujer se funden y magnifican.

Esta es la impresión que causaban los actuales cuadros de Castro Cires, á quien no desconocía ni olvidaba los anteriores. (Para recordarlos había un pequeño paisaje, prodigioso de verdad atmosférica y de expresividad local.)

Ahora bien: ¿estábamos en presencia del hallazgo definitivo, de la perfección lograda á costa de las diatribas de quienes piensan que un artista es mojon de carretera inmóvil é insensible mientras la vida multiforme y cambiante cruza ante él?

Ello, en elogio precisamente de Castro Cires se dice, es peligroso afirmar.

Se puede asegurar que la primera época del artista, larga y fecunda, persistente y capaz, está concluída, sin que nada de ella pueda ni deba ser rectificada.

A no sentir esa bendita inquietud del castellano que sueña, pudo concretarse al concepto estético y factual de aquella primera época, y sería siempre un admirable y personalísimo pintor.

Pero ha preferido la aventura al sosiego, la lucha consigo mismo y con los demás, á la calma pacífica donde los elogios florecen lentamente.

Nada más admirable ni laudable. ¡Ay del artista que cambia el ensueño por el dormir sin



«Llevando las redes», cuadro de Castro Cires

ensueños! ¡Ay del que imagina en plena madurez que su obra está concluída y que nada en ella debe ser rectificad!

Castro Cires limpia su paleta y su alma y sus ojos, escandecidos por la llanura. La luz del norte le aprende matices y finuras y medios tonos nuevos. Se le descascarilla el tópico zuloaguiста que rozó algunas veces.

Si fuera preciso aludir á otra influencia pictórica, se puede pensar en Anglada, con sus géneros de color y sus empastes y su pompa decorativa.

Pero no es preciso. Lo que importa precisamente es este buscarse á sí en sí mismo y no en los demás, que Castro Cires confiesa noblemente á través de sus obras actuales.

Lo que importa es la sensación de belleza y de sentimiento que encontramos en ella.

Entre el gran lienzo—fragmento acaso de una magnífica decoración mural—*Llevando las redes*, tan armonioso de composición, tan enérgicamente construído, tan convincente de técnica, y en el que se obtienen infinitas gradaciones tonales del mar y del cielo, entre ese gran lienzo—por dimensiones y por resultado—y el *Desnudo*, ó el *Retrato de artista*, tan diáfanos, tan sutiles y verdaderamente distinguidos, ¿cómo no descubrir en seguida el esfuerzo tenso del pintor por conseguir una directriz estética más á tono con sus nuevas características sensoriales y sentimentales?

Se comprende que Castro Cires aspira á una eliminación radical de cuanto se oponga á su nuevo concepto de la pintura; se comprende que no vacila incluso en sacrificar algo que tal vez no debe ser sacrificado, pero que á él le pesa y le traba.

Quiere cada día más adquirir la doble síntesis constructiva y plástica; aclarar su visión de la vida; saturarse de claridades y acatar ritmos ingravidos.

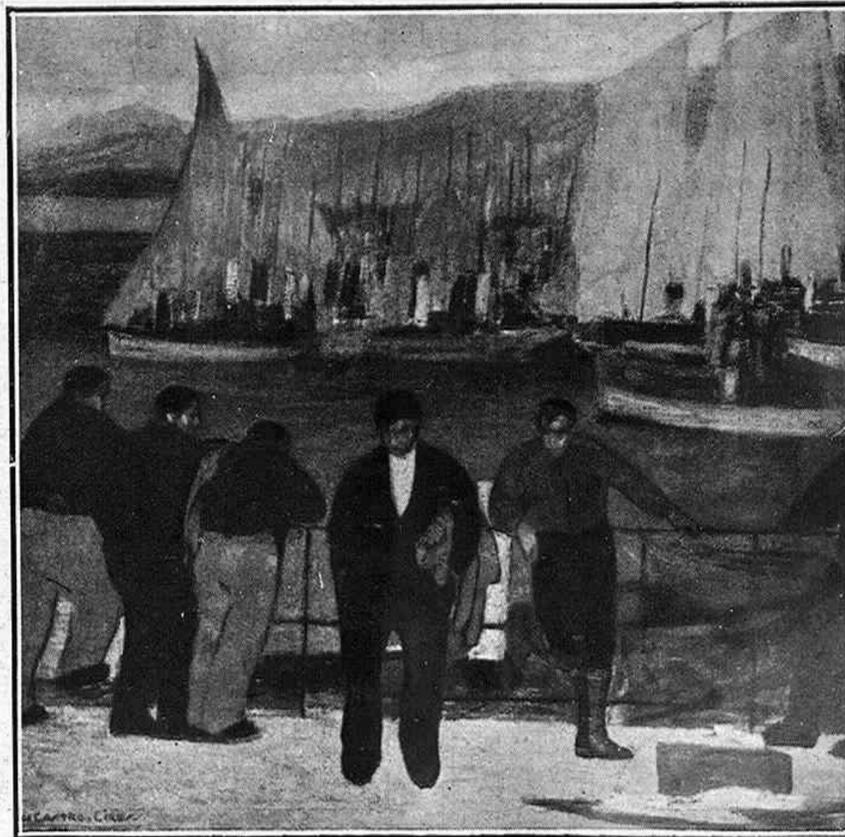
¿Es un bien? ¿Es un mal?

Ciertamente lo primero. Igual sus figuras de pescadores que sus damas de selección social, sus notas montañosas que sus marinas, lo testifican. Estamos siempre en presencia del dibujante sólido, de básica reciedumbre, y además de un luminista delicadísimo.

Si no fuera así, podría suponerse un mal la nueva orientación del artista.

Pero él sabe ir por su camino. En cada hombre de Castilla hay un caminante seguro. De muchachos aprenden á no extraviarse, porque saben que Castilla abre el abanico de sus senderos hacia todos los términos del mundo...

José FRANCES



«Puerto Chico (Santander)», cuadro de Castro Cires

EN LA LUCHA SECULAR CONTRA EL ÁRBOL, EL INSTRUMENTO DE DESTRUCCIÓN MÁS INCONSCIENTE ES «EL ROTURADOR»

EL Cuerpo de Montes de Jaén me facilita las fotografías que ofrezco hoy á los lectores de LA ESFERA, contribuyendo á popularizar los episodios de la gran guerra por el árbol y contra el árbol que está librándose desde hace siglos en todas las regiones de España. Están tomadas en la Sierra del Segura. Explican el avance de las roturaciones—es decir, de las cortas de árboles hechas por cultivadores de las tierras próximas para aumentar la zona labrada á costa del monte—y presentan gráficamente la figura del roturador.

El roturador, como puede apreciarse por su miserable vivienda y por su ruin aspecto, es una víctima, un instrumento de culpables mucho más fuertes y más hábiles que él. Sale con el hacha—algunas veces con la tea incendiaria, que por algo llamamos, en Castilla, hacha de viento á la antorcha—, derriba unos cuantos troncos del pinar ó del robledal inmediato, y llegado el momento oportuno, rotura y siembra. Su primera cosecha de trigo ó cebada en tierra forestal es muy buena; la segunda, buena; la tercera, regular. Rápidamente va consumiéndose su energía productora, y viene á ser como todas las de estos riscos pedregosos. Pero el gran daño está no sólo en convertir magníficos bosques en malas tierras de pan llevar, sino en que privan de toda defensa á las laderas montañosas, y en pocos años queda descarnada la peña viva, sin que sea posible nunca más prender en ella la raicilla de un pino.

Si la tierra es fértil, tampoco suele gozarla el roturador. Carece de medios para ello. Necesita sembrar, y la siembra cuesta dinero, que sólo obtiene á préstamo. El préstamo es el comienzo de una cadena de desdichas, que termina con la venta ó con el expolio. El se aventura, se arries-



La vejez del roturador. La pareja á la puerta de su choza

ga, sufre la denuncia, y en ocasiones la cárcel, y sólo consigue dar á su usurero, al venderle, además de su tierra, el terreno límite roturado, un título de propiedad con ciertas apariencias de legítimo.

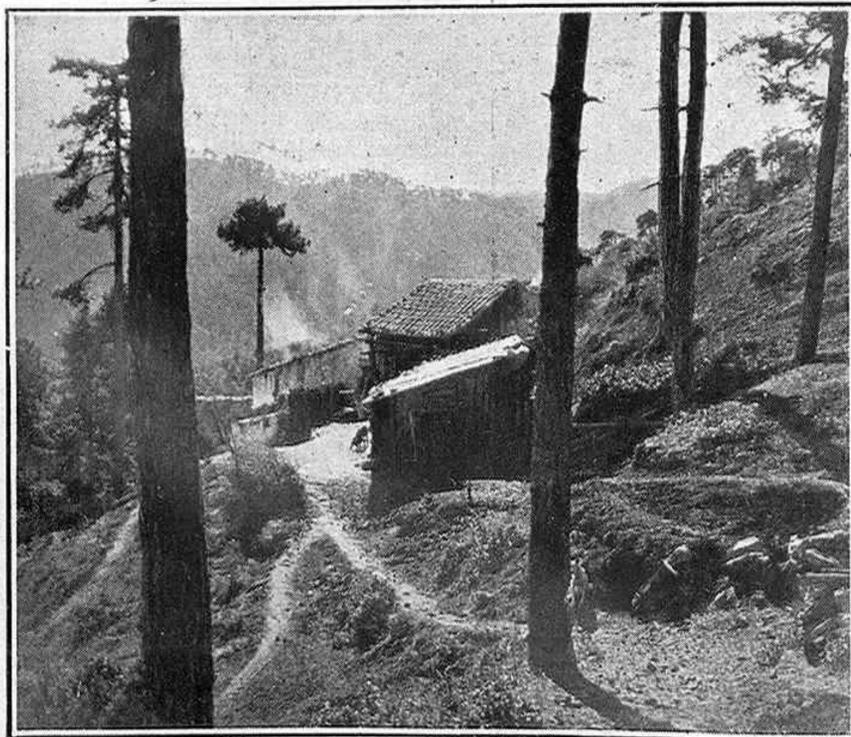
La vida para el pobre roturador siempre es penosa. En esta Sierra del Segura—clima cruel, con algunos deliciosos rincones privilegiados—, el hombre del campo soporta penalidades difíciles de imaginar. Ha llegado á reducir poco menos que á la nada sus necesidades; pero yo no acepto esta teoría del conformismo, predicada por senequistas que, como el propio Séneca, procuran siempre darse buena vida. Reducir las necesidades es ir renunciando á lo que más nos separa de la bestia salvaje. Cuando hay un poderoso ideal espiritual, todo lo suple ese fervor; pero cuando sólo se piensa en el pobre anhelo de no morir; cuando el único sostén de sus aspiraciones para mañana es el filo de un hacha; cuando todas las posibilidades se reducen á salir furtivamente de esa pobre choza y asesinar un ár-

bol, el lector estará conforme conmigo en que es demasiado poco para satisfacer á un hombre, aunque sea tan desdichado y tan inculto como un roturador de las Gorgollitas.

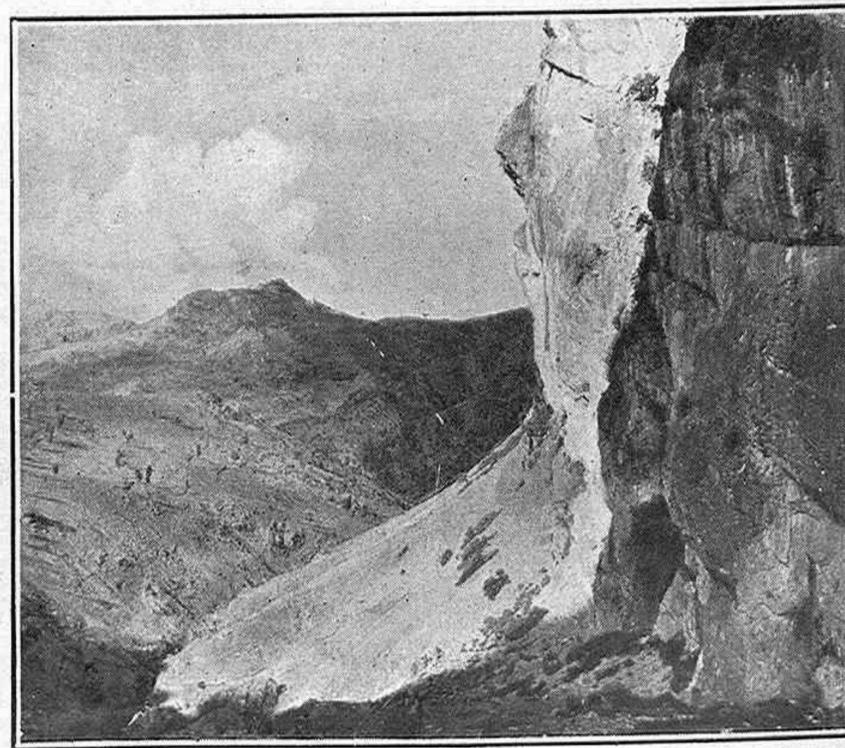
Instrumento ciego, y en realidad inconsciente, de una mala obra, el roturador hace mucho daño. Bosques espléndidos, paisajes deliciosos, van dejando paso á la roca pelada, ó á extensas laderas areniscas que por desnudaciones sucesivas ofrecen el singular espectáculo de la ruina de una montaña. Yo he leído en el libro que escribió á mediados del siglo XIX un diputado de las Constituyentes, natural de Segura de la Sierra, D. Juan de la Cruz Martínez—*Estudios sobre arbolados de España*. Madrid, 1855—, que el total de montes en la provincia marítima de Segura de la Sierra, con sus 41 pueblos, se elevaba á 486. Y el cálculo de los árboles de esos montes pasaba de *doscientos sesenta millones*. Los montes de

Balsaín podrán tener hoy alrededor de diez millones. En aquella época, el roturador de los bosques de Jaén—el pequeño roturador, porque ha habido otros grandes roturadores, más audaces y más dañinos—no había trabajado tanto como hoy. Pinos salgareños, rodeznos, carrascos y donceles; robles, encinas, álamos negros, chopos, nogales, fresnos; sabinas, castaños y almeces. «Sin hacer mérito por su calidad inferior de aceves, muguillos, servales silvestres, agracejos, almotejas, tejos, durillos, bojes, pespejones, barbarijas, madroños, espinos, enebros, acebos y muchos frutales.» Riqueza incomparable, que bien explotada bastaría para convertir en una de las regiones más felices de España esta zona hoy tan pobre. Aun así, con lo que hoy queda, el daño se puede corregir. Jaén podrá recuperar parte de lo perdido, aunque no todo, y esto le bastará para ser una de las regiones forestales más hermosas de Europa.

LUIS BELLO



Viviendas misérrimas de los roturadores en medio del pinar



Aspecto de las roturaciones en Malezas de Santiago

ESTAMPAS DE LA MARISMA

EL TORO Y EL AEROPLANO

EL CENTINELA

HORA de siesta y recalmón. El sol es una moneda de oro recién sacada del horno, y la marisma andaluza un inmenso tapiz cuajado de luz. Enjambres de pequeños insectos recorren el campo. En las quebradas pían los pajarillos, y las florecillas languidecen, mustias. Las moscas, cerriles, se pegan á los toros, que se limpian las ancas con el fino látigo del rabo. Los cabestros sacuden sus collares, y los añojos dejan las ubres propincuas para retozar por el cercado.

La piara es un borron. Tirado en la hierba dormita un toro magnífico. Está hundido en la maleza, y sólo se ven, poderosas y temibles, las dos púas de sus cuernos, que asoman por entre los juncos y florecillas como los puñales del truhán en la encrucijada. Alarga el toro su jeta poderosa y coge un manojo de florecillas. Si barrunta una vaca, los ollares de su nariz se dilatan y muge, levantando su enorme testuz. Si oye el disparo de un cazador de patos, el bravo animal está en pie. Es el centinela de la marisma. Sus ojos de ascua buscan al enemigo. El coraje mueve sus orejas, y sus pezuñas escarban la tierra tirando los pedruscos como un barreno.



flor es un poema, cada murmurio un verso y cada remanso una balada. Tierras benditas que han encontrado su cantor en un poeta privilegiado, cuya musa ha bebido en la castiza fuente: Cortines y Muruve.

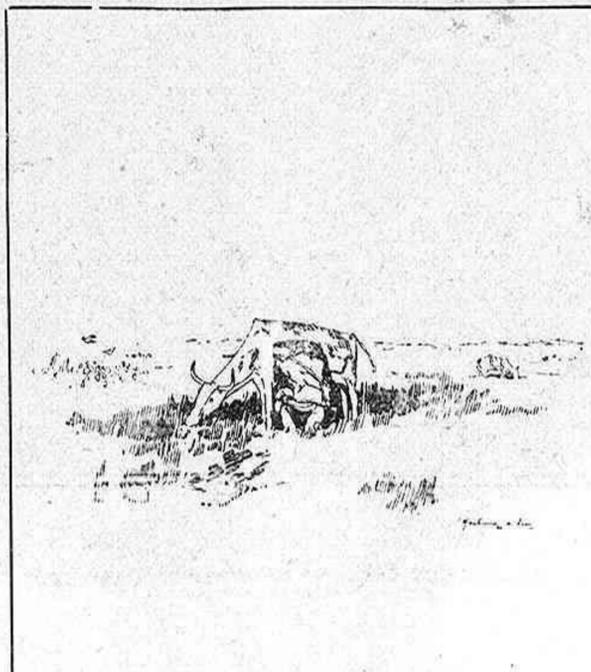
«¿Qué misterio de fuerza!
¿Qué profunda quietud en el cerrado
y qué augusto silencio por doquiera!
¿Qué ansiedad temerosa
el paisaje magnífico despierta!
De la laguna al borde, solitaria,
se yergue una cigüeña.
¿Tienen los bravos toros, mientras pacen
bajo el sol, una mágica belleza!»

EL LABRIEGO Y LOS TOROS

En un rincón del cerrado, junto á la valla de alambres espinosos, unos torerillos improvisan la enfermería. Un toro ha «tropezado» á uno de los golfos y le ha dado una cornada. Uno de los muchachos empapa un pañolillo en agua del río y limpia la sangre que cubre la herida, mientras discuten los defectos del toro

UNO.—¡No ha sido na!
OTRO.—Un varetaso. ¡Más cornás da el hambre!

Y el flamenquillo, encogido, colgado de los hombros de dos compañeros, camina sonriente y haciendo jeribeques y guiños dolorosos, pero



lleno de orgullo por tener ya una cicatriz ganada en la lucha con el astado.

—¡Se metió en el terreno der bicho!—arguye un chulillo con la capa terciada al brazo, y la colilla húmeda pegada al labio.

—E verdá—asiente uno, sin darse cuenta que meterse en la marisma es pisar el terreno del toro.

En la tarde caliente y bochornosa camina el labriego con su sombrero echado sobre los ojos y la cestilla de viandas bajo el brazo. El buen hombre va aprisa, aguijonado por el sol que *errite* las piedras, y cuyos rayos se clavan en las espaldas como agujas. Para hacer más liviano el viaje va llenando de coplas el camino.

Yo soy como aquel barquito
que lo están encarenando;
mientras más golpes le dan,
más firme lo van dejando.

Va pegado junto á los alambres que separan los cotarros de dos ganaderías.

El campesino, secos los labios y la garganta, suspira por beberse un vaso de vino del Condado en su «lata» favorita, y si no puede aguantar, porque le coge á trasmano, se meterá en la ta-



berna de Currito, que tiene un caldo que es *ambrosia* y unos jureles fritos que quitan el *sentío*. Otra coplilla, que el camino es largo:

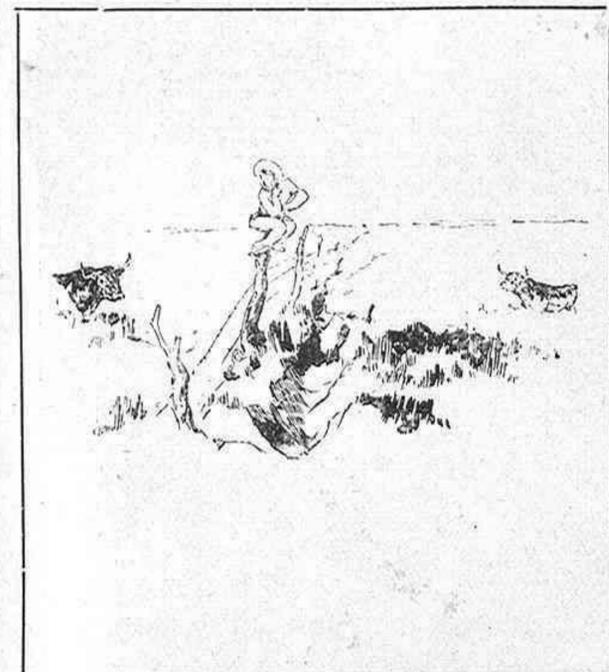
«Cuanto más hondillo un pozo
más fresquita sale el agua.»

Ha cortado el cantar. La última palabra se le ha quedado en la boca. Aunque el sol quema, el menestral tiene ahora un frío tan intenso, que le hace dar diente con diente. A un lado y á otro del camino asoman su cabeza dos toros. De un brinco, el viandante se sube á un *jinco*, ó palo de la alambrada, y desde allí, acurrucado y miedoso, mira á sus dos formidables vecinos. Desde lo alto piensa: ¿Miura? ¿Santa Coloma? Cada paso que dan los toros es un puñal que le abre las carnes. Ya no puede subir más. La postura es inverosímil. ¿Cómo quitarse del lado aquellos monstruos? Recuerda las voces oídas á los vaqueros, y grita, remedándolos: ¡Pajaritooo! ¡Jevaaa! ¡Jopa, jopa, jopa!...

Simula el lanzamiento de una piedra, y uno de los toros corre por el cercado. Cuando ya lo ha perdido de vista, el labriego se tira al suelo y corre á gatas, gritando: ¡Jopa, jopa, jopa!...

JULIO ROMANO

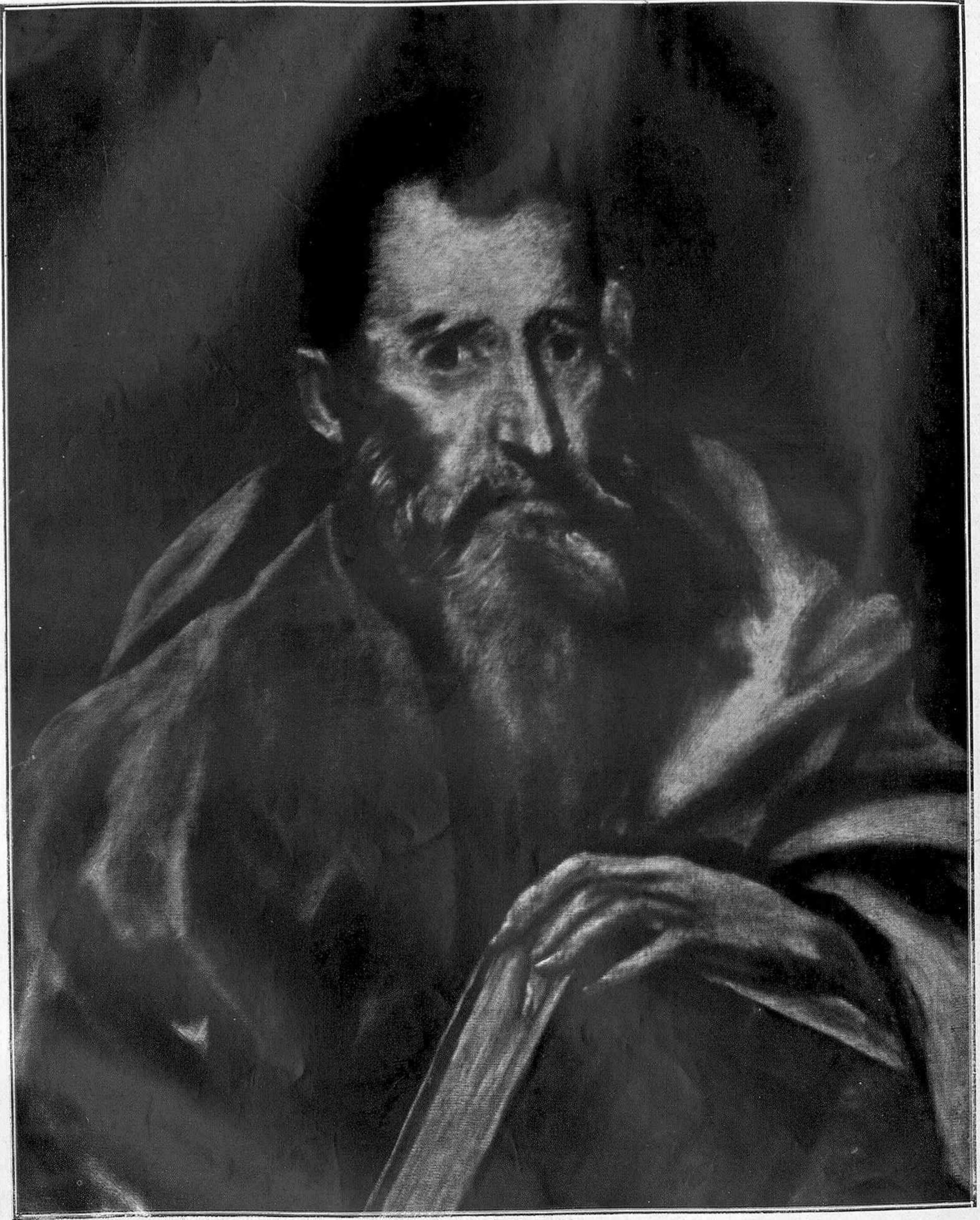
(Dibujos de Martínez de León)



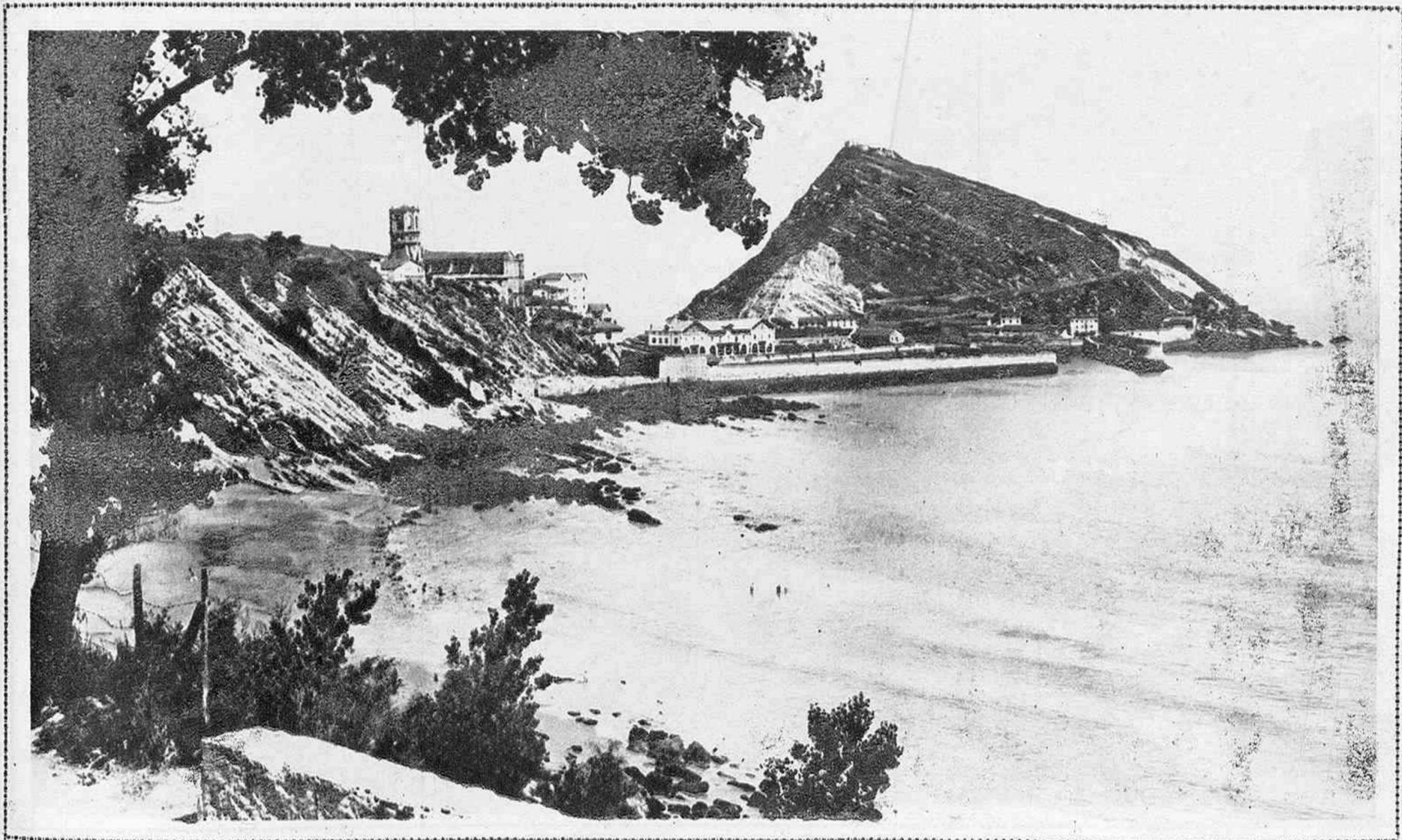
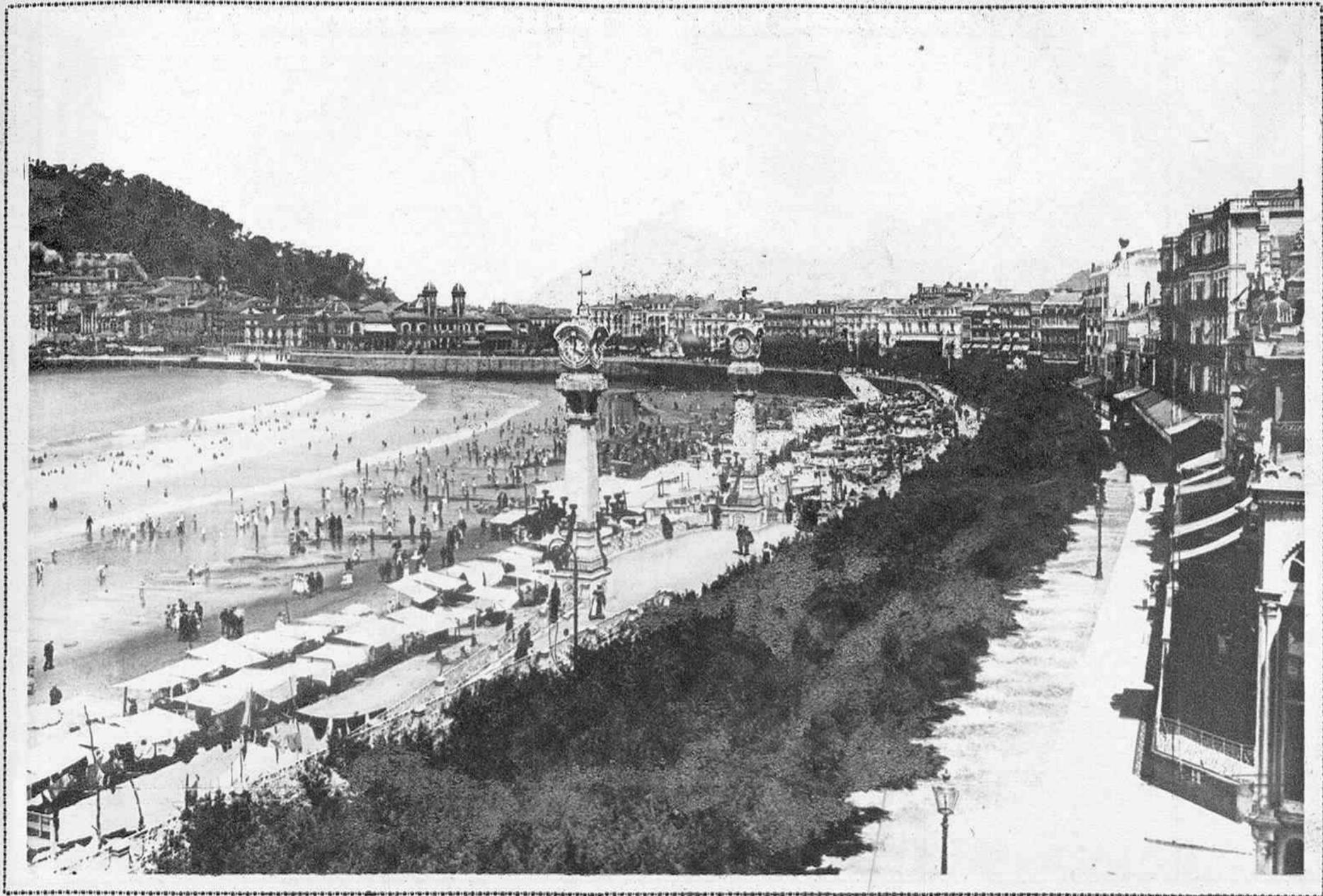
Se para. Levanta la cabeza en un gesto de reto y gallardía. Estira el hocico. ¿Quién osa romper la quietud y tranquilidad de su siesta? Es un avión que cruza el espacio. El enorme pajaraco parece que quiere posarse. El ruido del motor es de tormenta. El animal no se mueve. Allí está clavado, en la tierra, como una estampa del valor, sereno, impassible, mirando con sus grandes y serenas pupilas al monstruo aéreo. Su naturaleza espléndida y ruerte vibra en deseos de entrar en lucha con el intruso, y alarga más y más su cuello, moviendo su enorme cornamenta, como soldado que se prepara para la pelea.

UN POEMA CADA FLOR

En esta hora de la tarde está muda la marisma. El chillido de un cortijero; la piedra que se escapó de la honda y rebotó en la encina; el crujido de una rama que llama al pajarillo que le cantó en el invierno sus amores; el relincho de la jaca que echa de menos á la mocita que es una flor en su grupa, cuyo esqueje se afianza al tallo erguido del mozo varí; el rebuzno del borriquillo andariego, ó el vuelo del pato receloso que se mira en el cristal del *lucio* marismeño; estos ruidos que se pierden en la extensión maravillosa forma la sinfonía de estos campos, donde cada

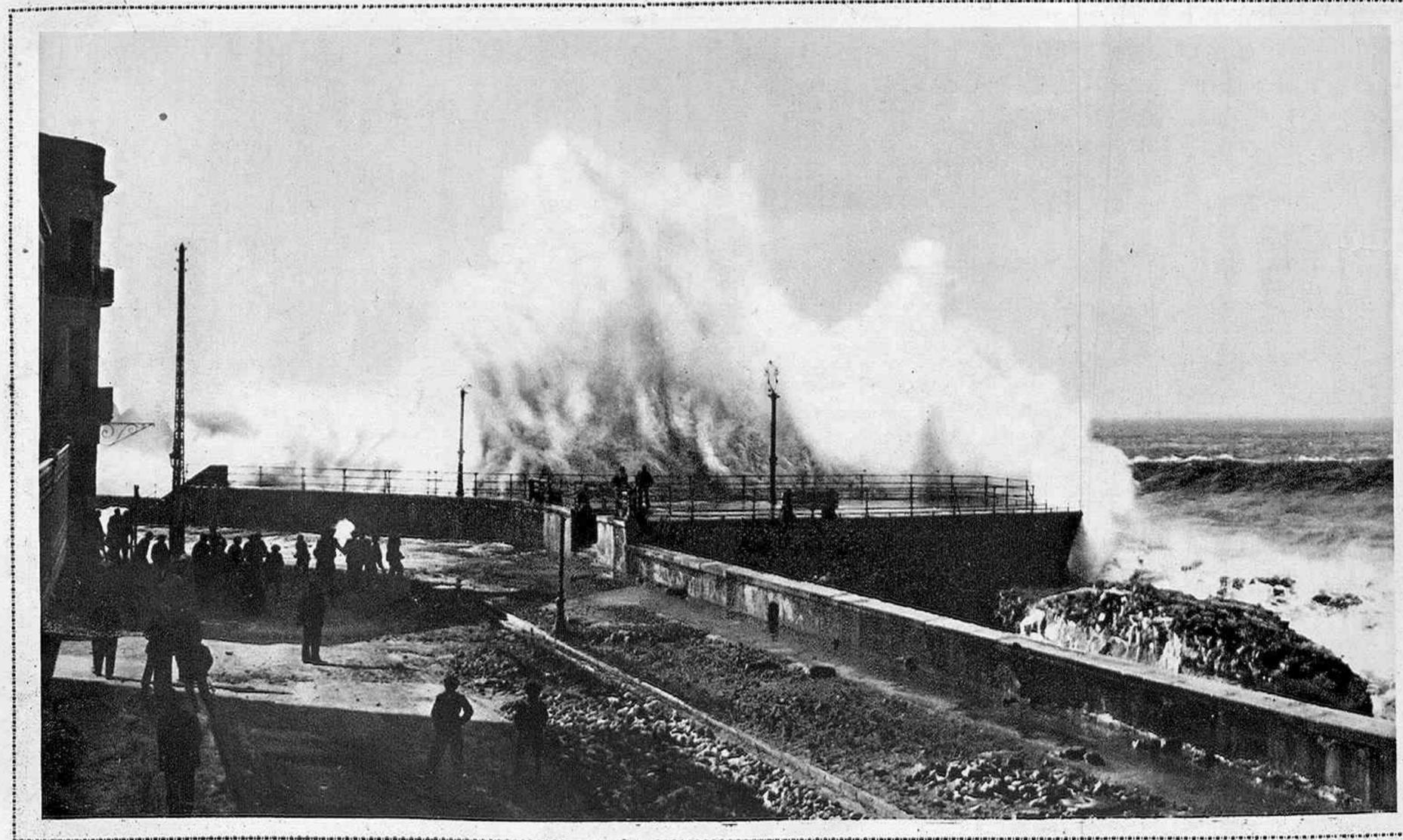
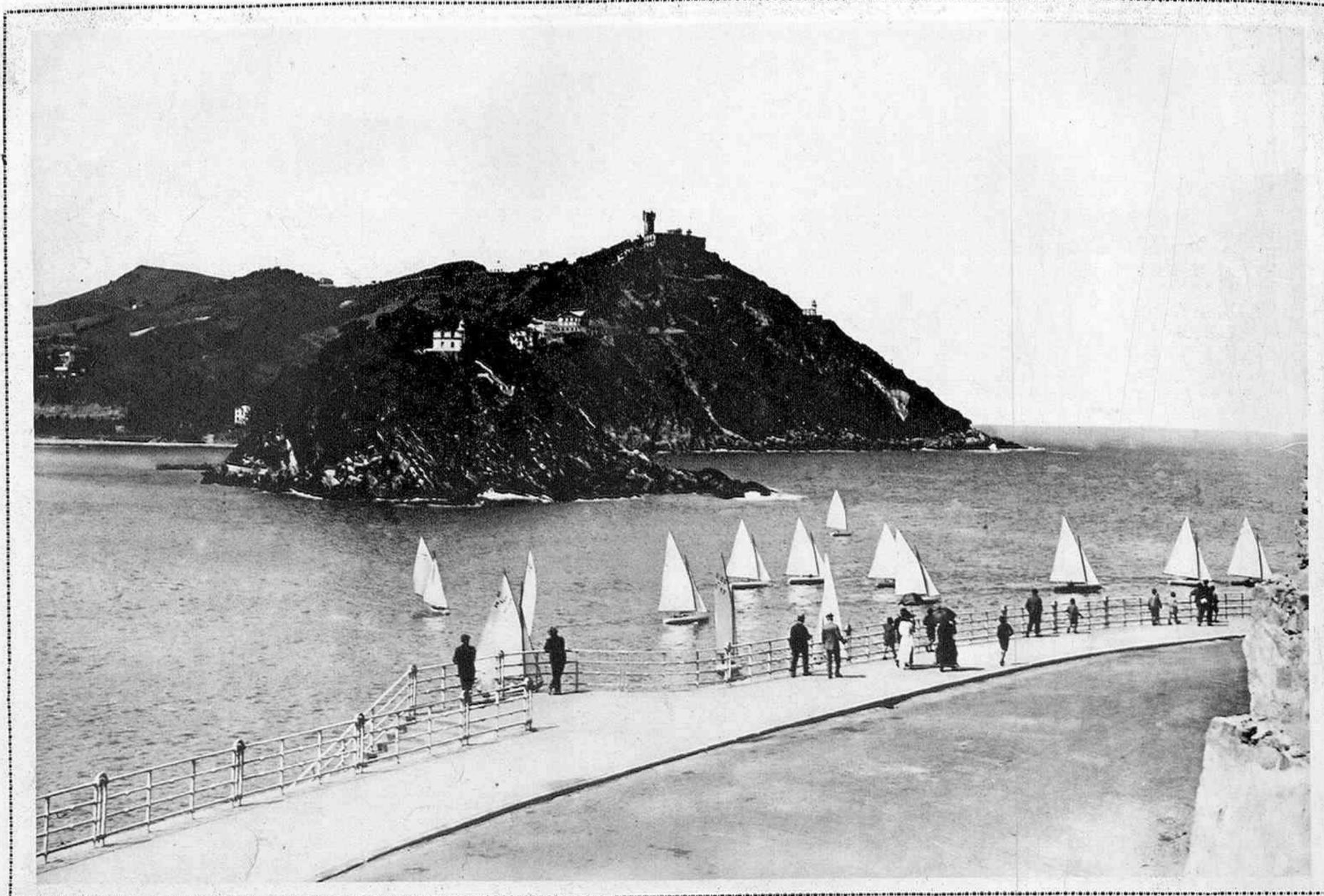


«San Pablo», cuadro de Domenico Theotocópuli,
que se conserva en el Museo Nacional del Prado



SAN SEBASTIAN

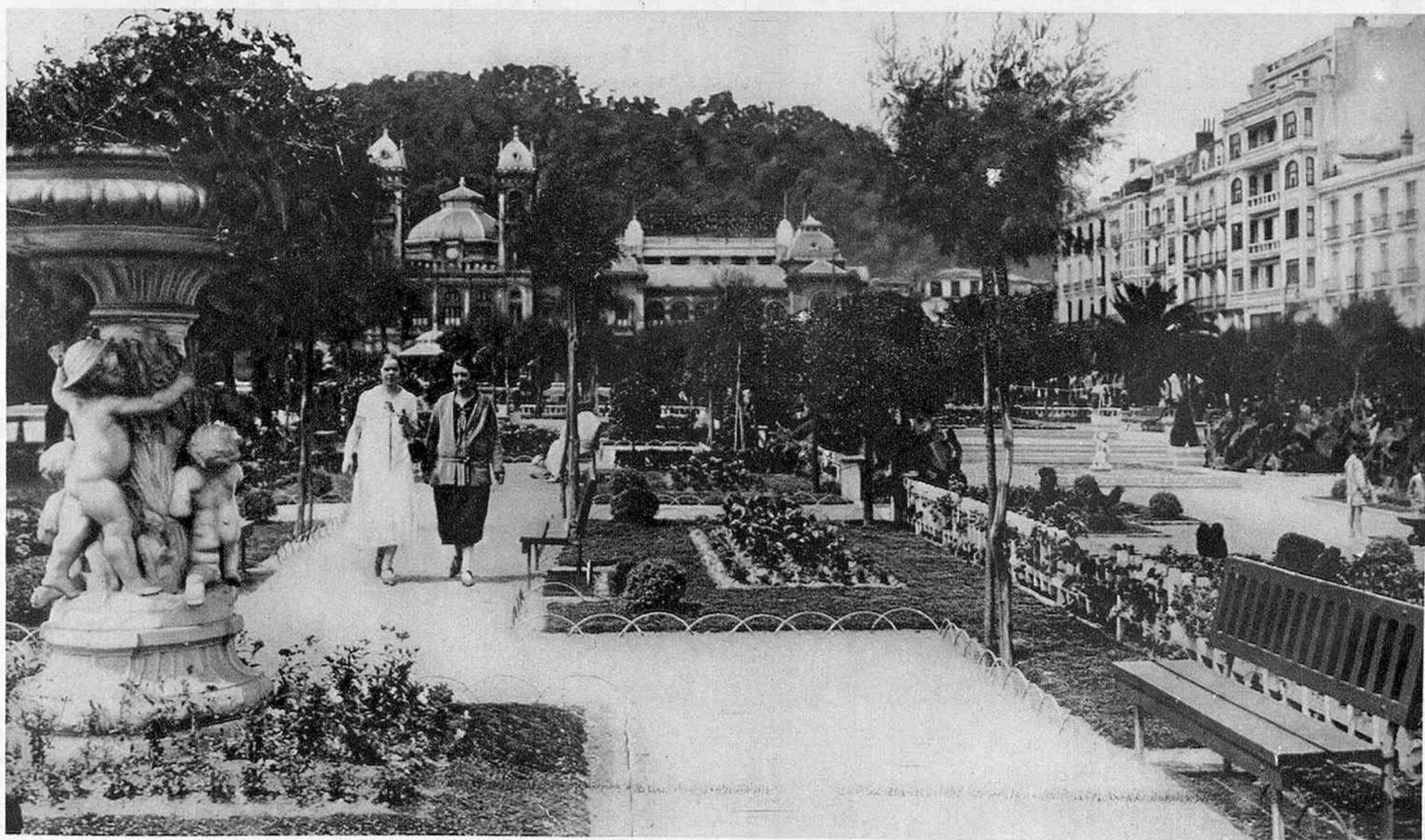
Arriba: Un nuevo aspecto de la maravillosa playa de «La Concha»
Abajo: Pinteresco rincón de la bahía de Guetaria, cuna del famoso navegante Juan Sebastián Elcano



SAN SEBASTIAN

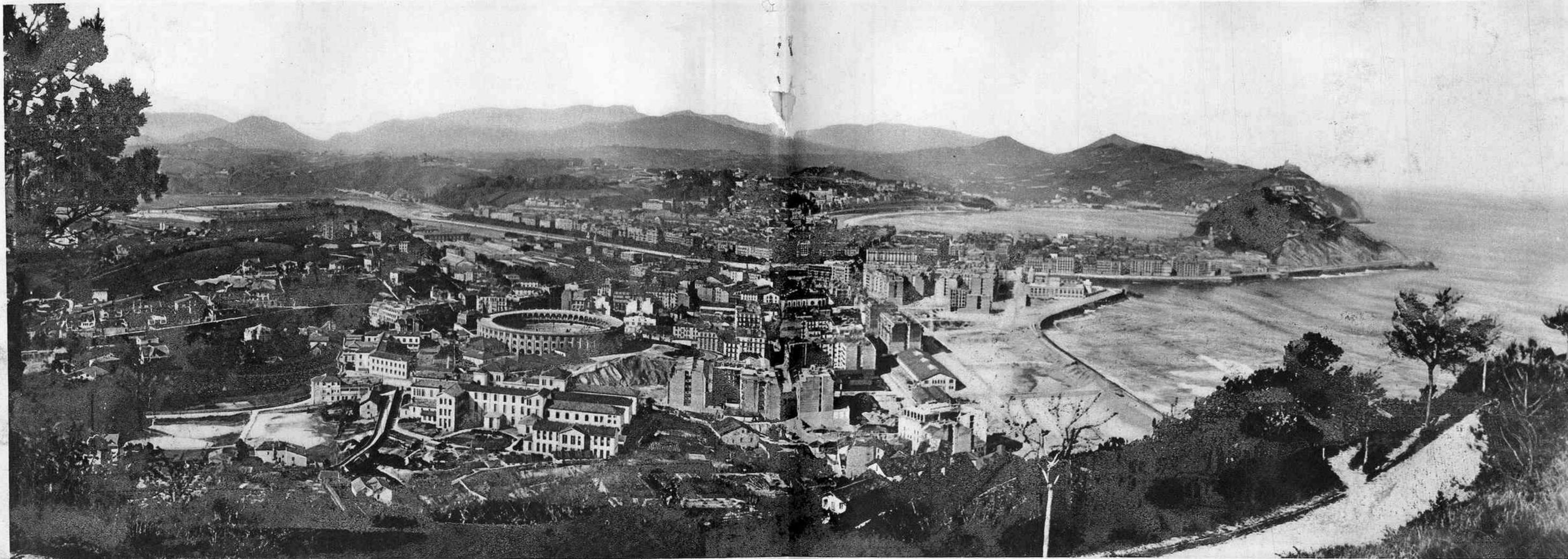
Arriba: Unas regatas de balandros. Tras las velas blancas se ve la isla de Santa Clara, y más al fondo, el monte Igeldo
Abajo: El rompeolas en un día de mar encrespado

(Fots. Galarza)



SAN SEBASTIAN

Arriba: La estatua de Oquendo, y al fondo, el magnífico edificio del Kursaal y el nuevo barrio de Gros
Abajo: Los nuevos jardines del Parque de Alderdi Eder
(Fots. Galarza)



Vista panorámica de San Sebastián desde el Monte Urgull, una de las perspectivas más hermosas de la Bella Easo

SAN SEBASTIAN

La Perla del Cantábrico

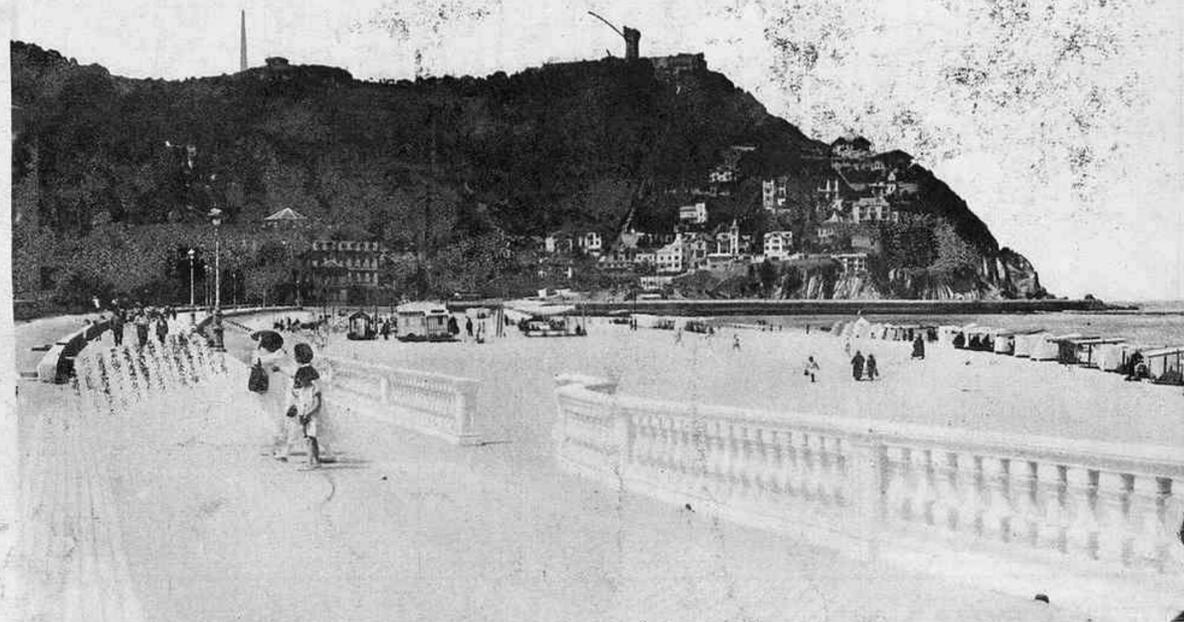
La encantadora ciudad guipuzcoana, que en estos momentos luce sus mejores galas para festejar a los forasteros que acuden a sus admirables playas a disfrutar de sus innumerables encantos, desde todas las partes del mundo, presenta cada año nuevos aspectos que avaloran su situación envidiable.

Hoy recogemos en estas planas algunas fotografías de esos nuevos aspectos, que nos han sido amablemente ofrecidas por D. Enrique Pérez Egea, presidente del Centro Municipal de Propaganda e Información, ese organismo semioficial que con el apoyo del Ayuntamiento donostiarra está realizando una intensísima labor de propaganda y atracción de forasteros bajo una acertada e inteligente dirección.

En la última época, San Sebastián ha realizado un esfuerzo gigante para aprovechar sus bellezas naturales, consiguiendo llegar a ser una de las playas más concurridas de Europa.

La desaparición de las casetas de la playa de la Concha, substituidas por cómodas y confortables cabinas; sus admirables secaderos mecánicos; el nuevo paseo de la playa de Ondarreta como prolongación del de La Concha, y otras muchas, son mejoras que representan una mínima parte de ese esfuerzo de los donostiarros por su bellísima población, honra de las playas españolas.

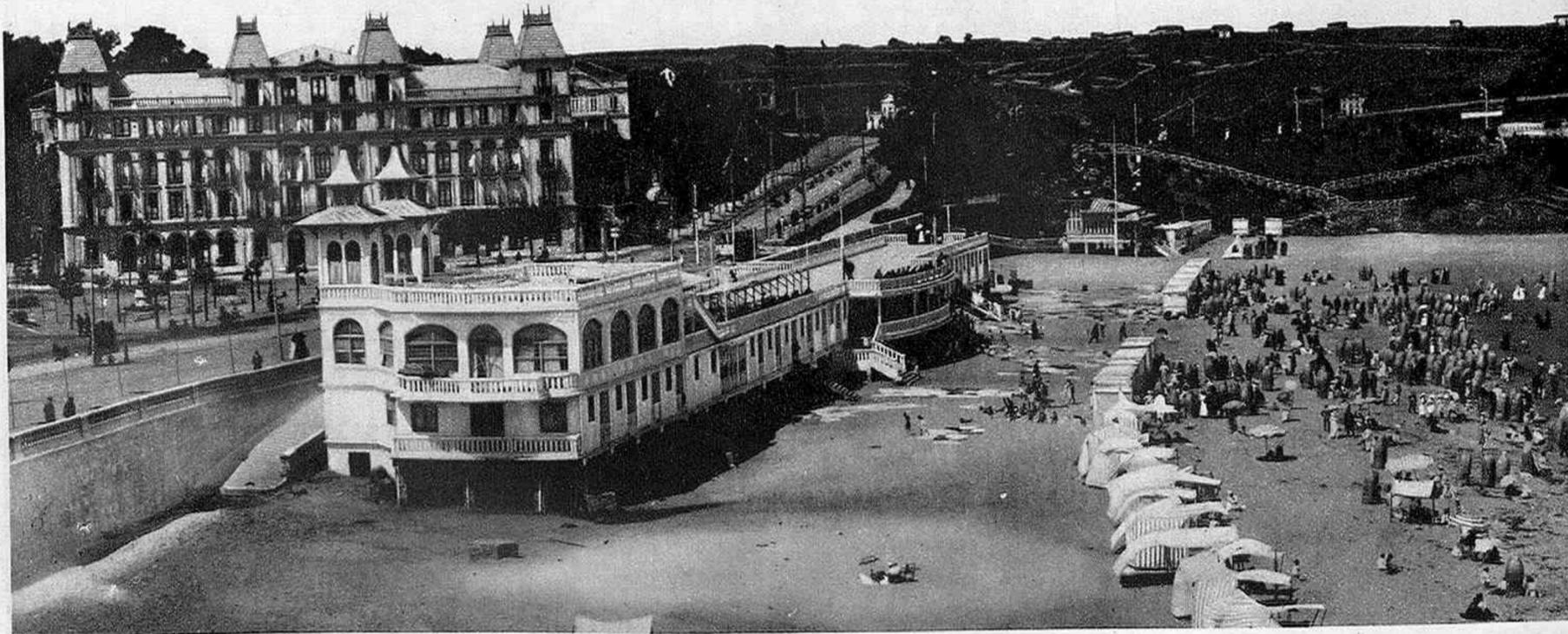
A. G.



Un aspecto de la playa de Ondarreta con su magnífico paseo circular recientemente construido

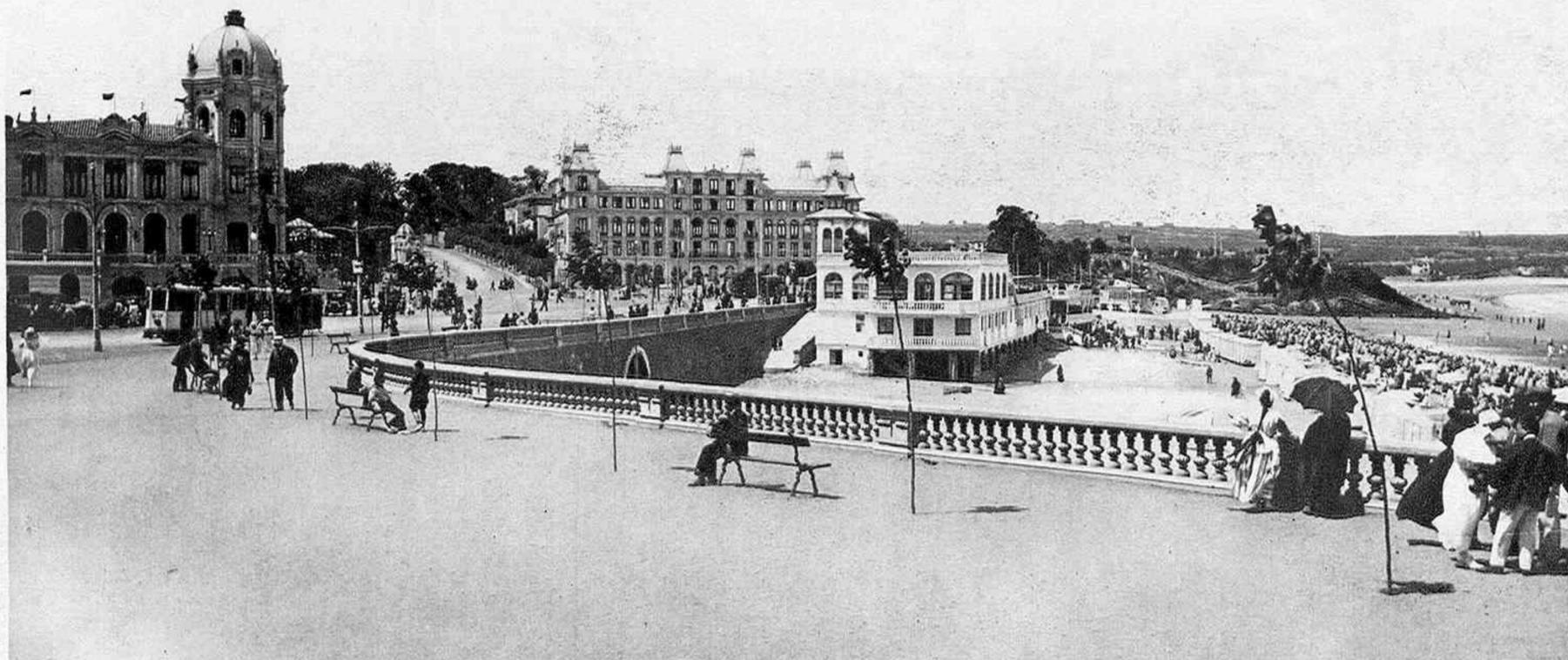


El nuevo barrio de Gros visto desde el Monte Urgull, que en pocos años ha transformado San Sebastián



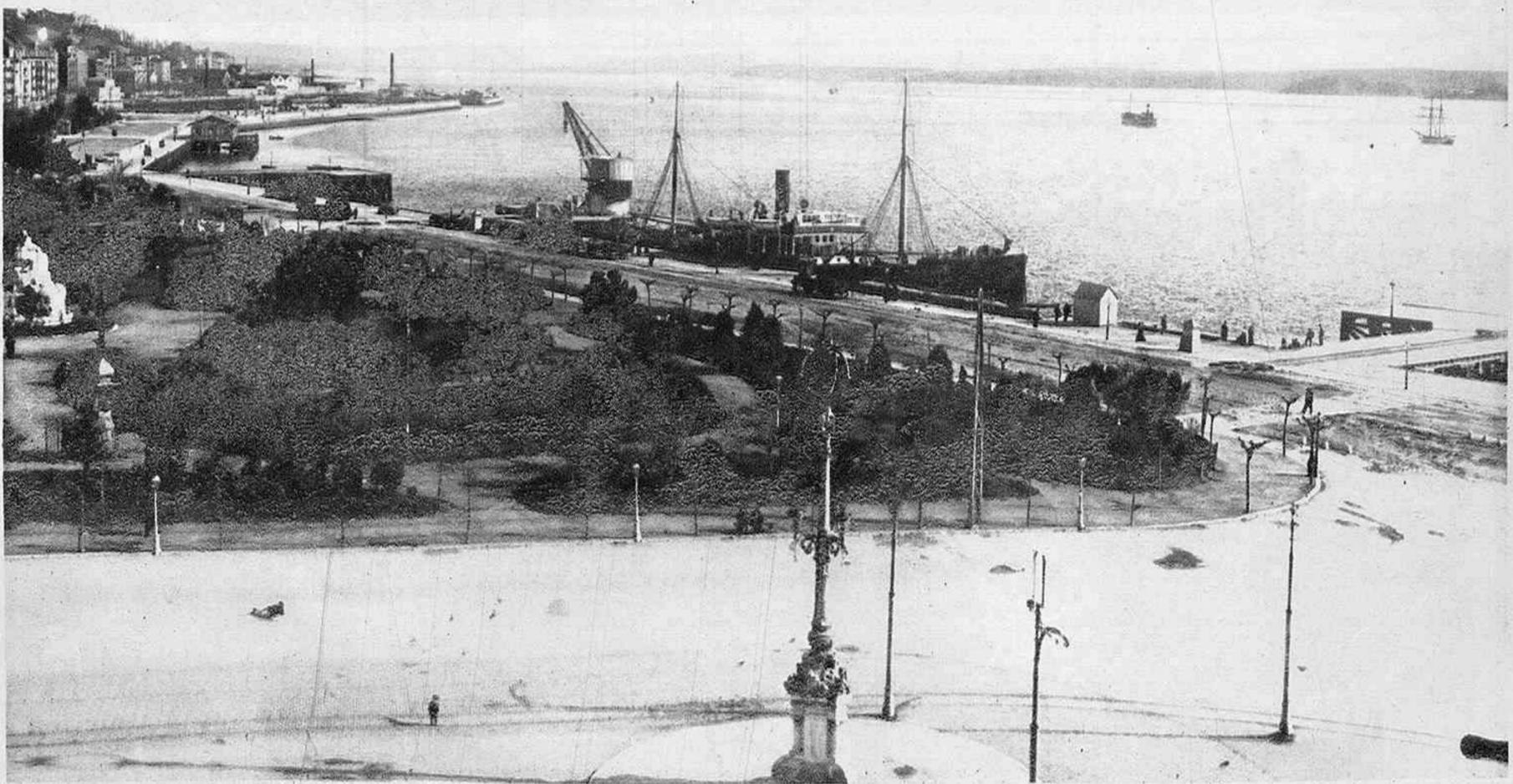
SANTANDER

Arriba: Una vista de la espléndida bahía santanderina desde los altos de la población
 Abajo: El magnífico Balneario de la playa del Sardinero
 (Fots. Samot)



SANTANDER

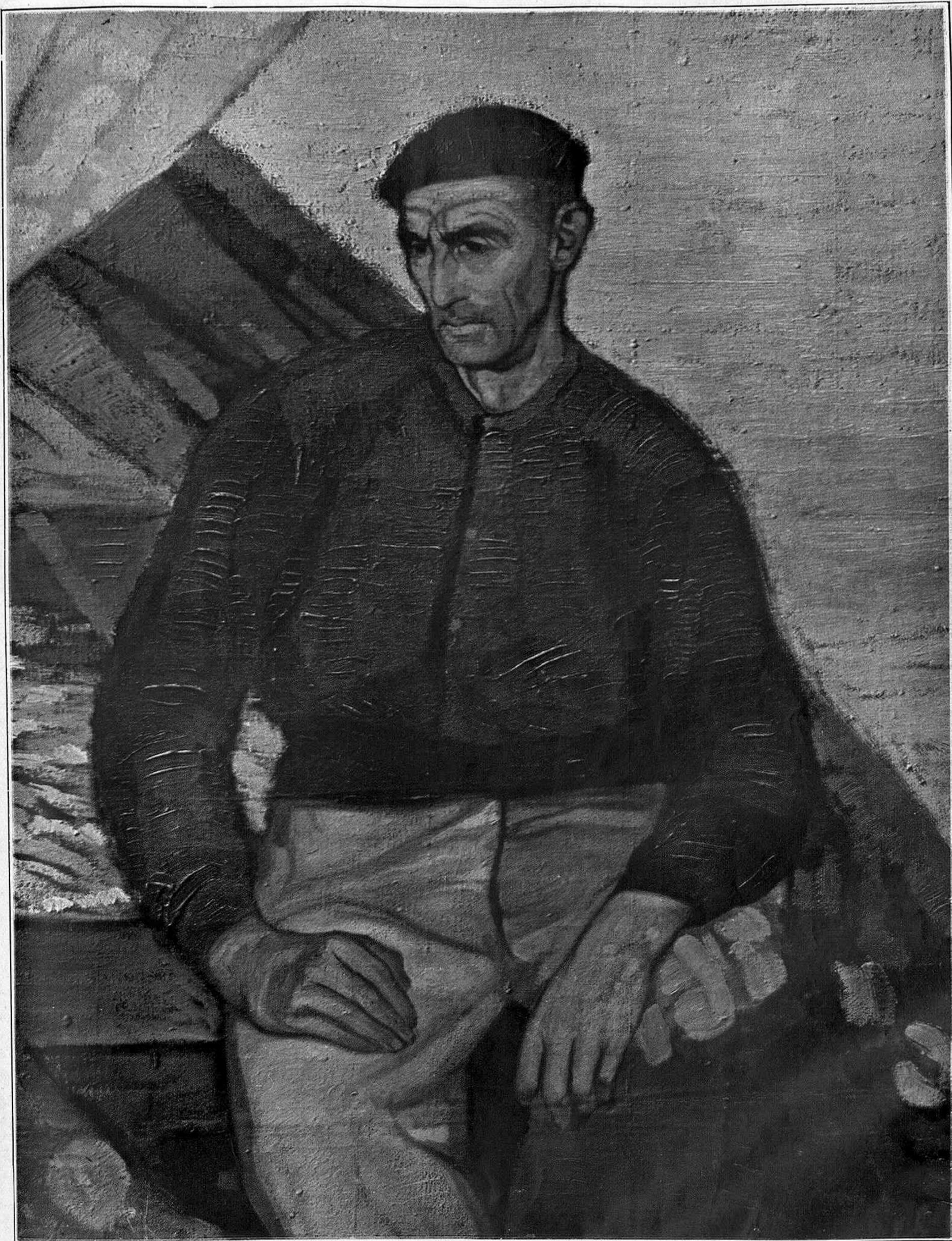
Arriba: Una vista de la primera playa del Sardinero en la temporada estival
Abajo: El magnífico paseo que bordea la playa y el suntuoso Casino
(Fots. Arauna)



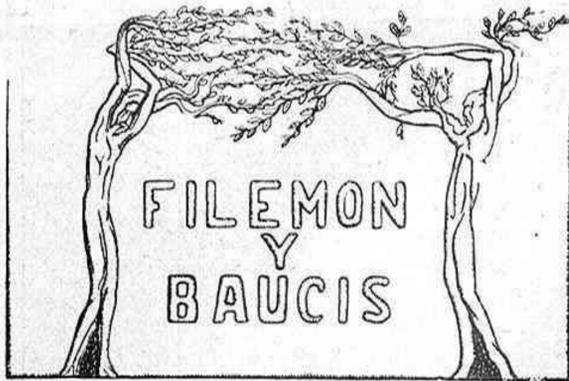
SANTANDER

Arriba: El magnífico Palacio de la Magdalena, residencia real, visto desde la bahía

Abajo: Vista parcial del puerto de Santander



« El pescador », cuadro original de R. Castro Cires



Las fábulas clásicas son eternas, y repítense, si no con la misma exactitud histórica, con igual poesía y ternura que en su origen.

La idílica de los ancianos Filemón y Baucis, que recogió en sus *Metamorfosis* el divino cantor del Amor, Ovidio, se ha repetido en el solar español y en nuestros tiempos con el encanto primitivo de la narración ovidiana.

Afirmaba ésta que en cierta aldea ignorada y pobre de la Frigia vivían pobres é ignorados también, pero felices y amantísimos, aunque ancianos, dos esposos llamados Filemón y Baucis, á cuya choza llegaron dos extranjeros en demanda de la hospitalidad que les negó toda la aldea hoscamente. Los dos ancianos, sin parar mientes en la calidad de los viandantes, ofrércenles asilo, mesa y lecho, con el calor de su hogar y de sus corazones. Filemón les lava los pies y des-cuelga el ahumado jamón. Baucis aviva el fuego del hogar para ofrecerles verduras cocidas, sazonadas aceitunas, cerezas silvestres conservadas en las líquidas heces del vino, achicorias y huevos cocidos al rescoldo; rústico festín regado con vino nuevo, y cuyos postres fueron nueces, higos, dátiles, olorosas manzanas y frescas uvas, que rodeaban el blanco panal de miel en primitiva vajilla.

Pero al escanciar Filemón el vino á sus huéspedes, ocurre un prodigio que deja atónitos á los dos ancianos. Llenaba Filemón una y otra vez las copas de aquéllos, y el líquido no menguaba en el jarro de búcaro, que permanecía siempre lleno del perfumado y dorado vino frigio. El prodigio rasgó el misterio que rodeaba á los dos peregrinos.

—Somos dioses—dicen éstos—. Júpiter y Mercurio son vuestros huéspedes, que han deseado legar á la posteridad la fábula ejemplar de la hospitalidad. Seguidnos, y contemplaréis la destrucción de esta aldea que negó asilo á los inmortales, y de la cual sólo se salvará vuestra choza, que convertiremos en templo para memoria de la gente inhospitalaria.

Cogieron sus báculos los dos ancianos y siguieron á los dioses hasta la cumbre del collado; al llegar al cual tornaron los ojos y vieron anegada toda la aldea, excepto su choza, que por encanto se trueca en un templo: los postes se convierten en columnas; el carrizo, en dorada techumbre; las resquebrajadas tablas que la cierran, en esculpadas puertas; su suelo terroso, en mármoleo pavimento...

—¿Qué deseáis en pago de vuestra ejemplar hospitalidad, buen anciano, y tú, su virtuosa consorte?—preguntan los inmortales.

Después de consultarse con los ojos los esposos, responde Filemón:

—Quisiéramos ser sacerdotes vuestros para velar por ese templo que fué nuestro honrado hogar, ya que nuestras existencias se han deslizado juntas y siempre en dulce concordia; y que concluyan las dos á un mismo tiempo, sin ver yo la muerte de mi esposa ni tener ella que depositarme en la tumba.

Así les fué otorgado. El resto de su vida lo pasaron Filemón y Baucis en la guarda del templo, tan unidos en la prosperidad como lo estuvieron en la pobreza; y cuando, exentos de achaques, llegaron á la más extrema ancianidad, estando

un día de pie en el vestíbulo del templo, viéronse de repente cubiertos de verde follaje y sus heladas frentes trocadas en frondosa copa... Mientras pudieron, los pensamientos del uno estuvieron fijos en los del otro, cambiando dulces palabras:

—Adiós, esposo...

—Adiós, esposa...—dijeron á la vez con gran ternura, y sus labios desaparecieron cubiertos por la corteza, convertidos en un tejo y en un roble, cuyas ramas se entrelazaron cariñosamente y cuyos troncos y vástagos cubrían aún de ramilletes y guirnaldas los pastores de la Frigia en tiempos de Ovidio, en las puertas del templo levantado por el propio Júpiter á la hospitalidad.

Fábula parecida es la ocurrida en cierta aldea pobre é ignorada de la actual Iberia á dos ancianos pobres é ignorados también, pero felices y amantísimos; ancianos que habían hecho una ley y una religión de la hospitalidad, corazón en mano y á despensa abierta á todo peregrino que pasaba por la aldea. Ni más ni menos que Filemón y Baucis ofrecían á los viandantes sus nueces, sus cerezas silvestres en aguardiente, sus higos, su pan, su miel y sus magras, como su vino, claro y rojo como el rubí.

Mortal epidemia despobló la aldea, respetando las vidas de los hospitalarios Filemón y Baucis de Iberia, viviendo sanos y tranquilos al cuidado del santuario de la aldea, abandonado por la muerte de todos sus ermitaños. Un día, como en la fábula clásica, llegados exentos de achaques á la más extrema ancianidad, se dijeron, estando de pie en el vestíbulo de la ermita:

—Adiós, esposo...

—Adiós, esposa...

Y sin sufrimiento alguno, sin el más leve estertor, exhalaban su último suspiro, quedando con los brazos entrelazados como el tejo y el roble en que se convirtieron Filemón y Baucis...

La aldea, ante aquel hecho inusitado, prodigioso casi, rindió á los dos ancianos la piedad de un santo respeto, y enterró juntos en la misma caja, en la misma fosa y en el mismo florido rincón del cementerio á aquellos Filemón y Baucis modernos que repetían hogaño un mito de antaño ignorado por ellos... Y es que el hombre bueno no necesita conocer el mito, ni la historia, para serlo.

B. MORALES SAN MARTIN

(Fot. Cabedo)



Los modernos Filemón y Baucis camino de su ermita, después de oír misa en la iglesia mayor de la aldea

PARÍS. ATALAYA DEL MUNDO

UNA ENTREVISTA CON EL ESCRITOR MEJICANO JOSÉ VASCONCELOS

VASCONCELOS ocupa en Neuilly un chalet modesto, pero alegre, espacioso, rodeado de arboledas y jardines; y, sobre todo, tranquilo, lejos del tenaz abejorreo de la urbe.

Retiro adecuado para quien, como él, tenga que abstraer a la vida absorbente de la Ciudad Luz unas horas de meditación y de trabajo. Don José Vasconcelos, abogado, ex rector de la Universidad de Méjico, ex ministro de Educación Pública, etc., sigue ganándose la vida a punta de pluma.

Una cabeza de Metropolitano sita a pocos pasos de ese retiro mitad aristocrático, mitad campesino, ofrece una comunicación rápida y cómoda con todas las grandes arterias de París.

Allí vive Vasconcelos entregado fervorosamente a sus tareas de escritor. Una dulce esposa y dos hijos adolescentes, los simpatísimos Pepito y María del Carmen, completan el hogar.

Este retiro, fecundo en sana labor, que llega como una savia intelectual a todo el Continente americano, suele interrumpirse de cuando en cuando por un mes ó dos.

La casita de Neuilly es un centro de excursiones con rutas abiertas a todos los puntos cardinales.

El maestro se lanza por el mundo, unas veces en busca de tónicos y otras veces a llevarlos. Y así ha recorrido casi toda Europa.

Un primer itinerario le hizo ver Bélgica, Holanda, los pueblos del Norte. Un segundo recorrido, Suiza, Alemania, Italia, los Balcanes y Turquía.

Ultimamente cruzó el Atlántico y estuvo en Puerto Rico, de donde le requirieron para dar un curso de conferencias; pasó luego a la República Dominicana como huésped de honor; y de allí a los Estados Unidos, solicitado por fuertes núcleos de profesores y estudiantes, ávidos siempre de escuchar sus sencillas y claras enseñanzas.

•••••

Siempre es interesante un cambio de impresiones con Vasconcelos; pero la entrevista de hoy tiene un atractivo especial para nosotros, pues que obedece a un plan de visitas, llamémosle *enquete*, que tratará de captar el concepto que de España y sus hombres se tiene por el mundo.

A este propósito, no parece mal apostadero el de París, ruta universal.

Y de ahí que el tema predilecto de nuestra charla de hoy con el ilustre mejicano gire en torno a España y sus intelectuales.

—En América—nos dice Vasconcelos—reconocemos que la intelectualidad española contemporánea está forjando una España nueva. Y hacia esa España tendemos el corazón y la esperanza. Inútil sería citar nombres, porque todos, aun los de menos relieve, son leídos entre nosotros. La sed de letra impresa que hoy padece la América española apenas se satisface con la producción de la Madre Patria; la producción local es escasa, aunque va en aumento; pero todos los escritores de la lengua juntos, apenas bastan para ilustrar, para orientar, para conmovir a esos ochenta millones de almas que despiertan a una vida llena de pujanza.

—Gran motivo de aliento para nuestros escritores.

—Justificado; se lo aseguro. De Méjico, por ejemplo, yo puedo asegurar que es ignorante, pero no indiferente. No todos leen allá; pero el que lee lo hace con avidez y se embebe de toda clase de asuntos con ese desorden propio del apetito voraz. Y los que no leen procuran aprender y se apegan al que en voz alta les repite las páginas de los libros que llegan a las aldeas. Pues la raza entera está hoy en adoración de ese moderno fetiche de la cultura.

—¿Luego el libro circula, tiene gran porvenir?

—Si por allá no se venden más, estoy seguro de que ello se debe al librero. Si éste tomase un poco de los métodos norteamericanos en materia de exhibición profusa de toda clase de ejemplares; si en vez de recibir al cliente con el «¿Qué quiere usted?» de las antiguas librerías, se le dejase circular libremente entre todos los volúmenes y las revistas se le presentasen abiertas, estoy seguro de que la venta se duplicaría. Pero la timidez y la rutina reducen las ventas, alejan al lector. Por otra parte, el mal juicio de ciertos libreros para escoger las obras produce también daño.

—Y dígame: ¿qué escritores españoles son los más leídos en América; cuáles ejercen, a su juicio, mayor influencia en aquellas tierras hermanas?

—Los más leídos—responde Vasconcelos—son, sin duda, los novelistas Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Pérez de Ayala, Valle Inclán, para no citar más que unos cuantos contemporáneos. Pero el influjo que ejercen sobre las *élites* determinados pensadores, Gabriel Alomar, Eugenio d'Ors, Ortega y Gasset, es incalculable, precisamente por eso, porque se ejerce sobre *élites* que después difunden, interpretan, enriquecen el pensamiento importado. Me figuro que a Alomar le «boicotean» un poco los libreros reaccionarios, porque difícilmente se consiguen por allá todos sus libros; y eso que es un pensador como para nuestra América: afirmativo, categórico, lúcido y erguido a todos los vientos como los robles del trópico. Si yo pudiera, me lo raptaba para Méjico. Y así me llevaría tantos otros.

Aprovecho la oportunidad que me brinda Prensa Gráfica para renovar la expresión de mi simpatía por los intelectuales españoles que son nuestros aliados y guías en la lucha por el renacimiento de la cultura española en el mundo. París, Noviembre 2/1926. J. Vasconcelos

Autógrafo de Vasconcelos

—¿Sabe usted que D. Fernando de los Ríos va este año para allí?

—Sí; y celebro el acierto de haberle invitado para nuestra Universidad mejicana. Ojalá que esa invitación marque el principio de una corriente. Otro que no debe dejar de visitarnos es Eugenio d'Ors. Nos haría mucho bien con su ponderación, su agilidad, con su claro y armonioso sentido de la cultura. En fin, nos hacen tanta falta todos, que sería cuestión de establecer un intercambio de veinte ó treinta pensadores, poetas, pintores, músicos, cada año.

—¿Alternados con otros del resto de Europa quizá?

—Según y cómo—replica apasionadamente D. José—. Siempre he sido partidario de que entre todos los de fuera se prefiera al español, tanto por razones de pasado y de sangre como por la razón elemental del idioma. No creo en el beneficio de clases dadas en nuestras escuelas, en inglés ó en francés, para un pequeño grupo que traduce mal. El profesor de nación no castellana puede hacer mucho bien en la América; pero siempre que proceda como Nicolai en la Argentina: comenzando por aprender el castellano. Nuestro idioma, el segundo del mundo, no puede ya consentir que se dedique tanto esfuer-



Vasconcelos con su hija, la angelical María del Carmen

zo al aprendizaje de lenguas ilustres, pero que ya no tienen la capacidad ni el porvenir de lo nuestro.

Tras de estas afirmaciones, tan gratas para España, Vasconcelos hace una pausa. Y prosigue:

—La tendencia nacionalista es hoy muy vigorosa en cada uno de los países iberoamericanos; pero esto quiere decir, naturalmente, mayor importancia de la influencia española, ya que de eso está hecha la savia de nuestra cultura. Por otra parte, el carácter moderno de la vida americana nos conduce forzosamente a un patriotismo racial y continental. El lazo común y más firme de ese patriotismo ensanchado es la lengua castellana. Para la defensa de nuestro idioma contra la poderosa invasión cultural del inglés, cada escritor español ilustre es como un general de nuestros ejércitos. El poeta que canta en España, canta para nosotros y alienta nuestro combate. Marcelino Domingo, que tantas cosas justas ha dicho, escribió una vez: «La batalla de España se está librando en Méjico.» Y es verdad: ningún pueblo tiene mayores desgarraduras que el nuestro por causa de ese combate diario, estupendo y brillante, de dos tradiciones orgullosas y fecundas que se disputan el alma de las nuevas poblaciones americanas.

—Y de España en general, ¿qué opina usted?

—Pues opino que me voy de Europa, me iré dentro de unos meses, muy triste por no haber podido vivir más tiempo en su patria, que es un poco la de todos nosotros; pero confiando en que alguna vez podré ir allá, aunque ya esté viejo, para nutrirme de aire claro y libre, y de buen pan y de fuerte vino.

—¿Prepara usted algún nuevo volumen?

—Sí; después de *La Raza Cósmica* he escrito otro libro: *Indología*, impreso aquí mismo, en París, y que aparecerá en estos días; pero no recomiendo su lectura: acabo de leer las pruebas, y ya no me gusta el libro. Prefiero que los lectores curiosos que pueda encontrar aguarden mi próximo libro, que no sé cuándo saldrá ni de qué ha de ocuparse. Pero siempre lo que sigue, lo que viene mañana es preferible, siquiera sea porque posee lo que ya no puede dar lo logrado: la esperanza.

—¿Tiene algún proyecto de realización inmediata?

—Otro viaje. De París me voy en estos días. Me voy para Italia, me voy para Egipto, quiero ver el sol; todos los días, como en mi tierra, todos los días.

•••••

Aun solicito de Vasconcelos otro favor: un autógrafo.

Don José rebusca nerviosamente entre el magno desorden de su mesa escritoria. Aparta unos libros, un mazo de periódicos recién llegados.

Al fin logra encontrar una cuartilla en blanco, y escribe:

«Aprovecho la oportunidad que me brinda Prensa Gráfica para renovar la expresión de mi simpatía por los intelectuales españoles, que son nuestros aliados y guías en la lucha por el renacimiento de la cultura española en el mundo.» Y con mano rápida y enérgica, firma.

EMILIO GASCO CONTELL

PATRAÑAS DEL MADRID VIEJO

EL MAJO DE LOS DOBLONES

FUERA ya de la Puerta de Toledo, que en todo tiempo fué la entrada menos simpática de cuantas tuvo y tiene la Villa y Corte de las Españas, había en los primeros años del pasado siglo numerosos ventorrillos y tabernas que, á la margen del camino, servían de estación para echar un trago y comer alguna fritanga á cuantos arrieros y trajinantes venían á Madrid á traer sus mercancías; y en los domingos y días de guardar, á los mismos vecinos matritenses que desde los barrios interiores salían á orearse un poco en la amplitud del campo.

Los majos y las manolas de la Paloma, Cabestreros y San Millán hacían en tales lugares sus devociones á Baco, como los chisperos del Barquillo tomaban por teatro de su esparcimiento, por cogerles más cerca, las Ventas, que se extendían desde la Puerta de Alcalá hasta el camino de Vicálvaro; y los menestrales de entrambos sexos que poblaban el barrio de Maravillas se sacudían el polvo de la semana en los altos de Amaniel, en los merenderos de la Puerta de Fuencarral y los Pozos de la Nieve.

Entre cuantas ermitas consagradas al alegre culto del dios de las vides había una que era, como si dijéramos, la caporal de todas, por ser la más favorecida del público, y en verdad que esto no se podía achacar, en justicia, á la bondad de los géneros que en ella se expendían y á la rectitud del huésped en su conducta con la parroquia, sino á su hija Antoñuela, bizarra moza de veinte á veintidós años, que le ayudaba en el regimiento de la tienda.

Sólo por admirar de cerca la bizarría y el buen reje de su persona, no faltaban nunca bebedores y pelmas en el ventorrillo, y aunque muchos de ellos se ponían hartos pesados, todo lo llevaba con paciencia el tío «Matute», que así decían, por mal nombre, al padre de la bizarra muchacha.

Ella, que sabía muy bien que era el anzuelo del negocio taberneril, no mostrábase nada arisca ni zahareña con cuantos llegábasele galantes y corteses al retortero de su garbo; pero nadie podíase gloriarse de haber logrado de ella más de una sonrisa, ó una palabra á tono con el requiebro que la dijeran; decían que tenía su alma

en el armario de cierto majo de Lavapiés, no muy bienquisto del tío «Matute», que no quería que su hija distrajera con las fantasías de Cupido las realidades de Mercurio.

Algunas tardes, ya á punta de noche, hacía su entrada en la tabernilla un hombre de buen porte, vestido á usanza popular; esto era, capa larga, sombrero de medio queso y zapato de tafilete. Pedía un vaso de lo rancio de Perales, y estábanse un gran rato de parleta con la gentilísima moza que le había escanciado la bebida; cosa que molestaba no poco á los parroquianos que á la sazón estuvieran haciendo su gasto, porque les privaba de ser atendidos por la bizarra Antoñuela.

Nadie conocía á su merced, porque curaba también de echarse sobre la cara el descomunal sombrero, y cuando entraba subíase el embozo de la capa hasta los ojos, de tan exagerada manera que no había forma de saber á punto cierto cómo eran sus facciones. Los que pretendían dárselas de mejor entera-



dos aseguraban que no era otro que el majo en cuestión; pero no debía ser él, porque al cabo de cosa de media hora de llevar el hombre haciendo su devoción muy despaciosamente al buen vino y á la mejor moza, aparecía un hombre en la puerta de la *tasca*, que no hacía más de llevarse la diestra al ala del ancho sombrero; entonces el parroquiano levantábase del asiento é invariablemente decía:

—Bueno es el vinillo; pero me gustan mucho más los ojos de la tabernera, y sólo por verlos de cerca no he de faltar ninguna tarde...

Echaba un doblón sobre la mesa, del que no admitía vuelta, y daba con su persona en la calle, echando con el que esperaba hacia la Puerta de Toledo.

Padre é hija quedaban muy satisfechos con aquel rumboso parroquiano que un impensado día se les entró por las puertas, sin duda que, más que con intención de tomar alguna cosa, por guarecerse de la lluvia, que insistentemente estuvo cayendo durante toda la tarde.

Mas, á lo que parece, el cliente no era muy asiduo, pues eran muchos los días que faltaba durante la semana; y cuando tal acaecía, Antoñuela, no se sabe si por la codicia del doblón ó por la charla de su merced, que era más fina que la que solían darle los concurrentes habituales, estaba triste y de mal humor.

El tío «Matute», claro que éste ciertamente por la ganancia que representaba en su faltriguera la asiduidad de aquel majo apersonado, también sentía la nostalgia de su ausencia; así es que cuando veíanle aparecer, á entrambos se les esponjaban las alas del corazón.

Aquel majo aprendiz de marido de la hermosa Antoñuela, que ciertamente no era creación de la fantasía de los celosos parroquianos, sino realidad que cada noche hacía la penitencia de su cariño en la reja de la buena moza, llegó á saber la importancia que su novia daba á aquel su-

jeto, y cuando quiso pedirle explicaciones, hallóse con que se las dió en mala forma, diciéndole que era uno de tantos parroquianos como pasaban por la taberna, y no tenía más remedio que atenderle, como á todos cuantos contribuían á procurarles á ella y á su padre la manera de vivir, y que cuando le pareciera mal ya sabía que con tomar la del humo estaba libre de llevarse tales disgustos.

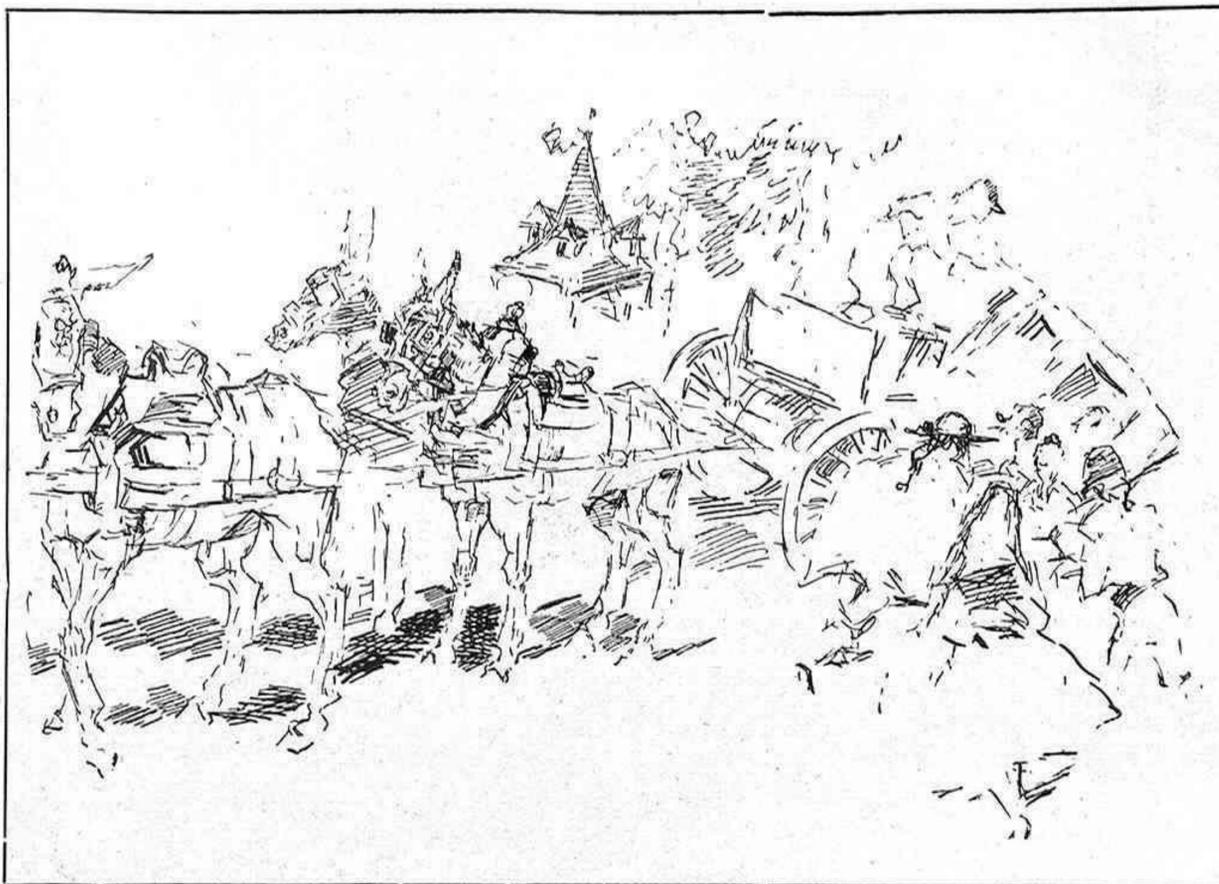
Viendo que de tan mala manera le despachaban, y conociendo además que cuando la que él creía niña de sus ojos despachábale con tales *bernardinas*, le estaba bien á su hombría quitarse de delante, hízolo así; pero antes quiso saber quién era el que le desbancaba, y si persuadiése de que el preferido lo hacía sabiendo que él había sido hasta entonces el cortejo de Antoñuela, tomar venganza, que no era él hombre para dejarse desmerecer por nadie.

De allí á dos días que tuvo lugar tal escena entre los desavenidos novios, volvió el forastero por la taberna á aquella hora del atardecer que tenía por costumbre.

Entró deseando la paz á todos, pero sin detenerse con nadie, como era su costumbre, ya que entre los habituales contertulios de aquella casa no tenía relación alguna, y fué á buscar, como siempre, la bizarra compañía de Antoñuela. Sirvióle ésta el vinillo añejo que siempre tomaba su merced, y abandonando todo otro cuidado, hízole, como quien dice, la visita.

—Aunque me tache su merced de curiosa, y diga que á mí qué me importa, ¿qué es lo que se le ha perdido por estos confines del mundo, que siempre le veo venir de por allá abajo? Porque yo no creo que su merced, que parece un caballero muy apersonado, sea de la casta *aristocrática* que honra mi taberna—preguntó la bizarra, creyendo que la amistad que la mostraba le daban pie para irse metiendo en la vida privada de su rumboso parroquiano.

Sonrióse éste, y tomándola una mano que ella no rechazó, respondióla:



—A mí no se me pierde nada en ninguna parte, antes en todas suelo encontrar alguna ganancia. Me gustan estos barrios por lo mismo que vivo en otros más altos, y gusto de meterme en ellos para ver á sus gentes de cerca y estudiar sus costumbres, y como sin buscarlos vine encontrarme con tus ojos, que son los más bonitos que he visto en todos los días de mi vida, he aquí por qué no paso ningún día por aquí sin venir á mirarme en ellos un ratito...

Esta galantería fué un clavillo más que se hincó en la afición que la buena moza iba sintiendo por aquel hombre, y miróle de tal suerte que no dijérase sino que aquellos ojos negros como dos penas cuajadas, que tanto le gustaban al fachendoso majo, á fuer de agradecidos, querían metérsele en el alma.

Y acaeció que desde aquella tarde los ojos de la tabernera no tuvieron más espejos donde mirarse que los del majo de rumbo que tan bien acertó á sacarla de sus casillas, siendo ella hasta entonces moza muy cabal que á ninguna otra cosa atendía más que á la buena marcha de su taberna.

El cortejo desbancado no se seguía hasta averiguar quién pudiera ser el que tan á mansalva

vino á dejarle sin el querer de la garrida Antoñuela, y se dedicó á seguirle los pasos. Pronto supo que no era la tal la verdadera causa de que anduviera el hombre tan apartado de su centro, sino otra espléndida hembra que cerca del soto de La Arganzuela tenía su mansión; la hija del tío «Matute» no era más que el entremés de aquel otro idilio, y lo que tardó en saberlo el despedido tardó en contárselo á la tabernerilla, la cual, haciendo honor á su prestigio de maja de rompe y rasga, juró tomar venganza de su incógnito seductor, que, dicho sea de paso, una vez logrado su *capricho*, no volvió á aparecer por aquel ventorrillo de la Puerta de Toledo.

—Y sé más—la dijo así de como la vió toda dolorida y desesperada—, sé quién es él; no esperes que te lo diga; quiero que los mismos ojos que te han servido para perderte y dejar de ser mujer de bien te sirvan para conocer tu desventura; sufre como he sufrido yo, y muérete de pena y de asco, si es que aún te queda un adarme de vergüenza...

Al día siguiente, á hora prima de la tarde, sintióse gran algazara de la chiquillería y revuelo de gente novelera:

—¡Los reyes, los reyes!...—gritaban los muchachos y las comadres, y los desocupados corrían hacia un grupo de coches de camino que á la sazón entraba por la antiestética puerta que desde el año antes era infame monumento de la doblez y servilismo del pueblo hacia el monarca más execrable que ha tenido la nación española.

La Corte se trasladaba á Aranjuez.

Aquella cabalgata constituía un espectáculo gratuito, y así en seguida tuvo centenares de espectadores fanáticos que gustosos hubieran substituído en su menester á las orondas mulas que arrastraban tan pesadas máquinas.

Al llegar la comitiva frente al ventorrillo del tío «Matute», el cual con su hija había salido á la puerta á disfrutar de la fiesta, rompióse una de las ruedas traseras del coche en que iban Sus Majestades; todo el mundo lanzóse hacia el vehículo para librar á los regios ocupantes, si no del peligro, porque en realidad no había ninguno, de la incomodidad en que estaban.

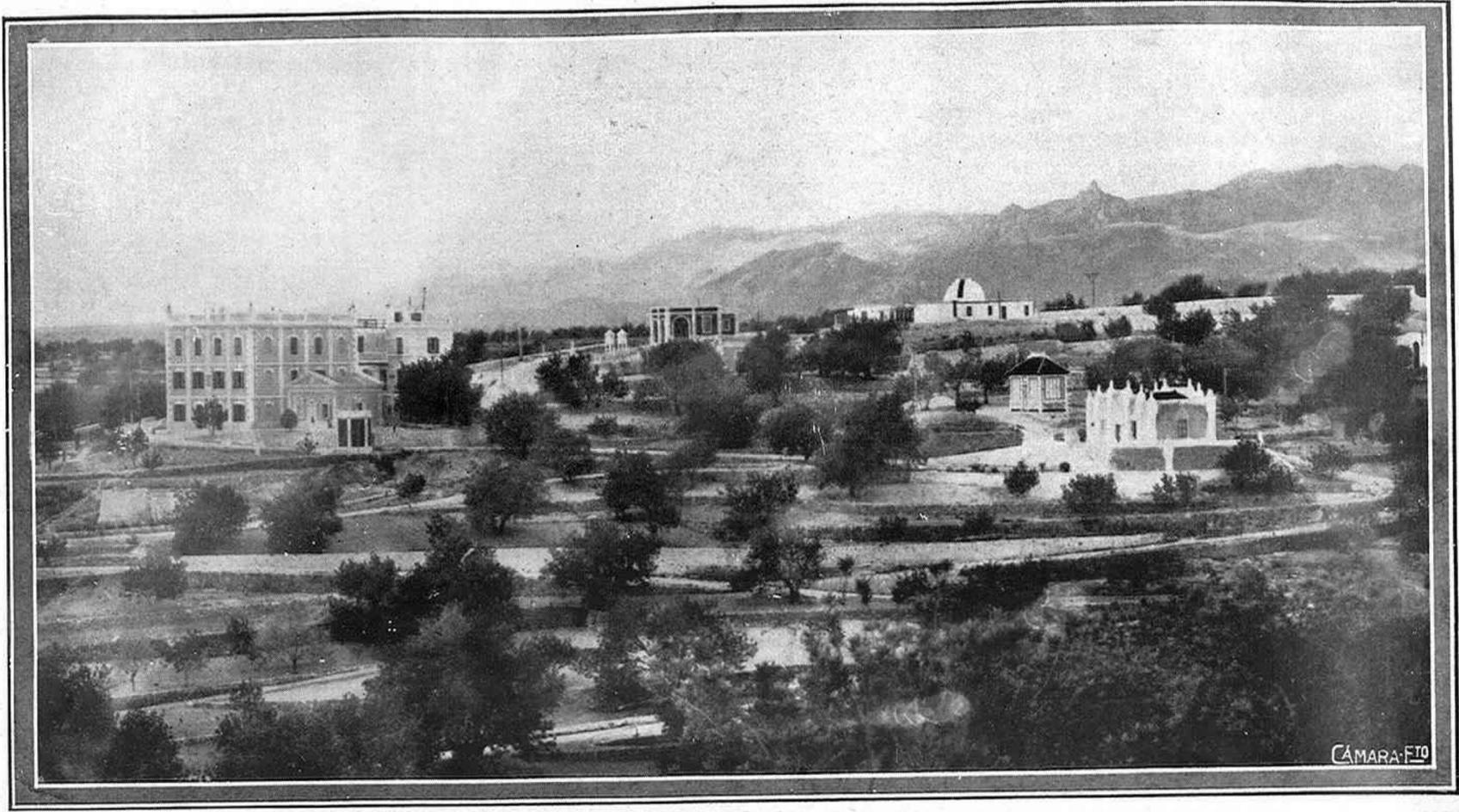
El primero en salir fué Fernando VII, quien volvióse á dar la mano á la reina, doña María Amalia. No hizo más de verle Antoñuela, y atezando el brazo de su padre, díjole con voz sorda, que al pobre viejo se le clavó en lo más profundo del alma:

—¡El majo de los doblones, al que le gustaban mis ojos, y que los ha entristecido para siempre!

DIEGO SAN JOSE

(Dibujos de Marín)





Vista general del Observatorio del Ebro, en Tortosa, y sus establecimientos anejos

SECRETOS DEL SOL

Por GEORGE W. GRAY
Traducido del inglés por FELIPE VILLAVERDE

I

A FIN de obtener información para este artículo, tomé el tren en Nueva York y fui á Washington. Era un expreso rápido, que recorrió los 362,5 kilómetros en cuatro horas y cuarenta minutos.

Mientras aquel vagón me llevaba á razón de 85 kilómetros por hora, poco más ó menos, otro vagón más grande, la Tierra, con sus dos mil quinientos millones de viajeros, volaba, podemos decir, hacia un destino lejano, á la asombrosa velocidad de 69.120 kilómetros por hora.

En las cuatro horas y cuarenta minutos que duró mi viaje á Washington, la Tierra, atraída por su estrella, recorrió 322.560 kilómetros.

Nuestro planeta viaja sin ruido ni traqueteo; parece que no se mueve. ¿Vemos, por ventura, algo más seguro y fijo que la tierra firme? No obstante, los astrónomos saben que está en continuo movimiento, no solamente alrededor de su eje en veinticuatro horas, con lo que nos da el día y la noche, y dando vueltas á lo largo de su órbita alrededor del Sol en los trescientos sesenta y cinco días que determinan nuestros años; sino que, arrastrada por su estrella, rasga sin cesar el espacio en dirección Norte. A cada tic-tac del reloj avanza 19 kilómetros.

«Engancha tu vagón á una estrella», dijo Emerson. Pues bien: nuestro vagón terrestre ya está enganchado, y la estrella no solamente nos lleva en este misterioso viaje por el espacio, sino que calienta y alumbrá nuestro mundo, hace que se formen nubes, caer la lluvia, prosperar la vegetación, y, al parecer, gobierna todas las fuerzas físicas que mueven la vida terrenal.

Sabido es que nuestra estrella es el Sol, y para hacerle algunas preguntas referentes á este luminoso espléndido, visité al doctor Carlos G. Abbot, director del Observatorio astrofísico de la *Smithsonian Institution*, en Washington, quien, durante más de veinte años, se ha dedicado al estudio del Sol, y por sus observaciones y descubrimientos ha sido reconocido como primera autoridad en este terreno.

—Una vez se me acercó un hombre—empezó refiriendo el doctor Abbot—, y me dijo que no podía creer que el Sol estuviera caliente, puesto que él había observado que, subiendo una montaña, se encuentra aire más frío cuanto más se

asciende, siendo así que «siempre que me acerco al fuego siento más calor».

Pues bien—prosiguió el doctor—: mi esposa y yo hemos pasado el verano en la cumbre del monte Wilson (California), y durante tres meses nos hemos hecho la comida sin emplear más lumbre que la recibida del Sol, á más de 149 millones de kilómetros de distancia y á 1.600 metros de altitud.

—¿Tenía usted, pues, un fogón alimentado por el Sol?

—Sí, señor; pero no estaba en la cocina, sino en el pórtico, al aire frío de la montaña—observó el astrónomo—. Era, realmente, la culminación de gran número de experimentos hechos por nosotros en el Observatorio de la *Smithsonian Institution*. En el año 1910, cuando tomamos en arriendo un terreno del Observatorio Astronómico de Monte Wilson, propiedad de la «Carnegie Institution», y establecimos nuestro observatorio solar en lo más alto de la montaña, con un sencillo espejo dispusimos un aparato para capturar rayos de sol, y por reflexión llegamos á tener agua caliente. Nuestro invento trabajaba y era muy interesante, considerado como una especie de juguete, que cada dos ó tres horas suministraba un pozal de agua á una temperatura próxima á la de ebullición.

Cinco años después toqué los resultados de nuestros experimentos, obteniendo agua más caliente, é imaginé una «trampa» mayor y más eficaz para cazar rayos de sol, y la conectamos á un hornillo de dos compartimientos. El resultado fué la cocina solar de Monte Wilson. De cuando en cuando hemos ido introduciendo alguna reforma en ella; pero en lo esencial subsiste el mecanismo primeramente proyectado.

—¿Y se obtiene realmente calor?

—¡Que si se obtiene!... Un día obtuve calor bastante para provocar la combustión espontánea. El algodón en rama que empleamos para aislar el recipiente de la acción del aire exterior se quemó todo. Lo reemplazamos por una substancia refractaria, y desde entonces no hemos tenido contrariedad alguna.

La temperatura más alta á que hemos llegado en el horno ha sido 170° C., esto es, 75° por encima del punto de ebullición del agua. Pero la temperatura corriente suele ser de 150°. En un día claro, el horno llega á esta temperatura á

media mañana, y como el horno y el recipiente que lo rodea están bien aislados del aire ambiente, casi todo este calor se conserva toda la noche. Siempre que llegamos á 150° durante el día, á la mañana siguiente encontramos la temperatura del horno alrededor de 110°, superior á la de ebullición, y la aprovechamos para prepararnos el desayuno con el calor del Sol atrapado el día anterior y tenido almacenado por la cocina solar toda la noche (1).

El hecho es que la cantidad de calor emitida por el Sol es prodigiosa. Se ha calculado que si la energía solar que cae sobre un metro cuadrado se pudiese convertir en trabajo mecánico sin pérdida, excedería en mucho á un caballo de vapor. ¡Imagínese los metros cuadrados de tejados de casas en los que el Sol deja caer sus rayos en los días claros! ¡Millones y millones de «caballos» de fuerza potencial, suficientes para mover todas las máquinas del mundo, si pudiéramos «enjaezarlos»!

Esta última condición es tremenda, pues hasta ahora, que yo sepa, no se ha inventado una máquina capaz de utilizar más del tres por ciento de la energía disponible. En California y Nueva Méjico se hicieron varios experimentos con máquinas solares para elevar agua con bombas; pero las máquinas eran voluminosas y caras en relación con la fuerza que suministraban, y creo que ya no se usan.

Un obstáculo se ofrece á las cocinas y aparatos solares y á toda clase de mecanismos de este género, el cual es la interrupción por las nubes. En días nublados, nuestra cocina era incapaz de absorber el calor necesario. Entonces acudíamos á un hornillo de gasolina, que lo teníamos dispuesto para tales casos. El uso de la cocina solar requiere como condición necesaria que se instale en una región que tenga gran número de días claros.

De este inconveniente no tiene la culpa nues-

(1) La cocina solar á que se refiere el autor está constituida esencialmente por un gigantesco espejo semicilíndrico, cóncavo, que hace concurrir los rayos solares á un tubo, pintado de negro, paralelo al eje de la Tierra, y que contiene aceite de máquinas. Un aparato de relojería mantiene el espejo frente al Sol todo el día. El aceite se calienta, se dilata y se establece un movimiento de circulación á través de un recipiente situado á nivel más alto que el espejo. El aceite caliente baña dos hornillos insertos en el recipiente y éstos alcanzan las temperaturas que se mencionan.—N. del T.

tra estrella, sino nuestra atmósfera, la inclinación de los rayos y la cortedad de los días en invierno. La montaña no recibe menos calor que el valle, sino más. Protéjase del viento una superficie oscura, y hágase que absorba los rayos del sol verticalmente, y en el pico del Monte McKinley, donde hay nieve perpetua, se encontrará más caliente que otra superficie igual situada en el fondo de un valle y que reciba los rayos de igual manera. La cumbre de la montaña recibe más calor, porque en ella está el aire más enrarecido y es más transparente. Pero lo pierde con más facilidad por estas mismas razones y á causa de los vientos fríos que circulan en las grandes altitudes. El factor principal que hace que los niveles bajos estén calientes es la capa atmosférica que rodea á la Tierra con un espesor de varios kilómetros. Tiene su mayor densidad al nivel del mar, y se enrarece más cuanto más se asciende. Minuciosas medidas han demostrado que esta capa atmosférica absorbe la mitad del calor que el Sol envía á la Tierra.

Mas para nosotros es una fortuna que ésta tenga tal atmósfera protectora, porque sin ella nos asaríamos literalmente de día y nos congelaríamos de noche. La Luna es un ejemplo permanente de ello. Por mediciones de su temperatura con un instrumento muy delicado, llamado «bólotmetro», sabemos que la superficie de nuestro satélite alumbrada por el Sol está á una temperatura próxima á la del agua hirviendo. Iguales mediciones hechas en los momentos en que la Luna está eclipsada demuestran que en el transcurso de muy pocos minutos después de haber sido interceptados los rayos solares, la temperatura de aquella misma superficie desciende por debajo de la del hielo fundente. La noche en la Luna es dura y glacialmente fría, y el día, caluroso en extremo, muy ardiente, tórrido.

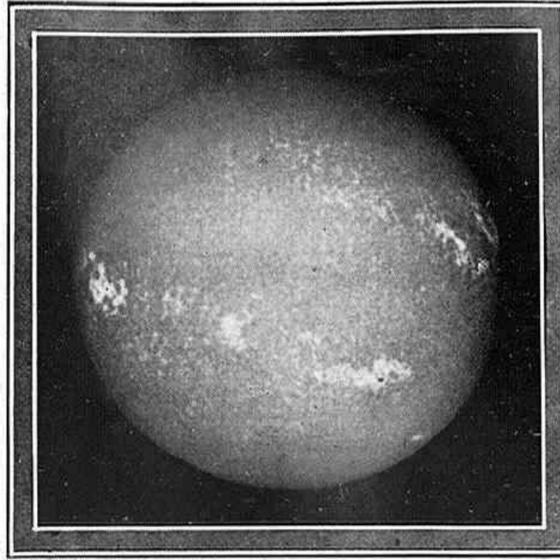
Otro ejemplo nos lo ofrece el planeta Marte, vecino nuestro. Describe una órbita exterior á la de la Tierra; dista, pues, del Sol más que nosotros y recibe menos calor. Además parece ser que Marte tiene una atmósfera sumamente enrarecida, y esto significa que gran cantidad del calor que absorbe durante el día se escapa al espacio en cuanto se hace de noche. El doctor Coblentz, que observó á Marte el verano pasado, dice que encontró temperaturas inferiores á 60° y 70° bajo cero en la parte oscura del planeta. Así, pues, los marcianos, si los hay, tienen que soportar un agudo latigazo de frío cada noche.

Y nosotros estaríamos en iguales condiciones si no fuese por nuestra atmósfera, que á la manera de un toldo nos libra de toda la fuerza de los rayos solares durante el día y evita la completa radiación al espacio durante la noche.

El hecho de que el invierno sea la estación fría en nuestro hemisferio Norte no proviene de que nuestra estrella haya disminuído su emisión de calor... El caso es que en invierno estamos más cerca del Sol que en verano, á causa de la forma de la órbita que la Tierra describe en su movimiento de traslación. Parecerá, quizá, extraño; pero lo cierto es que en Enero el Sol está cuatro millones ochocientos mil kilómetros más cerca de nosotros que en Julio, que es la época del año en que dista más.

Nuestro invierno es frío, no porque el Sol esté más lejos, ni porque haya cubierto su lumbre, sino por dos razones puramente terrestres: La primera es que el globo terráqueo va dando vueltas á lo largo de su órbita con una inclinación tal, que en invierno, como un trompo bailando que se tuerce á un lado, recibe oblicuamente los rayos solares al norte de los trópicos. Por este hecho, estos rayos atraviesan mayor espesor de la atmósfera absorbente y tienen que distribuirse en superficies más extensas, en razón de la misma oblicuidad. La segunda causa es el hecho de que los días son cortos y ofrecen un período breve para que la Tierra absorba el calor solar; en cambio, las noches son largas y dan más tiempo al calor para escaparse al espacio. En verano, los rayos caen verticalmente, los días son largos y las noches cortas; condiciones enteramente contrarias.

Los trópicos son cálidos en verano y en invierno, porque allí los días y las noches son siempre iguales en duración y porque los rayos del Sol caen perpendicularmente durante todo el año.



El Sol; nubes de calcio en época de actividad
(Fot. del Observatorio del Ebro)

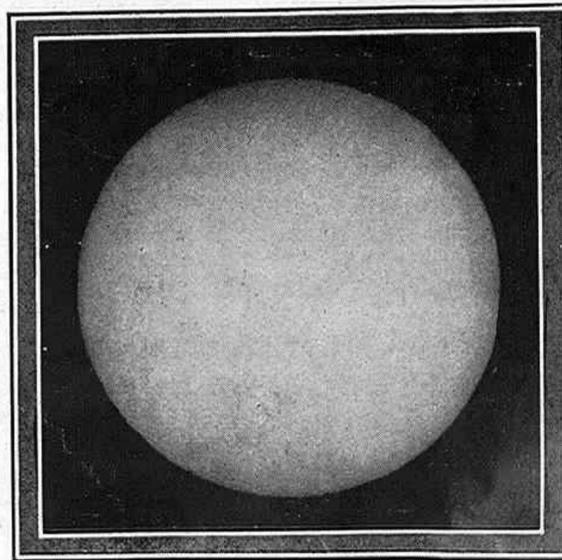
—Y no podrá dudarle quien haya experimentado alguna vez un caso de verdadera tostadura en la costa—añadí—. Pero dígame, doctor: ¿qué es el Sol? Me ha dicho usted que es una estrella, nuestra estrella. Esto significa que lo mismo puedo preguntar: ¿qué es una estrella?

—La contestación á esta pregunta nos vuelve á la cuestión del calor—replicó el doctor—. Eche usted una mirada alrededor del mundo en que vivimos. Imagínesele hecho una ascua en estado de incandescencia, y que los metales y todos los elementos no solamente están convertidos en líquidos, sino también en gases. Así es el Sol, pero con un volumen un millón trescientas mil veces mayor que el de la Tierra.

Hace doscientos años se preguntó sir Isaac Newton: «¿No serán el Sol y las estrellas grandes tierras extremadamente calientes?» Tal pregunta envuelve en sí misma la contestación, que es la que da la ciencia moderna: El Sol, nuestra estrella, es, en efecto, una Tierra grande, muy grande, extremadamente caliente.

El análisis de la luz del Sol (análisis espectral) nos enseña que este astro se compone de las mismas substancias que la Tierra. Unos cuarenta elementos de los existentes aquí, incluyendo los tan conocidos hierro, calcio, cobre, plata, hidrógeno, níquel, aluminio y cinc, han sido encontrados en el Sol. Estamos seguros de que los otros se encuentran también allí; pero es muy difícil observarlos. Es más, uno de nuestros elementos nos fué desconocido hasta que se descubrió en el Sol. Treinta años después de este descubrimiento, un químico lo identificó en un mineral en su laboratorio, y ahora se tienen, en el Estado de Tejas, pozos de gas natural que arrojan este elemento, el helio. Después del hidrógeno, es la substancia más ligera que se conoce, y se diferencia de éste, entre otras cosas, en que no es inflamable. El helio se emplea para llenar globos y aeronaves dirigibles.

El encuentro del helio en la Tierra, después de haber sido descubierto en el Sol, es uno de los



El Sol; nubes de calcio en época de calma
(Fot. del Observatorio del Ebro)

prodigios de la astronomía y da idea de los íntimos lazos de parentesco que nos unen á nuestra estrella. Hay otro misterioso elemento que se ha visto en la corona ó atmósfera del Sol, del cual no se han encontrado aún huellas en la Tierra. Se le ha llamado «coronio».

Aunque el volumen del Sol es 1.300.000 veces mayor que el de la Tierra, su peso es solamente 332.000 veces mayor que el de ésta. Tal circunstancia indica que su substancia no es tan densa como la de nuestro planeta, lo que era de esperar tratándose de un globo gaseoso. Pero aunque el Sol es un gas incandescente en toda su masa, es tal su estado de presión, que los gases del interior están comprimidos en forma más densa que el agua.

La masa del Sol es tan grande, que la gravitación en su superficie vale treinta veces más que la gravedad al nivel del mar en la Tierra. Un hombre que aquí pese 70 kilogramos, en el Sol pesaría más de dos toneladas. Este enorme tirón de la gravitación, que en el Sol, lo mismo que en la Tierra, tiende á atraer todas las cosas á su centro, es lo que crea la tremenda presión interior.

Esta gigantesca masa es la que retiene á la Tierra y á los otros planetas del sistema en sus órbitas, y nos obliga á viajar incesantemente alrededor de ella. La ligazón invisible... es la fuerza de atracción universal. El planeta más distante del Sol, Neptuno, está á 4.480 millones de kilómetros del centro del Sol, y recorre una órbita tan extensa, que su viaje completo requiere un período igual á ciento sesenta y cuatro años de los nuestros. Parece increíble que pueda existir una trabazón apreciable á través de tal distancia. No obstante, está Neptuno tan firmemente sujeto á nuestra estrella, que la atracción entre el Sol y él se ha calculado equivalente á un cable de acero sólido de 1.800 kilómetros de diámetro!

—¿Se ha hecho alguna medida efectiva de la temperatura del Sol?—pregunté.

—El Sol está á una temperatura inmensamente mayor que la más alta que podemos obtener en la Tierra—contestó el doctor Abbot—. Nuestros instrumentos señalan en la superficie solar una temperatura equivalente á 6.000° C., doble que la del arco voltaico. El doctor Eddington ha demostrado recientemente que en el interior del Sol la temperatura llega, probablemente, á 18 millones de grados.

A nosotros nos es imposible imaginar la intensidad de calor representada por estas cifras. En la Tierra calentamos el hierro; primero se pone rojo, después amarillo, luego blanco, y por último, se funde. Pero una pieza de hierro llevada á la temperatura del Sol se convertiría en gas instantáneamente.

Langley, secretario que fué de la Smithsonian Institution, hizo una vez un experimento para comparar los rayos solares con los del acero fundido. Fué á una de las grandes fábricas de Pittsburgh y observó el proceso de la formación del acero. Primeramente se vertieron en el convertidor varias toneladas de hierro fundido, y se mezclaron con media tonelada de silicio y carbón. Después insuflaron aire á través de la mezcla, y de ello resultó un calor tan intenso, que cuando añadieron otra carga de hierro fundido, éste parecía oscuro como chocolate, por contraste con la brillantísima masa blanca de dentro. Vaciaron el convertidor, y el acero líquido salió lanzando chispas blancas, tan brillantes como la luz del Sol, á más de 30 metros de distancia.

Pues bien: cuando Langley acudió á su instrumento de medida, anotó la indicación de la radiación del acero, la comparó con la de una superficie igual del Sol, y encontró que los rayos solares eran ochenta y siete veces más poderosos. En esta medición iban incluidos todos los rayos, visibles é invisibles; pero cuando midió solamente los de luz, comprobó que el Sol era cinco mil veces más brillante que el acero líquido. Y conste que en este caso las mediciones se hicieron en la humosa atmósfera de Pittsburgh, donde no llega al instrumento ni la mitad de la intensidad de los rayos solares.

(Se terminará.)

Elegancias

MERECERÍA la pena de que hubiera época estival y playas de moda sólo porque tuvieran ocasión de crear modelos de trajes de baño los grandes artistas del vestido.

Los adjetivos más exageradamente laudatorios del pollo más *pera* de nuestra generación resultan poco expresivos para alabar esa ingeniosa tela que ahora se usa para bañadores y que no es seda ni lana ni percal; que resulta á la vez ampulosa y sencilla y se ciñe prodigiosamente sin imprimir al cuerpo ese encogido y triste aspecto de los demás géneros cuando están mojados por el agua del mar. Decir que la tela en cuestión es ¡magnífica!, ¡exquisita!, ¡lindísima!, es quedarse muy corto. Precisa añadir que es ¡cañón!, ¡jamón!, ¡bomba!, ¡extramacnuda!, ¡bestial! y ¡brutal!, no sólo para hacerle toda justicia, de acuerdo con el concepto moderno, sino para que nuestra alabanza resulte comprensible á los *ultra fruta*.

Y si el tejido mismo es una maravilla, en lo que se refiere al color se ha llegado á la cumbre. Quizás la especial calidad de la tela sea causa de que los tonos logren un realce y una brillantez insuperables. Ello es que en los grandes bal-

EL TRAJE DE BAÑO Y SUS ACCESORIOS

sábana, de tela de esponja en tonos vibrantes, á veces en dos que contrasten, en la que se envuelve la bañista para estar en la playa, tomar el vermut bajo las grandes sombrillas del restaurante y hasta volver al hotel en el *auto*, si se halla en un balneario lo bastante *chic* para permitir tales libertades.

Si la bañista puede enorgullecerse de poseer unas piernas admirables, no usa medias, contentándose con la protección indispensable representada por unas sandalias del mismo color que el bañador. Si no es afortunada en este terreno, llevará medias de seda, enrolladas bajo la rodilla á la *americana*, procurando sean del tono más aproximado á su piel que encuentre; mas como todo ha de tenerse escrupulosamente



nearios, mejor dicho, en los muy selectos, el mar, á la hora del baño, se esmalta de pinceladas vibrantes que hacen más bello aún el azul intenso del cielo y del agua.

El naranja, el violeta, el cereza, el verde, el rojo cardenal, el azul, no hacen desmerecer, á pesar de su fuerza, el valor de otras tonalidades más delicadas, como el limón, el malva y el rosa pálido. ¿De qué manera se logra tal maravilla? Lo ignoramos, como tampoco se nos alcanza el que, en contacto con el agua, no se oscurezca ninguno de ellos.

En lo que se refiere á hechura, puede decirse que todos los bañadores de moda son *maillots* más ó menos disimulados. Por lo menos, éste es el armazón sobre el que se colocan.

La túnica escotada y sin mangas, cortada en forma recta. La faldita plegada sujeta al talle por una cinta ó una goma y... el cinturón del mismo género que el *maillot*, muy ancho y atado en lasada sobre la cadera, que da un sello encantadoramente juvenil al conjunto.

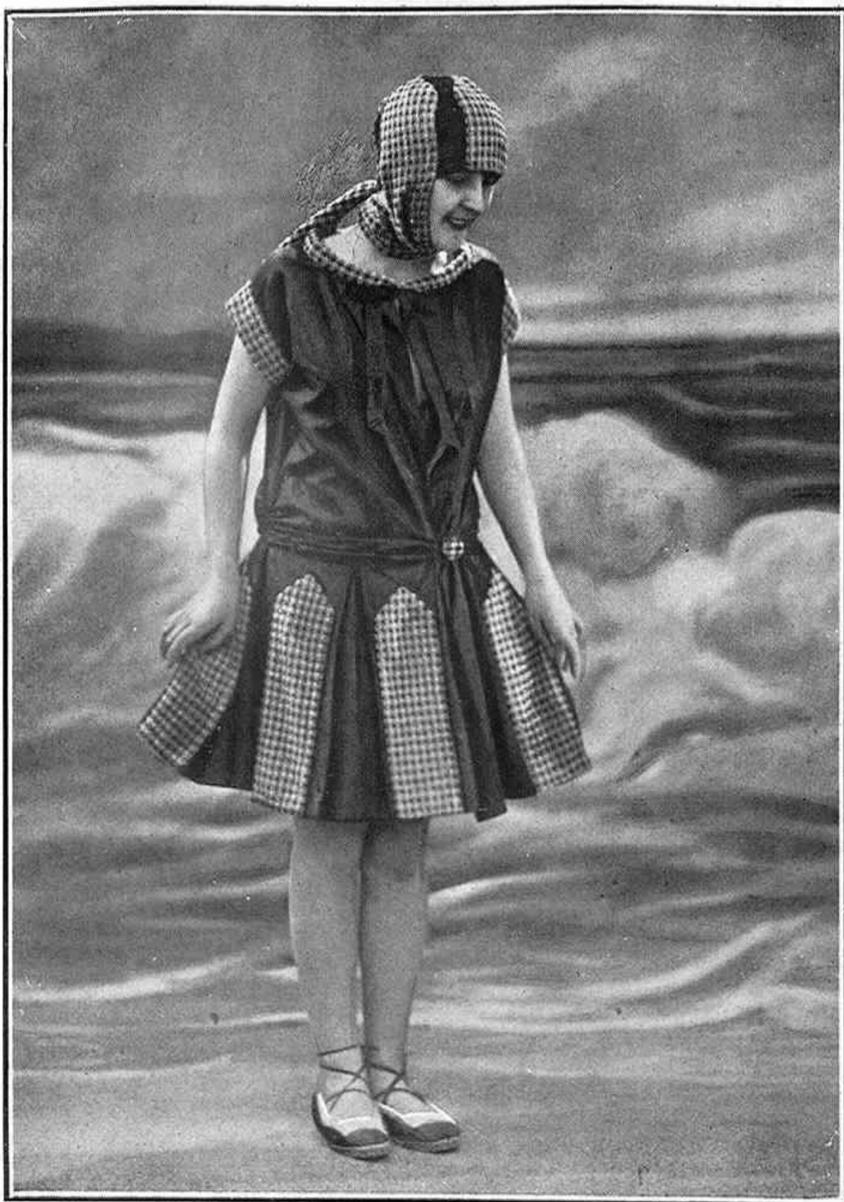
El bañador exige varios complementos, entre ellos la bata-

en cuenta, no debe de olvidar que el sol y el aire del mar ennegrecen aquélla, y que la conviene comprar las medias después de varios días de estancia en la playa ó tener varios pares de entonación distinta.

Para defenderse de los rigores del sol hace falta un sombrero de alas muy amplias. Los hay de un material que no se estropea si se moja, adornados con una flor de goma de inmenso tamaño.

Para que el viento no la destoque, este sombrero se sujetará por medio de bridas, y con el objeto de que éstas no molesten, se atarán detrás sobre la nuca.

(Fots. Agencia Gráfica)



Caso de no querer llevar sombrero, la bañista se cubrirá con una sombrilla de puño cortísimo, hecha de tela ó papel impermeable. De estas últimas hay unos modelos deliciosos confeccionados en China.



Falta aún preocuparse de la belleza del rostro en el baño.

Desde luego, en todas las buenas perfumerías hay aceites que el agua no desaloja si cae en pequeña cantidad sobre ellos; pero..., ¿quién podrá asegurar constante prudencia en las olas?

Con un par de modelos de este tipo, tres ó cuatro de noche y el equipo de baño, puede decir la mujer más coqueta y exigente que se halla provista de cuanto requiere la moda y su propio embellecimiento.—I. P.



Semejante dificultad se resuelve con los nuevos estuches de vanidad recubiertos de una fuerte tela impermeable, también de color muy bonito, que contiene todo lo preciso para reparar los destrozos causados por la humedad.

El colorete, los polvos y la barra de carmín para los labios están, á su vez, colocados en diminutas cajas de un metal que no se oxida y quedan herméticamente cerradas.

Dentro del estuche hay también un bolsillito en el que se puede llevar un pañuelo.

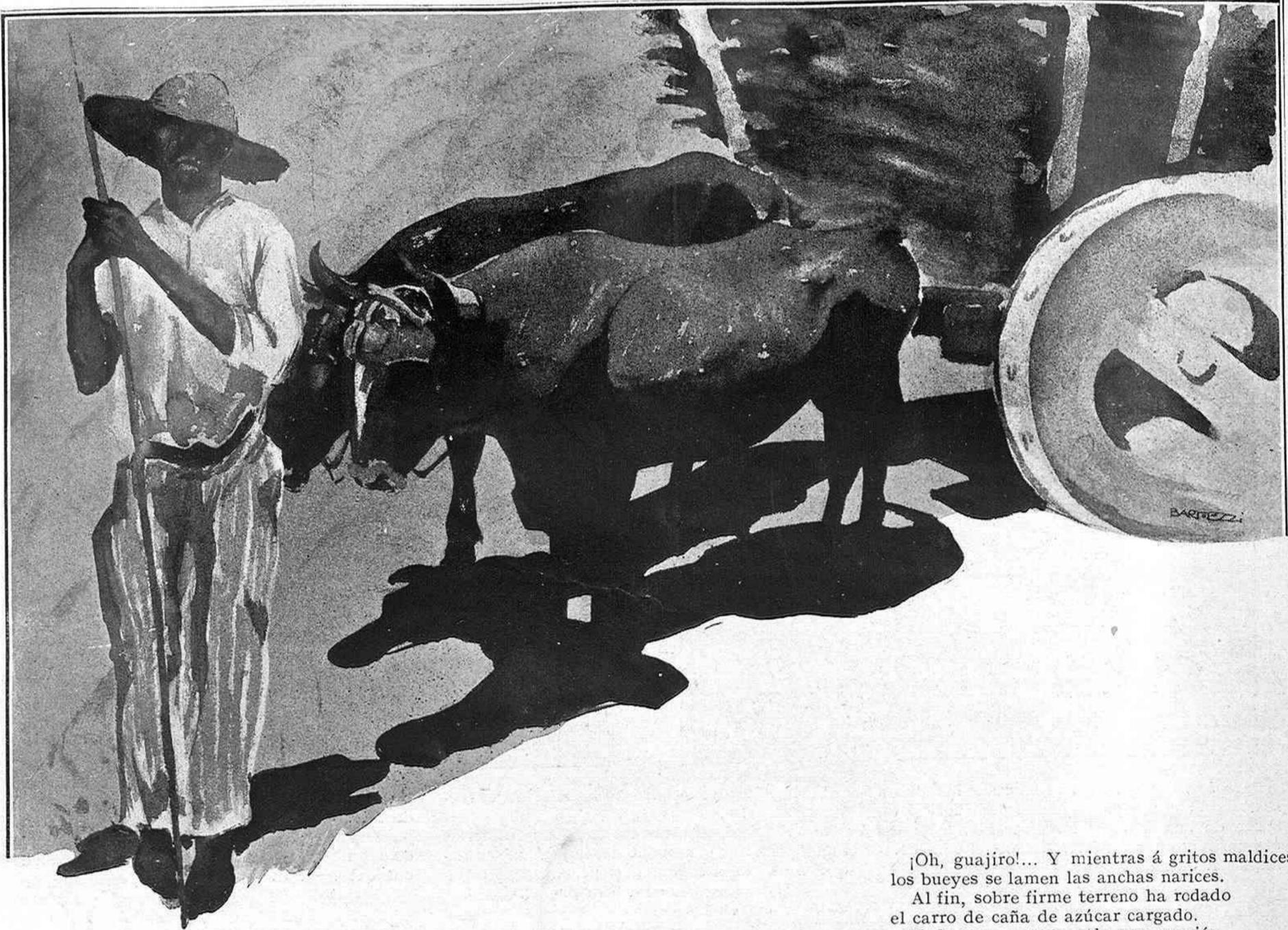
La vida de balneario gira, por modo tan absoluto, en torno á la playa y el casino, que, en realidad, las elegantes se preocupan más del indumento preciso para estos dos aspectos de su vida que del que se relaciona con fiestas de tarde: *garden parties*, torneos de *golf* y *tennis* y otras reuniones de la misma índole.

No obstante, los modistos, cuya principal virtud es la de anticiparse á las ocasiones, no descuidan sus modelos de trajes de tarde, é, intercalados con los de noche, lanzan deliciosas creaciones en crespón unas veces, en tul otras y hasta completamente de encaje, acompañados de grandescapotas ó pamelas de paja muy fina ó de algún material transparente.



9

UN GRAN POEMA CUBANO



Con la publicación de *La Zajra*, del gran poeta Agustín Acosta, la obra literaria de la que ya puede llamarse la generación de la República, adquiere en Cuba significación plena. Dada la lamentable escasez de intercomunicación existente entre la Madre Patria y sus hijas, es difícil darse cuenta en España del esfuerzo ahincado, fructífero, heroico á veces, pues en los países nuevos el cultivo de las artes no lleva aparejado lucro alguno, hecho por mantener la eficacia espiritual de su lengua y conservar vida á su legado espiritual. Agustín Acosta, como María Villar Buceta, Mari-Blanca Sabas Alomá, Irarzábal, Loinaz, Tallet, Juan Marinello, Serpa, Núñez Olano, Martínez Villena, Stenger, Sánchez Galarraga, Roselló y otros más, son los poetas de esa generación nueva cuyo concepto de la vida se traduce ya en todas las zonas de la existencia espiritual de Cuba en obras que permiten esperar el futuro con seguro optimismo.

LA ESFERA se honra acogiendo este bellissimo fragmento titulado *Las carretas en la noche*, en el que vibra, junto al más puro lirismo, un jay! patriótico henchido de inmediatas realidades que ojalá se disipen.

LAS CARRETAS EN LA NOCHE

Mientras lentamente los bueyes caminan, las viejas carretas rechinan..., rechinan...
Lentás van formando largas teorías por las guardarrayas y las serventías.
Vadean arroyos, cruzan las montañas llevando el futuro de Cuba en las cañas.
Van hacia el coloso de hierro cercano; van hacia el ingenio norteamericano;

y como quejándose cuando á él se avecinan, las viejas carretas rechinan..., rechinan...

¡Espectral cortejo de incierta fortuna bajo el resplandor de caña de luna!
Dando tropezones, á obscuras, avanza el fantasmagórico convoy de esperanza.
La yunta guiadora de la cuerda tira, mientras el guajiro canta su guajira; ovillo de amores que se desarrolla en la melancólica décima criolla:

«Hoy no saliste al portal cuando á caballo pasé; guajira, no sé por qué, te estás portando muy mal...»

Y al son de estos versos rechinan inquietas, con su dulce carga, las viejas carretas...

«En el verde platanal hoy vi una sombra correr; mucho tendrá que temer quien te me quiera robar, que ya yo tengo un altar para hacerte mi mujer.»

En bruscos vaivenes se agachan, se empinan las viejas carretas... Rechinan..., rechinan...

Las ruedas enormes, pesadas, se atascan; los bueyes se lamen los morros y mascan.
Jura el carretero, maldice, blasfema, y cada palabra es un anatema...
Detiéndose el tardo cortejo á ayudar á quien paso libre tiene que dejar.
Aquí de las piedras que calcan las ruedas, los troncos robados á las arboledas...
El esfuerzo inútil y la impregnación...
La frase soez y la maldición...

¡Oh, guajiro!... Y mientras á gritos maldices los bueyes se lamen las anchas narices.
Al fin, sobre firme terreno ha rodado el carro de caña de azúcar cargado.
Y de otra carreta sale una canción que exorciza el eco de la maldición:

«Yo nunca podré aspirar á darte un beso de amor; tú conoces mi dolor y no lo quieres calmar.»

Y al son de estos versos rechinan inquietas las tardas, las viejas carretas...

«Te vas al pueblo á bailar y no te acuerdas de mí; de mí, que me quedo aquí, y que, como buen poeta, te dedico esta cuarteta que he sacado para ti.»

En bruscos vaivenes se agachan, se empinan las viejas carretas... Rechinan..., rechinan...

El ingenio anuncia cambio de faena con un prolongado toque de sirena.
Y, á través de sombras fantásticas, brilla como gigantesca lámpara amarilla, soplando cautivos vapores rugientes hacia los irónicos astros esplendentes.
Por las guardarrayas y las serventías forman las carretas largas teorías...
Vadean arroyos... Cruzan las montañas, llevando la suerte de Cuba en las cañas.
Van hacia el coloso de hierro cercano; van hacia el ingenio norteamericano, y como quejándose cuando á él se avecinan, cargadas, pesadas, repletas, ¡con cuántas cubanas razones rechinan las viejas carretas!...

AGUSTÍN ACOSTA

(Dibujo de Bartolozzi)

CINEMATOGRAFÍA
 LAS BELLAS ACTRICES DE LA PANTALLA



ADMIRABLE juventud la de estos rostros femeninos que la pantalla norteamericana hace desfilar ante nuestra vista. He aquí, á la izquierda, la belleza magnífica de Dorothy Sebastian. Sobre su brazo, la abreviatura de su nombre. Dorothy Sebastian, como buena norteamericana, tiene una inevitable tendencia á la originalidad, y esas letras sobre su hombro son una prueba de su espíritu risueño y pintoresco. A la derecha, otra actriz muy bella, Doris Dawson, en una escena de «film».

s.e.-2/10

ESTAMPAS ESPAÑOLAS

LA
FIESTA MAYOR
EN LA ALDEA

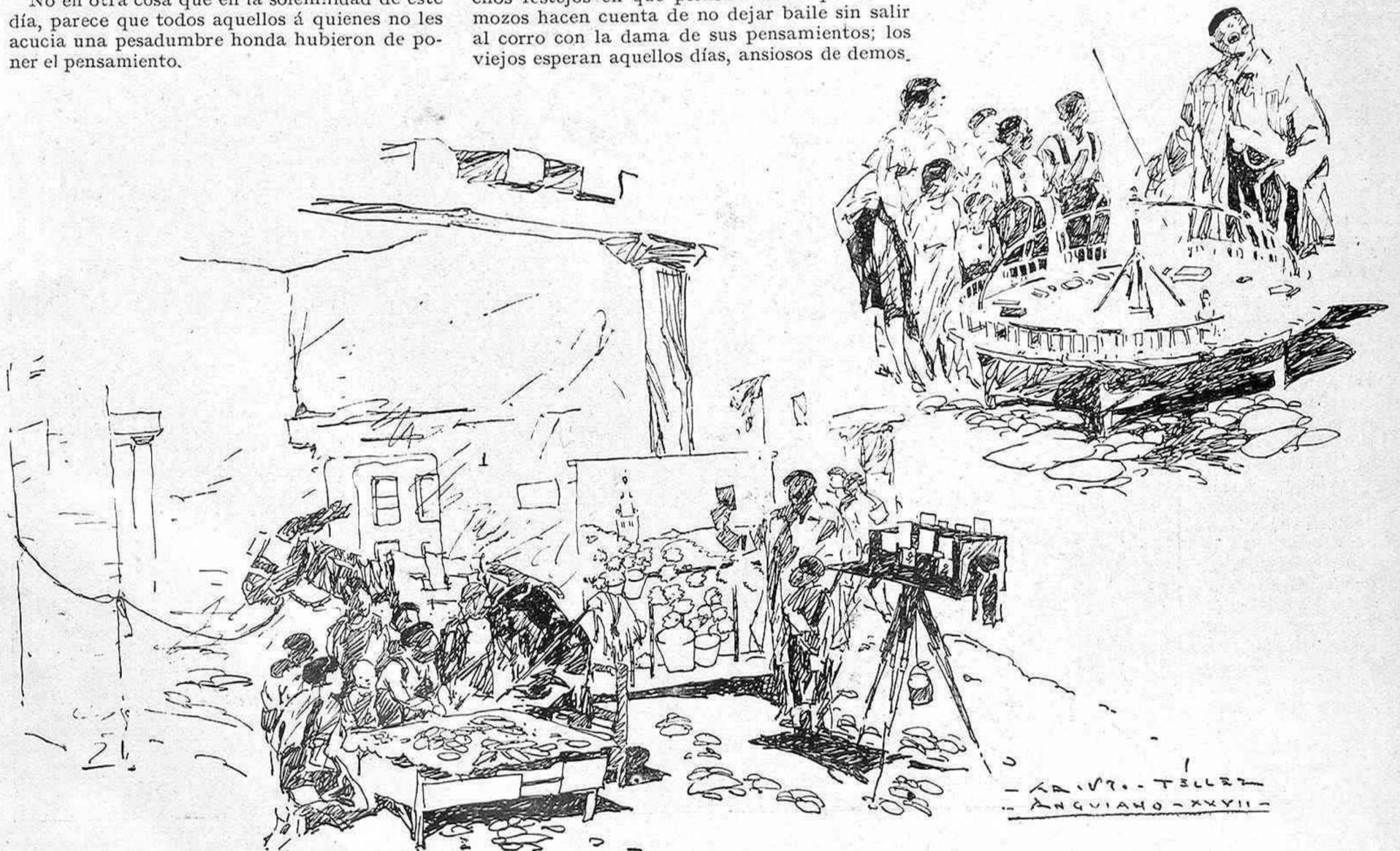
Todo el año estuvo el pueblo atareado con el alma puesta en el campo, que es en donde tiene la vida, y pendiente de las que pudiéramos llamar determinaciones del cielo—lluvias, tormentas, sequías...—para ver de lograr una buena cosecha, que al llegar las postrimerías del verano ó comienzos del otoño le permitieran holgarse, sin que ningún cuidado le merme la alegría en la fiesta mayor.

No en otra cosa que en la solemnidad de este día, parece que todos aquellos á quienes no les acucia una pesadumbre honda hubieron de poner el pensamiento.

Desde mucho antes de llegar la ansiada fecha todos hacen ánimo de sacar el mayor partido posible del bureo á costa del santo patrón que ensalzan por valedor de sus pleitos terrenales en la celestial república. El cura dispone muy despaciosamente su oración sagrada consultando textos teológicos y manoseando el *Tesoro de predicadores*; las mozas no dan paz á la aguja cosiendo las galas que se proponen lucir en los muchos festejos en que piensan tomar parte; los mozos hacen cuenta de no dejar baile sin salir al corro con la dama de sus pensamientos; los viejos esperan aquellos días, ansiosos de demos-

trar á la gente joven que sus tiempos fueron mejores, y todo el mundo, en fin, parece que vive más soñando que despierto.

En amaneciendo la anhelada fecha todo el vecindario échase á la calle en espera de la procesión, que ha de ser el primer número solemne de las apetecidas fiestas; los ricachos más pudientes rífanse el honor de llevar sobre los hombros las



- ADIUT. TELLEZ
- ANQUIANO - XXVII -

andas de la veneranda imagen, y el que más ofrece ocupa mejor puesto y queda nombrado durante todo el año sacerdote ó hermano mayor de la cofradía.

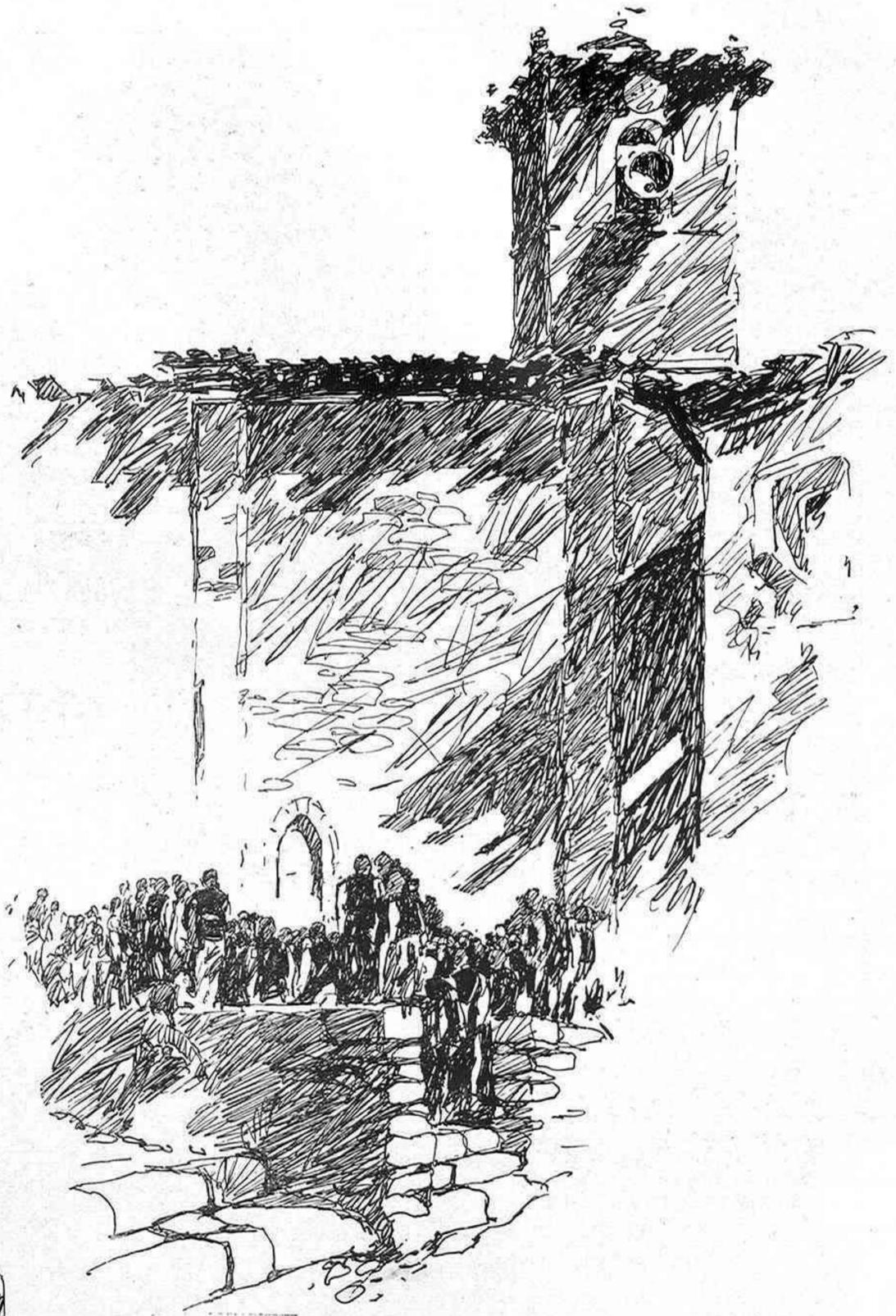
En tanto, la gente grave—ataviada con la ropa de día de fiesta—espera á pie firme en la glorieta de la iglesia; el mocerío y la muchachería de ambos sexos recorren los cercanos puestos de buhoneros y quincalleros que esperan hacer negocio con sus abigarradas mercancías.

Los rapaces arrímanse á los tenderetes en que se celebran rifas, y en ellos se dejan los pocos cuartos de que disponen; las mozas engalanadas con la ropita nueva, y los mozos con el clavel detrás de la oreja y la tagarnina de á quince en los labios, buscan al fotógrafo ambulante para que tome nota gráfica de sus interesantes personas, «sacándoles» un retrato de cuerpo entero...

Las moscas, más audaces que los muchachos, hacen excursiones desde las repugnantes maderas de un burro viejo á los pringosos y detestables dulces que vende una vieja gruñona y llena de lamparones.

De pronto óyese el alegre volteo de la campana parroquial; la procesión va á salir. En la plaza hay movimiento de flujo y reflujo y un sordo murmullo que remeda con bastante justeza el rumor de las olas.

La imagen del bienaventurado patrón de la aldehuela aparece en la puerta de la iglesia, abier-



ta de par en par, balanceándose como un borracho que á toda costa quiere mantenerse firme, sobre los hombros de los que alcanzaron por su dinero el honor de tomarse este trabajo, y al que no renunciarían en aquel instante por todos los tesoros del Perú. El Ayuntamiento en pleno, con luengas y recias capas hasta los pies, preside tanta solemnidad.

Cierran el religioso cortejo las devotísimas viejas, que henchida el alma de fe y el cuerpo de escapularios, apenas si pueden con el peso de los años, y por cabo de todo, como colofón de la fiesta, los típicos danzarines, encaramados en altísimos zancos, lánzanse en vertiginoso torbellino por la encuestada calle Mayor que va á dar en la plaza de la Constitución...

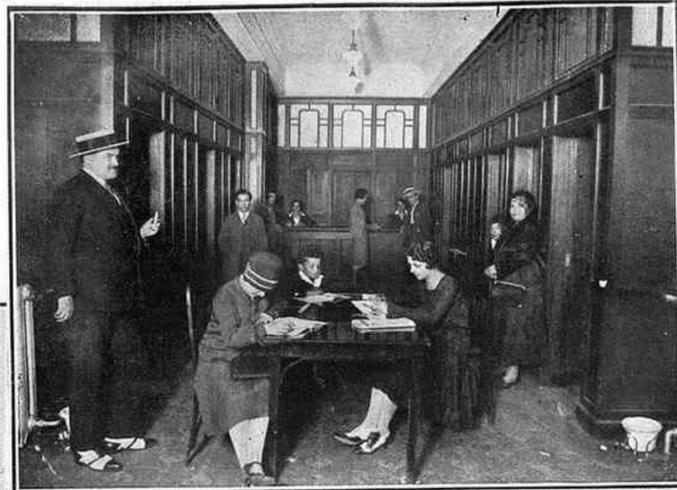
Luego de la religiosa paseata, que recorrió las principales calles del pueblo y se asomó al campo para ofrecer buena esperanza á las futuras cosechas, retorna la comitiva á la iglesia; celébrase la función religiosa con misa de tres curas y órgano, y en soltando el párroco el torrente de su oratoria gerundiana—cuanto más gerundiana más del gusto de los sencillos feligreses—, sale la gente del templo y vase á recorrer el ferial ó á ver en el corral del concejo el toro de muerte que entre todos han de martirizar horrorosamente durante toda la tarde...

EL BACHILLER TRAPAZA

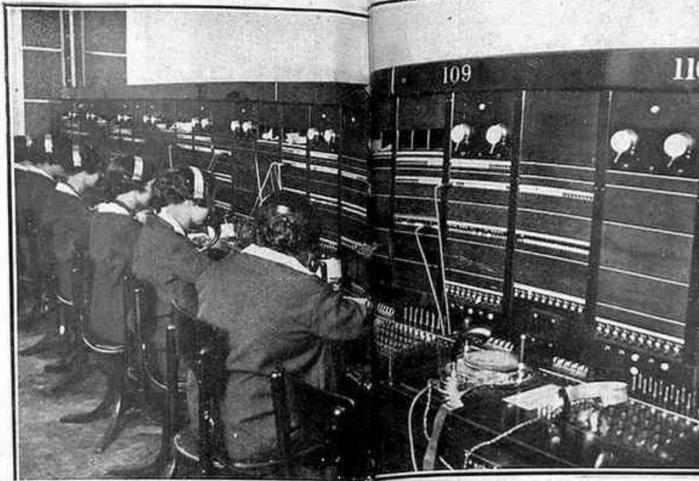
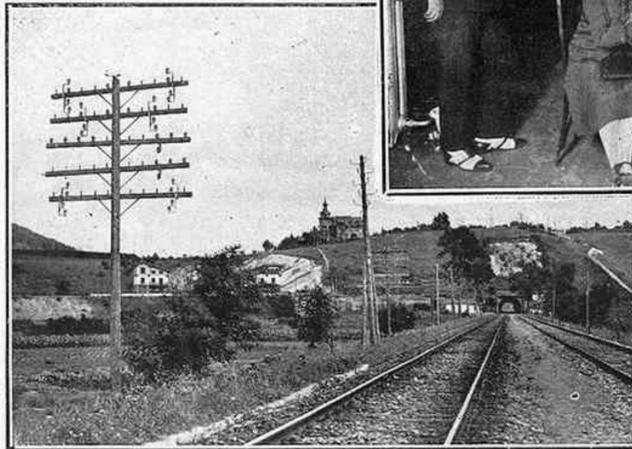
(Dibujos de Aristo-Téllez)

ARISTO-TÉLLEZ
- ANQUIANO - XXVII

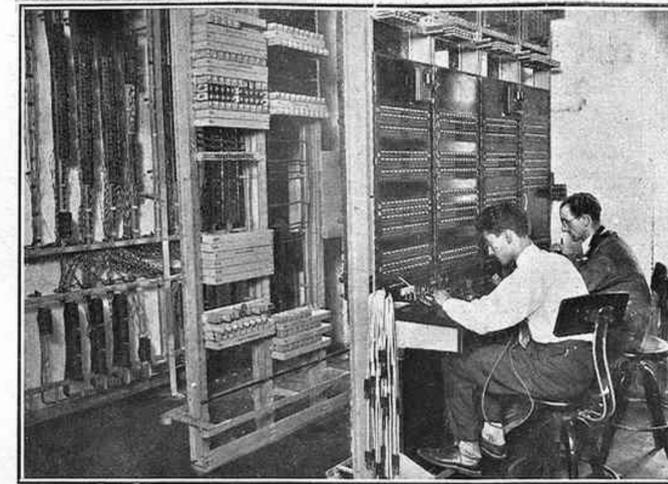
Sala del público de la Central interurbana



Línea de Madrid a San Sebastián, cerca de Pasajes (km. 621)

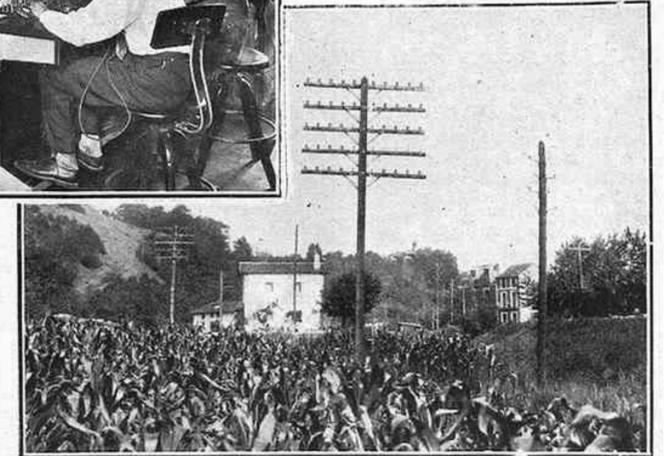


Cuadro urbano



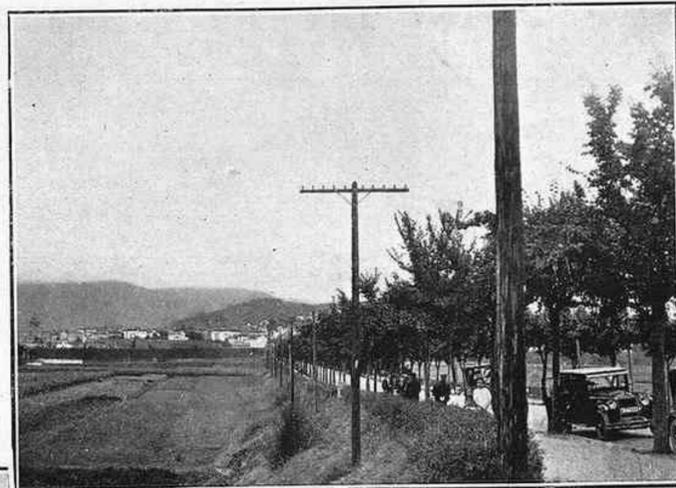
Repartidor mural, bastidor de relays y mesa de pruebas interurbana del tipo 2005-A

Línea de Madrid a San Sebastián, en los alrededores de Chominenea



NUEVO SERVICIO TELEFÓNICO INTERURBANO CON SAN SEBASTIÁN

Línea de San Sebastián a Irún, a su entrada en esta última ciudad (km. 17)

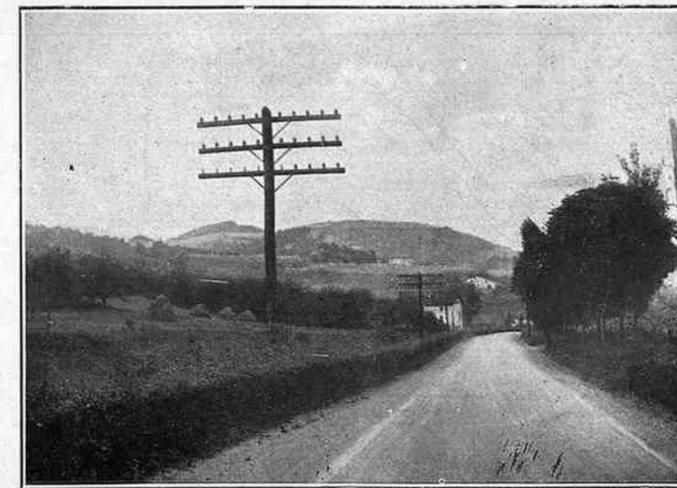


Mesa de temas

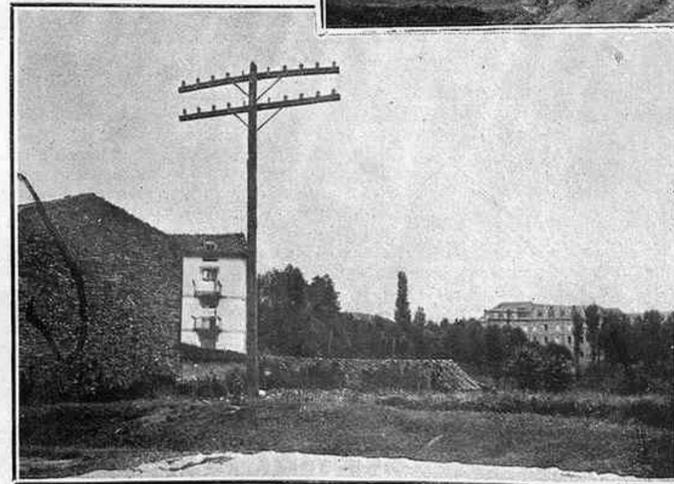
Línea de San Sebastián a Irún, atravesando el Bidasoa



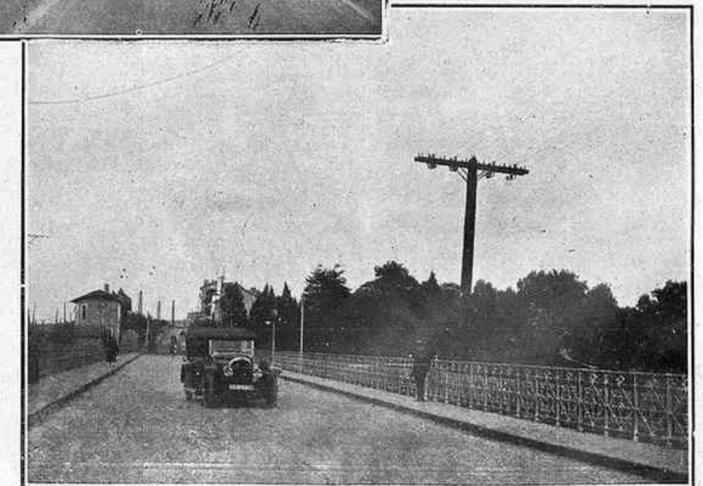
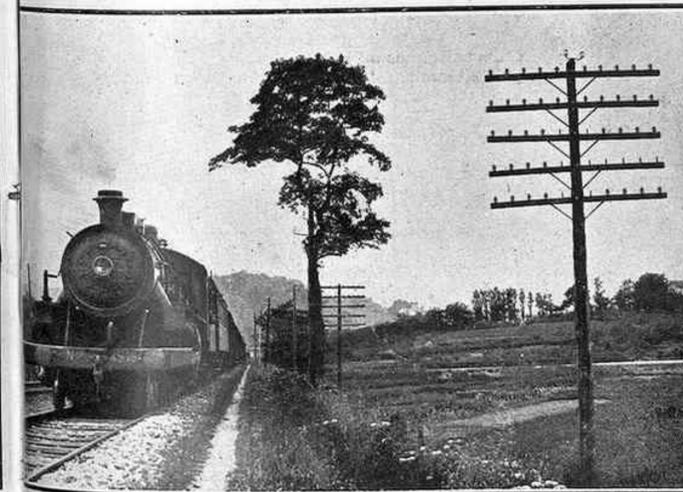
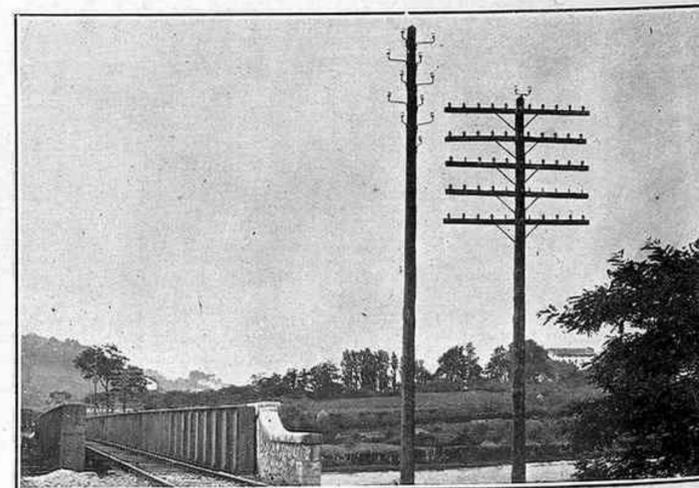
La línea cerca de Lezo



Línea de Madrid a San Sebastián, cerca de Hernani



Línea de San Sebastián a Irún (km. 17) (Pots. Marín)



El último poste telefónico de España en su enlace con Francia en el puente internacional, visto desde Irún (España)

MOTOR

EL automovilismo va adquiriendo tal importancia en el mundo, que ya los sabios, no contentos con dedicarse á su perfeccionamiento, también dedican sus actividades á descubrir sus menores interrupciones. En esta plana publicamos la fotografía de un sabio ingeniero inglés que ha inventado un verdadero «estetoscopio» para motores, con el cual, como si fuera un cuerpo humano, puede descubrir dónde radican los menores defectos que se pueden producir en un motor. El invento es interesantísimo para el automovilista, y puede ofrecerle notables economías, ya que pudiendo precisar el sitio preciso de una avería, se evita el desmontaje de las partes que pudiéramos llamar sanas.

La otra fotografía que ilustra esta plana corresponde á lo que bien pudiéramos definir como de automovilismo práctico y comercial, pues se trata del automóvil para el viajante de comercio, en el que la carrocería está estudiada de tal modo que aparte de los dos cómodos asientos perfectamente cubiertos para que sea útil en todo tiempo, lleva un verdadero establecimiento con sus artículos perfectamente clasificados.

Con el uso de esta clase de vehículos, las Casas comerciales tienen una enorme economía en los gastos de sus viajantes. Primero, por ahorro en los transportes por ferrocarril de las cajas de muestras y de billetes; luego, por el transporte de dichas cajas de un establecimiento á otro dentro de la misma población y, por último, una economía, acaso la más importante, de tiempo,

pues el viajante en el momento de terminar su trabajo en una población ó pueblo, puede trasladarse á la inmediata sin tener que depender de los horarios de ferrocarriles, pudiendo visitar varias poblaciones en un día, sin contar los pueblos que carecen de estaciones y, por consiguiente, de fáciles medios de comunicación.

EXTRANJERO

El Gran Premio de Francia sobre *moto* se ha corrido en el circuito de Comminges sobre 331

kilómetros, obteniendo el triunfo el notable corredor Craig en una *moto* de 500 c. c. de cilindrada, que obtuvo una velocidad media de 106 kilómetros 570 por hora.

La prueba en cuesta sobre un recorrido de 13 kilómetros obtuvo numerosos participantes.

En la categoría 1.100 obtuvo el primer puesto Soulet, á una media de 57 kilómetros.

El mejor tiempo de todas las categorías lo consiguió el notable corredor Chiron, sobre un dos litros, que coronó la cuesta de Peyresourde á 67,780 kilómetros de velocidad media, muy estimable si se tiene en cuenta la extraordinaria pendiente, y que la prueba se corrió con un tiempo detestable, lo que le restó numeroso público.

En Roma se han celebrado las carreras de Castellamare. En la Copa Acerbo, el gran corredor Campari obtuvo el triunfo, cubriendo 510 kilómetros en 4 horas 53 m. 32 s., á una media horaria de 104 kilómetros 269.

En la Copa de los Abruzzos llegó primero Chierigato, que en 4 horas 7 m. 55 s. recorrió los 370 kilómetros, á una velocidad de 92 kilómetros 566 por hora.

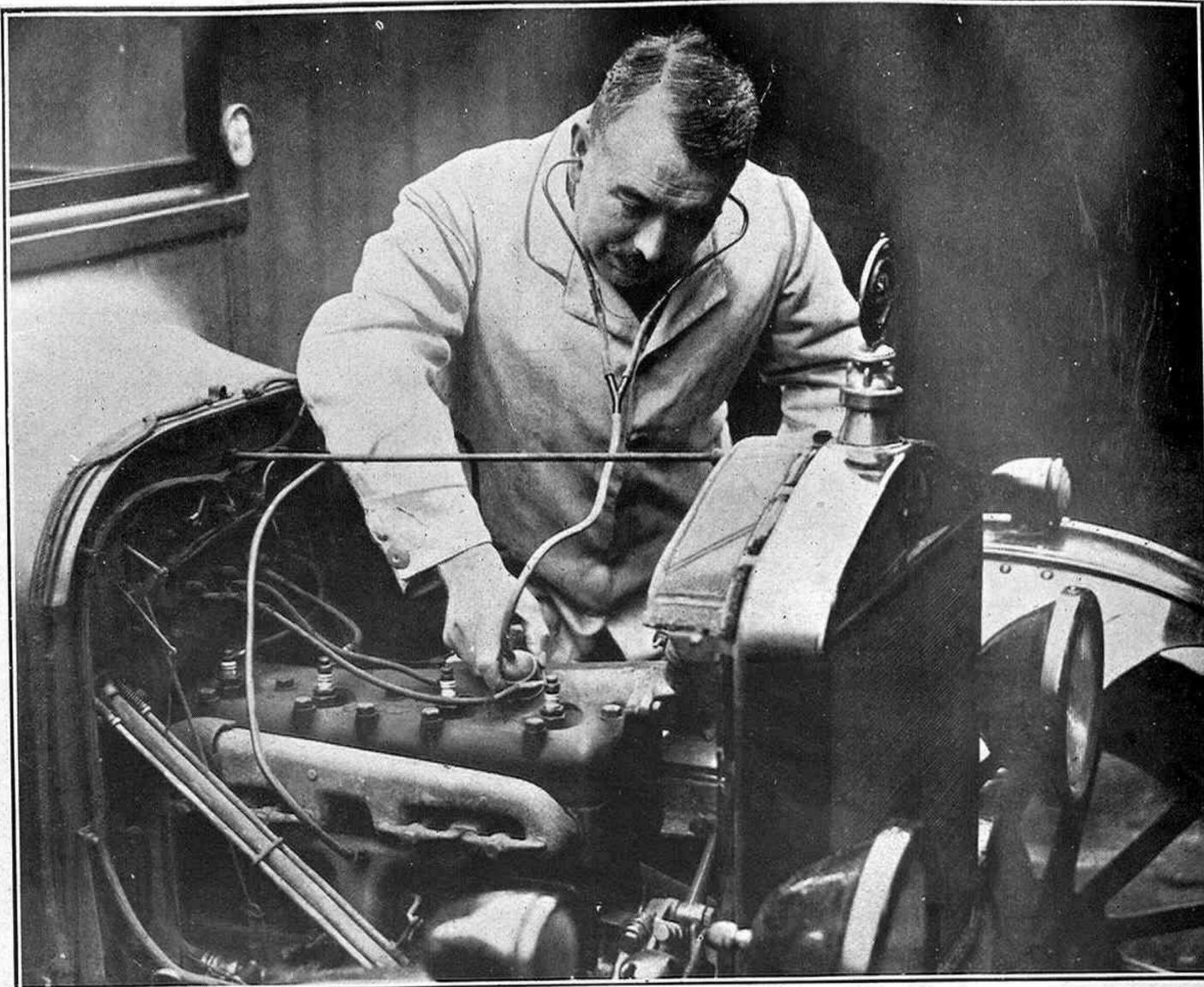
EL V GRAN PREMIO DE EUROPA

Este año corresponde la organización de la importante prueba á Italia, y se correrá el 4 del próximo mes de Septiembre.

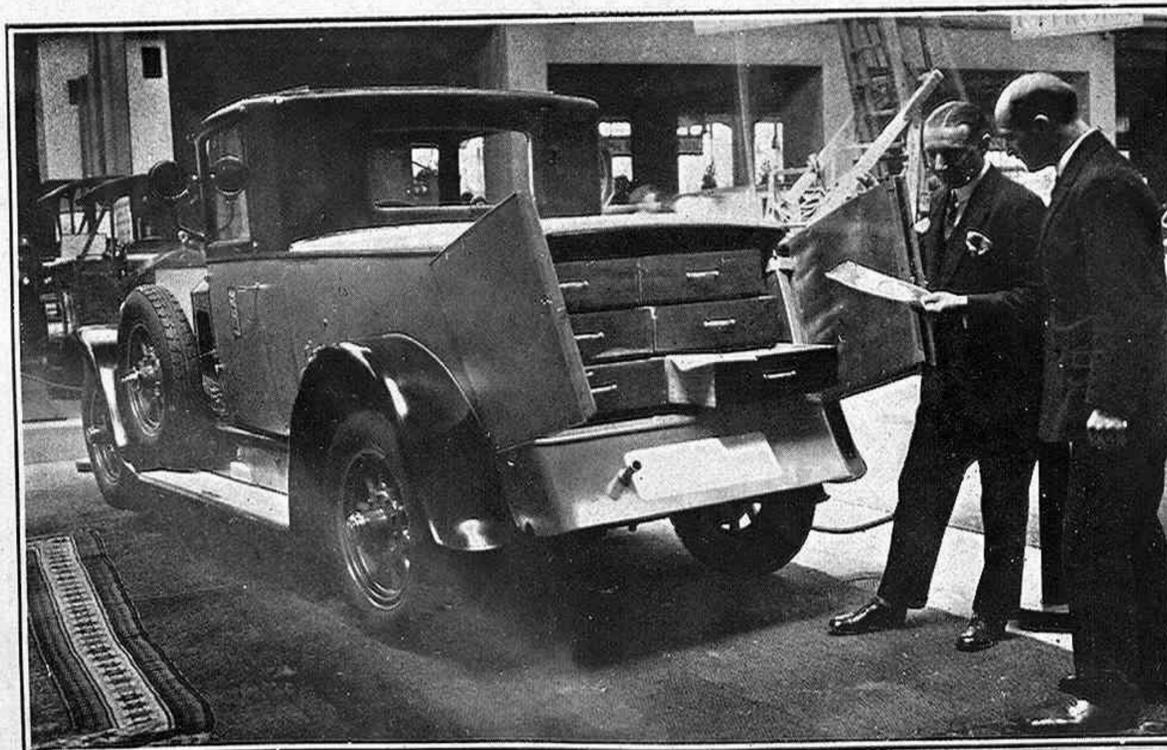
Entre los americanos se dice vendrán á disputarlo Suders (Duesenberg) y Kreiss y Coopel (Miller), que embarcarán en seguida para Europa.

Materassi y Conelli (Bugatti) también se dice tomarán la salida, y como nota sensacional, se da como segura la participación de los nuevos motores Fiat, que serían piloteados por los grandes corredores Bordino y Salamano, que han estado realizando pruebas sobre la pista de Monza, al parecer con resultados satisfactorios.

ANTONIO GAY



UN «ESTETOSCOPO» PARA AUTOS.—Los «sportmans» saben que el automóvil tiene un verdadero corazón, que á veces sufre «colapsos», y que es preciso cuidar como á un enfermo. Un ingeniero inglés ha inventado un verdadero «estetoscopio», con el cual se puede diagnosticar las «enfermedades» de esos organismos modernos



Los alemanes, siempre prácticos y comerciales, han conseguido esta carrocería, que, sobre un chasis pequeño, le permite al viajante de comercio llevar consigo el muestrario y visitar en pocas horas toda su clientela en una población y trasladarse inmediatamente á otra á proseguir su negocio
(Fots. International Press y Agencia Gráfica)



Algunos de los productos
más recomendados de la
Perfumería Gal



FIXOL mantiene inalterable el
peinado. No mancha. Tiene un
agradable olor a violeta. Frasco, 2 pts

¡Señores, hay que descubrirse
ante el

J A B Ó N G A L
P A R A L A B A R B A !

La abundante espuma que forma
en el acto y que no se seca en la
cara, convierte en comodidades
las molestias del afeitado.

La hoja se desliza suave, rápida
y segura.

Pueden usar nuestra Crema de Jabón para afeitarse,
en tubos, quienes prefieran esta otra forma de enjabonarse.

PRECIOS PARA ESPAÑA

Barra, en estuche de cartón, 1,25 - En estuche metálico, 1,50

Crema de Jabón, tubo de estaño, 1,50

El impuesto del Timbre a cargo del comprador

PERFUMERÍA GAL .. MADRID



EL JABÓN HENO DE PRAVIA
es el predilecto de la gente "chic".
Pasta neutra, espuma suave,
perfume intenso. Pastilla, 1,25.



EL AGUA DE COLONIA AÑEJA
se compone de alcohol neutro de 90°
y esencias naturales. Frasco, 2,50.

El amor á los animales

La reciente y plausible determinación del alcalde de Madrid defendiendo á los animales, y las nobles campañas de las Juntas Protectoras de estos mismos, no han obtenido ni obtienen la aprobación que merecían. Hemos leído y leemos crónicas, artículos, comentarios y comunicados que nos llenan de tristeza. Parece que la clásica y característica ferocidad española se ha conmovido, estremecido é indignado. Parece también que nuestros llamados intelectuales necesitaban un asunto para poner de manifiesto su eterno espíritu de negación y se han valido de los pobres animales para sacar á relucir unos viejos tópicos de relumbrón muy propios para obtener un éxito momentáneo. El efecto de tantas y tan encontradas opiniones no sabemos cuál habrá sido, aunque suponemos que habrá redundado en contra de los irracionales, ya que hemos seguido viendo á los perros atados á la trasera de los carros, á las bestias cargadas hasta lo inverosímil, á los pájaros cautivos en venta, etc., etc.

El pueblo, nuestro pueblo, tan necesitado de una dulce educación sentimental, alentado por el ejemplo de los que veladamente censuran las campañas en favor de los llamados irracionales, no ha salido de su indiferencia y sigue viendo con serena impassibilidad el martirio de los que si supieran y pudieran hablar, ¡cuántas cosas nos dirían á todos!

Argumento Aquiles de los que combaten de un modo encubierto las generosas iniciativas que comentamos, ha sido pedir para los hombres la protección que se pretende dar á los animales, como si los hombres no pudieran protegerse á sí mismos y no fueran capaces de defenderse. Precisamente el mundo es y ha sido siempre para los débiles. Todas las evoluciones, transformaciones y cambios sufridos y experimentados por la sociedad han sido debidos al esfuerzo de los pobres, los desvalidos y los miserables, que siempre tienen y tuvieron en sí mismos las armas de su redención y de su defensa. Por el contrario, los animales, eslabones inferiores de la vasta cadena zoológica, sólo tienen el bien que les quieran hacer los que si no tienen piedad para tratarlos es porque carecen de todo senti-

MAJESTIC HOTEL INGLATERRA
BARCELONA. Paseo de Gracia. Primer orden.
Precios moderados. El más concurrido.

NOTA CÓMICA



DANZA MODERNA

Ella.—Peidons usted, creí que este fox era un pasodoble y lo bailaba como un «chárleston».
El.—Ya decía yo que no era un vals...
(De Thomas, en «The Sketch».—Londres)



Como pétalos de rosa

cae el Talco Mennen sobre el delicado cutis del nene protegiéndolo contra las irritaciones, las rozaduras y las infecciones.

Pedir Mennen es pedir lo mejor.

**TALCO BORATADO
MENNEN**

miento noble y hasta humanitario. El esclavo puede rebelarse con probabilidades de éxito, mientras que los animales, ¿qué rebeldía pueden tener ni sentir? En otros pueblos más fuertes, más sensibles y—¿por qué no decirlo?—más civilizados y cultos, el amor á los humildes empieza por el que todos sienten á las flores, á las plantas y á los tantas veces mencionados irracionales.

Este amor es la manifestación más hermosa de la verdadera fuerza, que nunca puede ser la estúpida jactancia de los vocingleros y los crueles, sino la serena energía del que no martiriza estérilmente á seres indefensos que no cometieron más delito que el de ser más útiles, más buenos, más fieles y más leales que muchos hombres.

Algún día, cuando nuestras costumbres se hayan dulcificado por la cultura y la educación; cuando sintamos de verdad el amor infinito que debe inspirarnos todo; cuando nuestro espíritu, libre de toda ferocidad, abrigue sentimientos que ahora no experimentamos; cuando sepamos que toda vida, por el hecho de ser vida, tiene que ser respetada; cuando á la inconsciencia de un estado semisalvaje suceda la reflexión y la ternura; cuando la palabra piedad no nos asuste y em-

¡MI MARIDO!...
La última creación del célebre escritor
“EL CABALLERO AUDAZ”
acaba de publicarse.
¿Ha leído usted su famosa
novela
LA VENENOSA?

Pedidos:
**EDITORIAL
RENACIMIENTO**

pecemos á sentirla hacia todo lo creado para inspirarla y merecerla nosotros mismos; cuando la Escuela sea lo que debe de ser y el maestro de primeras letras sea un noble pastor de almas antes que de inteligencias, entonces pensaremos serenamente en todo esto que ahora comentamos. Entonces también comprenderemos el valor, el alcance, la significación y la pequeñez de todos los sofismas que ahora se lanzan por los que, llamándose intelectuales, nos recuerdan lo que una vez afirmaba uno que blasonaba nada menos que de poeta lírico, y ponderando las excelencias de un automóvil que había comprado, decía:

—Es un coche extraordinario. He venido de Jaén en ocho horas. ¡Y he matado más perros en el camino!...

JUAN LOPEZ NUÑEZ

Libros nuevos

La Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A., acaba de publicar *Anuarios-Guías Provinciales*, que hasta la presente era algo que se hallaba en un estado primitivo, sin plan y sin organización. Muy pocas provincias y ciudades españolas poseen buenos Anuarios; muchas no cuentan con ninguno; algunas editan irregularmente pequeños volúmenes, reñidos con la estética y la utilidad práctica. Hasta la fecha, la citada Compañía de Publicaciones lleva editados sendos Anuarios de algunas de las principales poblaciones de España. Cada volumen consta de 400 á 500 páginas, y está encuadrado elegantemente en tela flexible.

El aventurero de amor, por Han Ryner. Editorial Costa, Barcelona, 1927.

Las hogueras de Israel, novela, por Antonio Cases. Editorial Caro Raggio. Madrid, 1927.

Tánger ha de ser español. Opiniones españolas sobre el tema. Editorial Ibero-Africano-Americana. Madrid, 1927.

Fin del mundo, poema, por Gabriel Enciso Núñez. Editorial Pueyo. Madrid, 1927.

Mapa militar de España. Hoja 86. Carta topográfica «Bescarán» núm. 1. Hecha por el Depósito de la Guerra. Madrid, 1927.

HOTEL INGLATERRA
De primer orden — GRANADA

NOTA CÓMICA

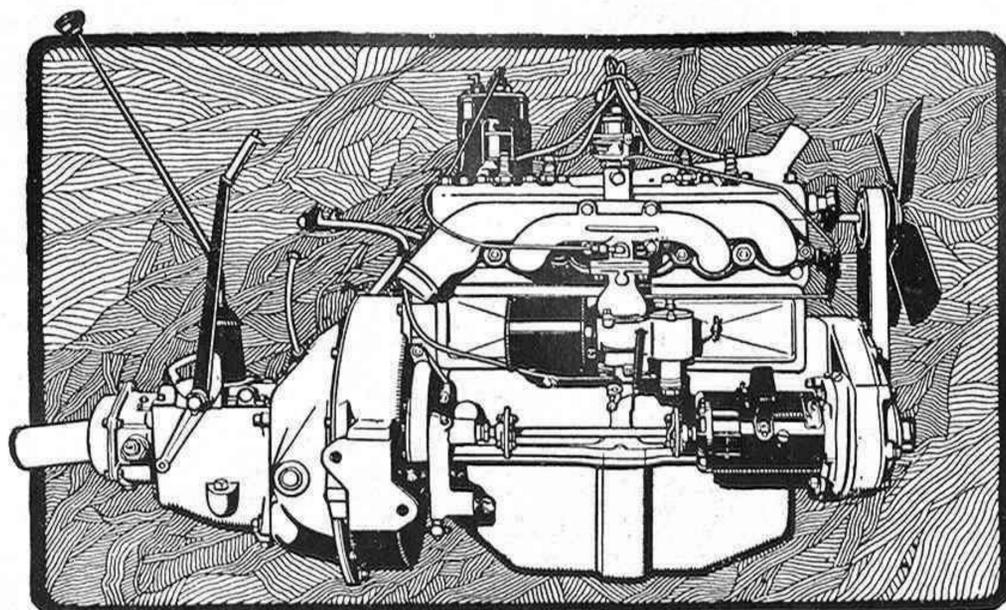


SEÑORAS DE SU CASA

La madre (que llega á las dos de la madrugada).—¿Por qué no te has acostado? Yo traía el llavín.
La hija.—Ya lo sé, mamá; pero alguien tenía que abrir á la abuelita.

(De Roald, en «Life».—Nueva York)

¡UN NUEVO MOTOR!



20 % menos de consumo de combustible
y muchas otras nuevas ventajas

Una nueva victoria alcanzada por la técnica automovilista

Un importante triunfo que equivale a mayor sencillez y funcionamiento más suave y silencioso.

20 % menos de consumo de combustible.

15 % más potente.

20 % más rápido en aceleración.

Nuevo cambio de marcha de tipo «standard» – nuevo embrague de acción silenciosa – mayor facilidad de dirección y 24 nuevas ventajas

Nuevas líneas y bellos colores.

Conduzca Vd. mismo este coche en la primera oportunidad que se le presente y se dará inmediata cuenta del notable progreso alcanzado

*Turismo corriente Ptas. 10.000; Turismo especial Ptas. 10.750;
Sedan corriente Ptas. 12.000; Sedan especial Ptas. 12.500;
Sedan De Luxe Ptas. 13.500*

Los fletes y gastos desde el puerto más próximo al punto de destino se cargan aparte.

AGENCIAS EN LAS PRINCIPALES POBLACIONES
COMPRE EN SU AGENCIA LOCAL

AUTOMÓVILES DODGE BROTHERS

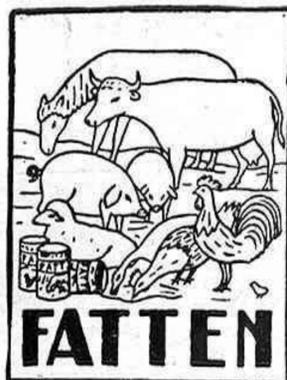
DOS GRANDES INDUSTRIAS CORUÑESAS

La Fábrica de Tejidos
é Hilados

“La Primera Coruñesa”
y los importantísimos
Almacenes de Maderas

de

DON RICARDO MOLEZUN
LA CORUÑA



Alimento tónico
reconstituyente
para el desarro-
llo y nutrición
de toda clase de
ganados.

Núm. 1.—Espe-
cial para va-
cuno, caballar
y lanar.

Núm. 2.—Prepa-
rado para el
ganado de
cerda.

Núm. 3.—Para toda clase de aves.

El volumen de estos preparados, en bo-
tes de uno y medio kilo, es de fácil trans-
porte, dado su reducido tamaño.

Concesionario general para España:

AGAPITO MORALES
LA CORUÑA

TALLERES MECÁNICOS
DE CARPINTERÍA

José María Longueira

Constructor de obras

TALLERES:

Esquina Teresa Herrera

NUEVO GARAGE
“LA REGIONAL” (S. L.)

Taller Electro-Mecánico.—Instala-
ciones para automóviles. - Baterías
de acumuladores y construcción
de toda clase de aparatos eléctri-
cos y mecánicos.

Director Gerente: M. Caruncho Astray

Directores Técnicos { José M. Guimaraens
Juan Pita Quintana

SECCION TALLER

Dirección Postal { Francisco Mariño, 12
Teresa Herrero, 11

LA CORUÑA



La Coruña.—El fuerte oleaje que envía el bravo mar Cantábrico sobre las costas gallegas se quiebra contra los peñascos, convirtiéndose en blancas y altísimas olas de espumas que producen un efecto fantástico

BICICLETAS

de carrera ó turismo
A MITAD DE PRECIO

10.000 se liquidan
Gran marca francesa
(Franco porte.) Hasta agotamiento. Casa E. LEVY, 18 Cours Pasteur, Burdeos (Francia). Solicitamos rep e entantes todos pueblos.

Use el perfecto jabón de tocador

FALENAS

' CORTES HERMANOS '

LOS MEJORES
RETRATOS Y
AMPLIACIONES

Díaz Casariego

Fernando VI, 5, planta baja
MADRID

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista -:-: Hermosilla, 57

JULIANA, S. A.

GIJON (Asturias)

AGENTES DE SEGUROS

AGENTES DE ADUANAS

Sección Fabricación

CONSTRUCTORA GIJONESA

Construcciones metálicas en general.
Talleres de Calderería, Ajuste y Fundición.
Construcción de armaduras metálicas para todo género de edificios.
Puentes, Calderas de vapor.
Maquinaria en general.

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

REDACCIÓN TELEFONOS ADMINISTRACIÓN
50.009 DE **51.017**
PRENSA GRAFICA

BROTANIL

SEVILLA

contra la calvicie

Decídase

El resultado le inducirá a seguir el tratamiento

Úselo bien y se curará

6 pesetas frasco más el Timbre. En buenas perfumerías. Si no lo halla, pídale al distribuidor exclusivo para España. J. Cinto, Calle de Ruiz, 18, Madrid, remitiendo 8 pesetas, y lo recibirá franco de porte.

¿A USTED EL VIERNES NUEVO MUNDO





En el fondo del mar

sería imposible la permanencia del buzo si le faltase la provisión de oxígeno que lleva á prevención.

Así, en la vida, es también imposible la existencia cuando á un organismo depauperado no se le dota de energías que eviten los rápidos estragos producidos por la anemia, la desnutrición, la clorosis, el histerismo en las mujeres, la neurastenia y el agotamiento en los hombres...

Esa provisión de energías, de salud y de vitalidad, va encerrada en cada frasco del poderoso tónico y reconstituyente **JARABE** de

HIPOFOSFITOS SALUD

Inyecta vida y devuelve el buen humor á los melancólicos.

Cerca de medio siglo de éxito creciente. Aprobado por la Real Academia de Medicina **Pedid SALUD**. Es reputado el mejor y también el más económico porque contiene mayor cantidad de Jarabe. Rechazad imitaciones

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



La entrada al célebre Monasterio del Paular

(Fot. Mendoza y Ussía)